



Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Neoliberalismo e Izquierda en México.

Del PCM al neozapatismo: la crisis recurrente de la izquierda mexicana.

Tesis que para obtener el título de: Licenciado en

Sociología

presenta:

Julio Diego Zendejas Maximo

Asesor:

Dr. Severo de Salles Albuquerque

Ciudad Universitaria, Mayo 2011



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mi padre, a cuyo amor y ejemplo
debo todo*

Agradecimientos

En primer lugar quisiera agradecer a mi madre sin cuyo esfuerzo, sacrificio y apoyo incondicional llegar hasta aquí no hubiera sido posible, y a mi abuelita sin cuyo amor maternal yo no sería lo que hoy soy. A mis hermanos Ulises y Cristian a quienes adoro, aunque no siempre se los demuestre, y sin cuya ayuda, consciente o inconsciente, no hubiera podido tener el tiempo y el espacio para realizar el trabajo de sistematización y redacción. A Patito quien siempre ha creído en mí y sin cuya comprensión y apoyo esta tesis no hubiera sido posible, a mi princesita Libertad cuya sonrisa es la alegría de mis días y el motor para alcanzar todas mis metas: las amo. A Ricardo y a Luis cuya amistad irrestricta me ha comprobado que las relaciones humanas pueden ser mejores de las que hoy prevalecen, siendo para mi verdaderos hermanos haciendo mejor este “largo camino a la muerte que es la vida”... a los “compas”: Jorge, Charly, Rebe y Roberto con quienes tantos sueños, alegrías y tristezas he compartido en la búsqueda de un mundo mejor y cuya compañía ha sido la mejor en ese largo camino, al Dr. Severo Salles quien durante todo este tiempo ha sido para mí no sólo un asesor sino un verdadero apoyo y ejemplo a seguir, a todos pues gracias...

Índice

Introducción. Neoliberalismo e izquierda en México	p.6
Capítulo I. Neoliberalismo en México. De la hegemonía posrevolucionaria a la lucha de clases antineoliberal: la deformación del poder político	p. 23
I.1 La hegemonía en México.....	p. 26
I.2 Reformas estructurales: agudización de las contradicciones, ascenso de la lucha de clases.....	p.31
I.3 La deformación del poder político en México.....	p.40
Capítulo II. La izquierda mexicana: recuento de una crisis recurrente	p.50
II.1 La izquierda alienada: de 1919 a 1968.....	p.57
II.2 1968: Nuevos paradigmas, misma crisis: la imitación ideológica de la nueva izquierda mexicana.....	p.69
II.3-. Adiós al Socialismo... la Revolución Democrática.....	p.80
Capítulo III. Del neozapatismo al lopezobradorismo. La izquierda realmente existente: la contradicción contemporánea de la izquierda mexicana	p.90
III.1 1994: Una luz en la oscuridad.....	p.91
III.2 Los aportes y las limitaciones del neozapatismo.....	p.94
III.3 Anticapitalismo o retorno al pasado.....	p.107
IV. A manera de conclusiones	p.124
V. Bibliohemerografía	p.134
Referencias electrónicas.....	p.139
Páginas Web.....	p.140

renunciar a la utopía significa renunciar a ser humano
y aceptar por todo presente y destino la permanencia
de la rebarbarización de las costumbres imperante.

Alejandro del Palacio Díaz

Basta con desplazar la mirada de la cuestión al interior de
cada Estado, de la que nació la izquierda en el siglo pasado,
hacia la cuestión social internacional para darse cuenta de que
la izquierda no sólo no ha concluido su propio camino,
sino que apenas lo ha comenzado.

Norberto Bobbio

Introducción. Neoliberalismo e izquierda en México

La alternativa al neoliberalismo es un problema moral, político y social de urgente solución. Es también el más importante problema intelectual que se plantea a las ciencias sociales de nuestro tiempo: estas no pueden proponer un regreso al pasado sin convertirse en sal.

Pablo González Casanova

La desoladora realidad que sufrimos cotidianamente en nuestro país demanda de las disciplinas de las ciencias sociales no sólo explicaciones de las causas de tal caos sino también la reflexión en torno de su posible superación. Esta postura parte del reconocimiento de que la práctica científica en las disciplinas sociales no es totalmente objetiva. Debido a la implicación del observador con la realidad, al ser él mismo resultado histórico de esta, la disciplina científico social conlleva necesariamente una postura frente a los fenómenos que en aquella se presentan. En tal caso, toda pretensión de imparcialidad termina siendo, siempre, una parcialidad.¹ Esto no quiere decir que la investigación no tenga que ser rigurosa, pues para poder obtener análisis lo más cercanos a la realidad, y por ello que nos permitan incidir en ella desde la postura previamente asumida, es necesario apegarse a la estricta reglamentación científica.²

En nuestro caso, ante el enorme costo social del modelo económico neoliberal y el avance del autoritarismo como su correlato político, se ha vuelto imperante el pensar en torno a la posibilidad de un viraje en la dirección económica y política de nuestro país. Un viraje que haga posible resolver los problemas más elementales

¹ Por eso Marini afirmaba: “En cualquier caso, la teorización va encaminada a asegurar o transformar un orden de cosas determinado a partir de un punto de vista de clase”. “Las raíces del pensamiento latinoamericano”, en Margara Millán y Ruy Mauro Marini (Coords.) *La teoría social latinoamericana*, Tomo I *Los orígenes*, México, Ediciones El Caballito, 1995, p.17.

² “[...] en tanto el investigador hace parte del propio objeto de estudio, está inmerso en la sociedad, en sus procesos y movimientos. Tal situación plantea una solución distinta al problema de la objetividad entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. Si en el primer caso el asunto encuentra un punto de resolución a partir de la diferenciación entre el objeto de investigación (los insectos, el átomo, etc.) y el investigador, en el segundo el problema sólo puede ser resuelto a partir del manejo riguroso del método de investigación y de los conceptos y categorías.”, Osorio, Jaime, *El análisis de coyuntura*, México, Ediciones CIDAMO, 1987. pp.27-28.

de los mexicanos al tiempo que se avance hacia un verdadero régimen democrático.

Pero, ¿cómo pensar en un cambio del modelo económico actual, cuando el grupo político dominante, encabezado por la derecha panista, respaldado por la oligarquía nacional y el capitalismo transnacional, se empeña en darle continuidad, y, aún más, en profundizarlo? La historia, y la lógica misma, nos señalan que la respuesta, o por lo menos un intento de esta, deberíamos encontrarla en la oposición política, es decir, en la izquierda. Es ella quien pudiera otorgar una alternativa al actual desastre neoliberal. A pesar de ello ésta mantiene un papel marginal, cuando no de completa ausencia, en el escenario político nacional. Ante tal situación se vuelve necesario preguntarnos: ¿dónde está la izquierda?, ¿por qué no actúa a pesar del desastre neoliberal?

Pensamos en la izquierda puesto que consideramos ella representa la expresión consciente de las clases subalternas. La entendemos como la reflexión teórica de las clases explotadas y subordinadas, como: “conciencia organizada” de la praxis subalterna. Conciencia que otorga dirección, de acuerdo a sus propios intereses, a las luchas de los dominados, es el elemento que convierte las luchas de las clases proletarias en luchas *para* las clases proletarias. La izquierda como portadora de la ideología de las clases populares.

La afirmación anterior parte de la consideración de que la “conciencia de clase” no es producto sólo de la posición contradictoria de los hombres en la estructura productiva sino que ella es resultado de la reflexión sobre dicha condición. Reflexión que “viene de fuera”, es realizada por la organización política de izquierda y “llevada” a las clases populares para dotar su lucha, ésta sí, inherente a las contradicciones básicas del capital, de un objetivo histórico. Es, la izquierda, quien otorga, o puede hacerlo, dirección de clase al descontento social, es, en este sentido, su vanguardia.³

³ La tesis del “cerebro” de la clase que Revueltas, con Lenin, piensa en el partido como conciencia organizada es válida para el conjunto de las organizaciones de izquierda. Ellas constituyen la sistematización teórica de la praxis subalterna; son ellas quienes pueden otorgar el carácter clasista a sus luchas y como tal

Así pues, la inquietud fundamental que guía esta investigación es: ¿Por qué, a pesar de la crisis económica y político-social generada por el neoliberalismo, no existe en nuestro país un proyecto de nación factible y concreto desde la izquierda? Es decir, por qué no existe un proyecto desde y para las clases populares, ¿por qué no tenemos una alternativa de izquierda? Pregunta formulada toda vez que ante el escenario de desigualdad, pobreza, explotación, inseguridad social y un largo etcétera en cuanto al deterioro de la calidad de vida de las grandes mayorías así como por el desgaste de la institucionalidad democrática formal generados durante las últimas décadas, resulta necesario pensar en un modelo alternativo de desarrollo económico y una nueva institucionalidad política que hagan verdaderamente posible el arribo a la democracia, entendiendo a ésta no sólo en términos instrumentales sino como proyecto integral de sociedad.

Sin duda el escenario social de crisis constituye el sueño de la militancia de izquierda. Esto no por deseable, cuanto por representar, al menos en apariencia, el ambiente preciso para la acción política transformadora. Es en el contexto de la actual coyuntura, que pareciera ideal para el planteamiento de cambios profundos, que se hace posible cuestionarse el por qué la ausencia de una respuesta organizada desde los grupos políticos que se reclaman de izquierda: ¿Qué circunstancias, históricas y contemporáneas, le impiden a la izquierda aprovechar el momento actual para constituirse en una alternativa efectiva en la disputa por la hegemonía?

No quiero decir con lo anterior que piense que sea una relación mecánica la de crisis-revolución social, la historia nos ha mostrado que no siempre es así. Pero sí, que cuando la razón histórica de ser de los grupos opositores de izquierda es la lucha por la transformación social y, sobretodo, cuando en nuestro país la idea, y la necesidad de un cambio en el paradigma económico imperante ha sido planteado desde diferentes sectores y desde muy diferentes organizaciones de la

constituyen el elemento potenciador del cambio revolucionario de la sociedad, Revueltas, José, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, México, ERA, 1987, pp.49-64.

sociedad civil, considero pertinente preguntarse por qué tal postulado no ha podido transformarse en realidad.

Por lo tanto, la pregunta formulada aquí como eje de la investigación no es un mero ejercicio especulativo, sin sustento en la realidad, sino que responde, en cambio, a planteamientos hechos por distintos actores políticos y sociales que se oponen al actual sistema de producción y reproducción económico y social, y en particular opuestos a la barbarie que ha implicado éste en su fase neoliberal. La pregunta no surge de la teoría sino de un problema práctico-concreto.

Sólo por nombrar algunos ejemplos en esa dirección, pueden mencionarse el llamado “Diálogo nacional” o la “Otra Campaña”, cuyos planteamientos, aunque con distintas propuestas y en distintos momentos, coinciden en dos puntos fundamentales: el llamado a la unidad de la izquierda y la necesidad de modificar el rumbo económico y político del país, planteamientos, que no obstante el reconocimiento de éstas necesidades por amplios sectores subalternos, no han encontrado posibilidad de realización en el contexto nacional, ¿Cuáles son los factores que impiden su realización?

De tal manera, la presente investigación se enmarca dentro de la reflexión en torno a los cambios sociopolíticos producidos en nuestro subcontinente desde hace aproximadamente quince años. Desde 1994 la revitalización de la lucha de clases recorre América Latina.⁴ De Argentina a México los efectos del capitalismo neoliberal, implantado desde la década de los 70 en la región, han profundizado las desigualdades históricas dando paso a nuevos conflictos políticos y sociales que han puesto en entredicho la hegemonía de los débiles regímenes democráticos burgueses. Movimientos sociopolíticos como el de los Trabajadores rurales Sin Tierra en Brasil, los piqueteros en Argentina, el movimiento indígena en Bolivia y Ecuador, así como el arribo de gobiernos progresistas (alejados de la ortodoxia neoclásica) en estos últimos países, más el del caso venezolano, han

⁴ Wallerstein, Immanuel, *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*, México, Contrahistorias, 2008, pp. 220-226. En esta parte de su obra el autor estadounidense refiere la importancia simbólica y teórica del levantamiento del EZLN el 1º de enero de 1994 como inaugurador de una nueva etapa de la lucha antisistémica, y como tal de la izquierda.

cambiado el mapa geopolítico de nuestra región. Del dominio unipolar del paradigma neoliberal, hasta los últimos años de la década de los 90, se ha pasado a lo que algunos autores han llamado un “giro a la izquierda”.⁵

Tal situación, a contracorriente de las tesis del fin de la historia tan pregonadas por los ideólogos del sistema tras el derrumbe del denominado socialismo real (Fukuyama: 1989), ha reposicionado el debate sobre la posibilidad de la transformación social y revalorado el pensar en torno a la izquierda como posible protagonista de esos cambios.

En éste contexto de “cambio de época”⁶ México no es la excepción. Desde la implementación de las contrarreformas estructurales de liberalización económica en los años 80, la desestabilización de la dominación burguesa y de sus instituciones ha crecido a la par de la debacle económica. El desempleo masivo, la pérdida del poder adquisitivo del salario, el nulo crecimiento económico y su consecuente agudización de los problemas sociales, han generando una crisis sociopolítica de dimensiones sistémicas. Crisis que ha puesto en entredicho la hegemonía neoliberal.

Precisemos: no es la excepción en torno a la crisis del neoliberalismo como sistema económico e ideológico, pero en cuanto al „viraje a la izquierda’ la situación no es tan clara. A diferencia de otros países de la región, las clases populares y los distintos sectores opositores mexicanos no han sido capaces de encauzar el descontento social generado por los ajustes estructurales hacia un proyecto nacional más allá del capitalismo neoliberal. De ahí, la tarea aquí planteada: dilucidar el porqué de la ausencia de cambios posneoliberales en nuestra nación. Tarea asumida desde la perspectiva de la izquierda como posible sujeto promotor de esos cambios

⁵ Petras, James, et al, *La izquierda contraataca. Conflicto de clases en América Latina en la era del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2000.

⁶ Modonesi, Massimo, “Reflexiones sobre el cambio de época en América Latina. Movimientos antagonistas y crisis hegemónicas”, en Lucio Oliver y Nayar López (Coords.), *América Latina y el Caribe, una región en conflicto*, México, Plaza y Valdés, 2009, pp.65-88. En este breve ensayo se aborda la relación entre “rupturas y permanencias” en torno a los cambios provocados por los movimientos sociopolíticos contrarios al neoliberalismo.

Como se desprende de lo anterior, este trabajo parte de dos hipótesis fundamentales: 1-. La consideración de una crisis profunda de la estructura del modo de producción capitalista dependiente mexicano y de su superestructura jurídico-política generada por su fase neoliberal de desarrollo. Crisis sistémica que ha generado, lo que los teóricos marxistas denominaban, las condiciones “objetivas”⁷ para el desarrollo de movimientos de transformación social, y 2-. La existencia de una crisis en las organizaciones de la izquierda mexicana. Crisis que explica su ausencia como alternativa política a las luchas de clases contemporáneas y, en consecuencia, les impide aprovechar las grietas en el sistema de dominación para construir un proyecto popular, es decir da cuenta de la ausencia de cambios en el rumbo del país.

Por un lado, una crisis de la hegemonía burguesa -producida por los efectos económico-sociales de las contrarreformas estructurales de corte neoliberal- que provocando el descrédito de las instituciones de la democracia formal y el ascenso de la lucha de clases, ha abierto los espacios para la disputa hegemónica de la nación. Y, por otro lado, una crisis de los grupos políticos de izquierda que les impide la construcción de un proyecto contrahegemónico de nación, y por ello les imposibilita la disputa efectiva por el poder político. Crisis de la izquierda que no encuentra su explicación sólo por las condicionantes de la actualidad, ni aún en el derrumbe tanto real como ideológico del socialismo, sino que lo hace en su propia formación histórica (en los fenómenos consustanciales a su desarrollo), es decir, que es estructural.

A pesar de que estas son las dos premisas fundamentales de la investigación – crisis hegemónica producida por el neoliberalismo y crisis histórica de la izquierda mexicana- es la segunda la que constituye el principal objeto de la investigación. Por lo que respecta al neoliberalismo solamente se esbozan, en la primera parte de ésta obra, los ejes de lo que se ha señalado como una crisis hegemónica, mientras que los subsiguientes capítulos se avocan a tratar de dilucidar los

⁷ Al respecto, véase Harnecker, Marta, *La Revolución Social: Lenin y América Latina*, México, Siglo XXI, 1988, En especial el primer capítulo: “La revolución y sus fases”, pp.19-47.

fenómenos históricos e inmediatos que impiden a la izquierda constituirse como una alternativa política concreta al desastre neoliberal.

Por lo tanto, en el segundo apartado desarrollo los fenómenos que a lo largo de la historia han configurado la crisis y le han impedido a la izquierda ser una alternativa para las luchas subalternas en nuestro país. En el tercer capítulo se aborda, a partir del análisis de la experiencia del neozapatismo y de algunos intentos unitarios entre las organizaciones de la izquierda, la persistencia de esos elementos estructurales en el accionar contemporáneo de ésta. Esto demostrará cómo ellos inciden en sentido negativo para la construcción de un proyecto contrahegemónico radical en la actual coyuntura. También ahí, se trazan algunos ejes de los elementos del presente, que unidos con los de carácter histórico, dibujan el actual panorama de crisis de la izquierda. Finalmente, en la última parte de la obra, se esbozan algunos puntos que considero necesarios para la reflexión y el debate dentro de la izquierda para que ella pueda superar la crisis y constituirse, entonces, como actor político central en la lucha por la dirección del futuro mediato de nuestro país.

Como queda claro, el objetivo fundamental es demostrar que la ausencia de la izquierda, como alternativa política para nuestro país, encuentra su explicación central en el desarrollo histórico de ésta y no tanto por fenómenos externos a ella. Nuestro objetivo es demostrar que existe una crisis estructural que le impide constituirse como proyecto hegemónico alternativo al neoliberal, o cuando menos como actor determinante ante la crisis de dominación, y que sin superar tales obstáculos seguirá topándose con los muros de la historia: sin encontrar un camino propio.

Pero antes de pasar a desarrollar éstos temas, es necesario aclarar algunas interrogantes que pueden surgir de lo que hasta aquí he dicho.

¿La izquierda?

Múltiples cuestionamientos pueden hacerse a los presupuestos sobre los cuales pretende desarrollarse ésta investigación, pero en particular cuanto se refiere a la izquierda puede resultar en malas interpretaciones de lo que aquí pretende investigarse. Ante este hecho, se vuelven necesarias algunas aclaraciones en torno a lo que entendemos por ella, esto no como pura especulación filosófica sino como parte de la delimitación teórica de nuestro objeto de estudio.

Es un hecho conocido que el uso del término izquierda para definir posiciones políticas proviene de los sucesos de la revolución Francesa, y que a partir de ahí ha sido utilizado para describir a distintos actores políticos opositores al status quo a lo largo de la historia mundial.⁸ El debate, sin embargo, en torno a lo que es la izquierda es tan viejo como el término mismo. Múltiples definiciones pueden plantearse sobre la izquierda, y muchas formas particulares puede tomar su práctica, pero indudablemente hay rasgos que le son inherentes. Rasgos que la han acompañado desde su origen hasta el día de hoy. Rasgos que, por lo tanto, le dan identidad y la definen.

La izquierda es, fundamentalmente, la posición política cuya finalidad es la defensa y el establecimiento pleno de los valores universales de justicia, igualdad y libertad. Teniendo tales objetivos, su fin, su esencia, mientras no se consigan aquellos, es la búsqueda del cambio, el movimiento renovador y transformador de la sociedad:

Izquierda y derecha siguen siendo determinaciones políticas y conservan su sentido y validez originales; la primera recoge los movimientos de transformación revolucionarios y afirma la universalidad de los valores que los orientan, indica siempre una dirección [...] la izquierda es movimiento y acción, su contraria, estado y posesión⁹

⁸ Del Palacio Díaz, Alejandro, *La izquierda en México*, México, Fontamara, 2002, p.11, La argumentación sobre lo que es la izquierda reposa fundamentalmente sobre este texto. En él el autor hace una disertación filosófica y política sobre lo que define a la izquierda desde su origen hasta el día de hoy. Sostiene que independientemente del contexto particular existen rasgos que le son inherentes. Compartimos con él esta posición.

⁹ Idem, p.17.

Puesto que el orden existente encarna la desigualdad social, impide la libertad y subordina la justicia al poder económico, el rasgo definitorio de la izquierda se encuentra en su oposición a lo establecido. Su razón de ser es transformar el orden actual para con ello rehumanizar (haciendo válidos aquellos valores) al hombre deshumanizado en él. Podemos decir que su esencia se encuentra en la búsqueda por un orden social donde impere lo humano como paradigma de construcción social. Además, en la medida que son las clases populares quienes sufren de manera extrema la negación de los valores fundamentales, podemos decir, también, que la izquierda es la expresión política de y para las clases populares.

Al considerar la razón de ser de la izquierda como la búsqueda del bienestar colectivo a través del cambio cualitativo del orden social imperante, y considerando que el actual orden hegemónico es el (des)orden capitalista, la izquierda, en el momento actual, no puede ser sino tiene como objetivo la superación de la sociedad capitalista, sociedad que hace imposible la consecución de los ideales que le dan sentido a su existencia; la izquierda, pues, no puede ser izquierda sino es anticapitalista.¹⁰

Evidentemente las posibilidades efectivas y las estrategias adecuadas para alcanzar esos objetivos varían de acuerdo al lugar y al momento histórico particular en que se sitúan los sujetos políticos que se proponen llevarlos a cabo. Esta categoría, como cualquier otra del análisis social, debe ser entendida en el momento histórico particular y de acuerdo a los hechos políticos concretos a los cuales pretende referirse. En éste sentido, podríamos decir que es un término *relativo*¹¹, de tal suerte, a pesar de las características que hemos señalado como su esencia, la izquierda ayer identificada con la transformación social, con la revolución, hoy es asimilada, gracias al supuesto “fin de las ideologías”, a una

¹⁰ Incluso siguiendo a Norberto Bobbio, para quien el fundamento de la izquierda es su búsqueda por la igualdad -que diferencia de un igualitarismo absoluto y por ello absurdo- podemos llegar a esta conclusión, puesto que alcanzar la igualdad económica y política no es posible en el actual sistema cuya propensión es hacia la creciente desigualdad, *Derecha e Izquierda*, Madrid, Taurus, 1998.

¹¹ Rodríguez Araujo, Octavio, *Izquierdas e Izquierdismo. De la primera Internacional a Porto Alegre*, México, Siglo XXI, 2002, p.17.

posición parlamentaria que pretende „humanizar el sistema’ dentro de los marcos que éste mismo impone, a una posición que no se propone superarlo: “Es innegable que la izquierda ha privilegiado la batalla electoral para “humanizar” el sistema capitalista, sobre todo a través de reformas parciales y ocupando los espacios que el poder establecido “ofrece” pero sin modificar su esencia”.¹²

Ante tal relativismo, y el momento histórico reciente de hegemonía absoluta del denominado pensamiento único -que hace posible el reduccionismo de sus objetivos y su uso carente de contenido histórico por parte de „comunicadores’, ‘políticos’ y „analistas’- el término izquierda se ha convertido tan sólo en un membrete para distinguir el tipo de administración que proponen algunos de los participantes dentro del régimen parlamentario del sistema capitalista.

Su carácter revolucionario se ha disuelto ante un panorama en el que se supone al capitalismo como insuperable, haciendo con ello posible distinguir „varias izquierdas’. Se hace necesario, luego, acompañar dicho término de un adjetivo que denote con mayor claridad, no sólo la posición política a la que hacemos referencia, sino en nuestro caso para distinguir el objeto de estudio al que pretendemos acercarnos.

Hoy se tiene, pues, una „izquierda moderna’ que no cuestiona la esencia del sistema sino que, en aras del “mantenimiento de la paz y la seguridad social’ ha sacrificado su horizonte transformador por agendas basadas en los derechos civiles y la consolidación de la democracia formal, una izquierda que impulsa cambios no de fondo sino de forma, y una que mantiene el ideario de transformación social como horizonte de acción. Tenemos, a grandes rasgos, la distinción entre una „izquierda’ participante en el juego de la democracia representativa, una izquierda partidaria, pragmática, sistémica o institucional, como será denominada para este trabajo, y esa “otra” izquierda: la revolucionaria.

Partiendo de esta consideración, no es pues el presente un trabajo sobre lo que en términos genéricos se denomina „izquierda’ sino sobre la izquierda

¹² López, Nayar, *Izquierda y neoliberalismo de México a Brasil*, México, Plaza y Valdez, 2001, p. 25.

revolucionaria, la izquierda anticapitalista, es decir la que mantiene vigente la esencia de su ser.¹³ Se trata, entonces, de una investigación sobre las diferentes organizaciones que mantienen, en su ideario político, o más importante aún, en su práctica, un posicionamiento profundo de transformación de la realidad, podemos decir que es un estudio sobre la izquierda que mantiene la bandera socialista y sobre lo que Wallerstein denomina los movimientos antisistémicos;¹⁴ movimientos que en los hechos ponen en entredicho las relaciones socioeconómicas y políticas del sistema actual, y en general de lo que Petras ha nombrado como la izquierda radical, cuyas características señala en el antiimperialismo, el antineoliberalismo y que impulsan un programa que oscila entre el socialismo y el nacionalismo radical.¹⁵

En este campo, en nuestro país, encontramos desde las organizaciones políticas que actúan en la sociedad civil, manteniendo el discurso marxista sobre el socialismo, hasta las organizaciones político-militares que pregonan la vía armada como medio de transformación de la realidad, pasando por los movimientos que construyen autonomías como su „forma’ para cambiar el mundo. Esta reducción, delimitación del objeto de estudio, se justifica puesto que la pregunta aquí planteada como guía de la investigación solo puede ser respondida acercándose a esta última realidad. Toda vez que, como hemos señalado, la izquierda partidaria, y sus representantes, se han constituido, más que en alternativas populares para la superación del sistema, en la garantía de su reproducción.

¿Proyecto alternativo de nación?

La formación de los Estados-nación en las economías dependientes –como la mexicana- se constituye en gran medida de acuerdo a las necesidades de desarrollo del mercado mundial. Durante este proceso las clases poseedoras

¹³ “La izquierda tiene por deber lo imposible, en él radica su única realidad verdadera, la que es siempre el llegar a ser del deber ser”, Del Palacio Díaz, op. cit., p.54.

¹⁴ Wallerstein, Immanuel, op. cit., p. 139.

¹⁵ Véase, Petras James, “América Latina cuatro bloques de poder” en *La Jornada*, México, 11 de Marzo de 2007.

imponen su proyecto nacional, pero no sin resistencias. A la par del modelo dominante las diferentes clases subordinadas, a través de sus luchas y resistencias, van configurando también algunos de los rasgos de la nación. De tal suerte el Estado encierra en sí mismo dos proyectos opuestos: el del Estado-nación de las clases poseedoras contra el de la Nación-pueblo encarnado por las aspiraciones y luchas de las clases explotadas y los sectores socioétnicos minoritarios.¹⁶

Mientras en el actual Estado-nación burgués: “los conflictos económicos, sociales y culturales se pretenden resolver por medio de mecanismos democráticos formales que de ninguna manera han podido superar las contradicciones elementales del sistema capitalista” la “nación-pueblo [...] expresaría el desplazamiento político de la hegemonía nacional capitalista (actualmente ejercida por su fracción financiera) hacia una caracterizada por el consenso y la voluntad nacional-populares, elementos centrales de un concepto de democracia sin sesgos de dominación”.¹⁷

Por proyecto contrahegemónico me refiero, entonces, a la posibilidad efectiva de un programa nacional surgido desde las clases subalternas, es decir ‘desde abajo’, que sea capaz de disputar la *dirección* de la sociedad en su favor. Podemos decir, que a un proyecto social desde el *pueblo-nación* (clases explotadas y entidades socioétnicas subordinadas) opuesto al del Estado-nación de los dominadores; a un proyecto de izquierda.

Estas definiciones nos llevan a otra aclaración puntual. Desde la perspectiva analítica aquí asumida, el llamado “Proyecto Alternativo de Nación” encabezado por Andrés Manuel López Obrador (AMLO) no constituye un proyecto contrahegemónico al dominio burgués. En esencia, tal propuesta no significa divergencia alguna con el sistema imperante pues no cuestiona la causa fundamental de las contradicciones nacionales, y por el contrario propone una

¹⁶ López y Rivas, Gilberto, *Nación y pueblos indios en el neoliberalismo*, México, Plaza y Valdez-Universidad Iberoamericana, 1996, pp. xi-xiv

¹⁷ López y Rivas, Gilberto, “La izquierda en México: problemas y perspectivas”, en Julio Moguel (Coord.) *Los caminos de la izquierda*, México, Juan Pablos, 2004, pp.114-115.

nueva relegitimación del sistema mediante un tipo de administración diferente del capital.

Tal desmarcamiento analítico no tiene que ver con purezas ideológicas ni ortodoxias anacrónicas más que con observaciones de nuestra realidad y con la recuperación de la memoria histórica respecto del origen y el accionar en el pasado reciente de los integrantes de dicho proyecto político. Dicha aseveración parte de las siguientes consideraciones:

1) Los partidos políticos que hacen la lucha parlamentaria del movimiento han mostrado en más de una ocasión que la bandera de la izquierda y de las clases populares es acomodable dependiendo de sus intereses. Bastan como ejemplos el accionar del Partido de la Revolución Democrática (PRD) respecto a la llamada ley COCOPA*, o el que tuvo frente al movimiento estudiantil del Consejo General de Huelga que se opuso a la privatización de la UNAM¹⁸, para no hablar de las votaciones a favor de los poderes fácticos que representan los monopolios televisivos como ocurrió con la „Ley Televisa’, entre tantos otros casos. Estos partidos representan los intereses de los dominadores y no de los dominados.

2) El origen de sus promotores y las estructuras partidistas que respaldan el proyecto no garantizan la formación del pueblo como sujeto histórico autónomo en la construcción de un nuevo proyecto de nación, en cambio, reproducen las estructuras paternalistas y corporativistas del viejo régimen del partido de Estado. Gran parte de los hoy miembros de la dirección del movimiento lopezobradorista son expriístas, cuyas prácticas, clientelares corporativistas y corruptas, han sido llevadas a las estructuras partidarias perredistas:

* Dicha “ley” era una propuesta que recogía las reivindicaciones de reconocer constitucionalmente los derechos de los pueblos indígenas hechas por parte del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, fue elaborada por la Comisión de Concordia y Pacificación, y fue aceptada, aunque con reservas, por los zapatistas. Sin embargo después fue modificada sustancialmente, con anuencia de todos los partidos políticos, negando la posibilidad de acuerdo político al conflicto militar.

¹⁸ En torno a la actuación del PRD respecto de los debates legislativos de la ley indígena véase: Anzaldo, Juan, “El cambio secuestrado. La encrucijada del movimiento indígena mexicano en junio del 2001” en Guillermo Michel y Fabiola Escárzaga (Coords.), *Sobre la Marcha... Análisis sobre el Movimiento zapatista 1994-2001*, México, Códice A.C.-UAM-Xochimilco, 2001, y sobre el conflicto en la UNAM; Ramírez Zaragoza, Miguel Ángel, *El carácter popular del movimiento estudiantil del CGH-UNAM 1999-2000*, Tesis de Licenciatura, FCPyS-UNAM, México, 2005.

Se han reproducido (en el PRD) prácticas clientelares e incurrido en vicios que enérgicamente se le criticaron al PRI; he visto en estos años robo de urnas, compra de votos con cubetas de plástico, aparición de difuntos que votaban tres veces y otras marranadas al más puro estilo priísta.¹⁹

3) Además de esto, la descomposición ideológica y la primacía por lo electoral ha llevado al perredismo a presentar, cuando no a aliarse directamente con ellos, candidatos de la derecha. Basta con recordar las alianzas electorales del perredismo con el panismo en las elecciones para gubernaturas en Oaxaca y otros estados en 2010 o la postulación de priístas a candidaturas del PRD. Hechos que no sólo demuestran que no hay diferencias fundamentales entre las actuales estructuras partidistas, más allá del tipo de administración que proponen del capital, sino que evidencian también que el único objetivo de estas organizaciones es la consecución del poder político del Estado, sin importar los medios para alcanzarlo, y no la transformación social.

La „cuota’ se ha convertido en el mecanismo de acción y en la razón de ser del partido del „sol azteca’. Ello queda de manifiesto tanto con las alianzas electorales como con la gestión corporativista que hace la burocracia perredista de las demandas sociales.²⁰ Corrupción, pragmatismo y oportunismo²¹ se han convertido en las características que definen al PRD: ¿cómo pretender que hombres surgidos de sus filas y cuyas estructuras organizativas sostienen el „movimiento’ lopezobradorista puedan constituir un proyecto verdaderamente emancipador de las clases subalternas?

Con estos elementos, podemos afirmar que ni el PRD ni el movimiento encabezado por AMLO pueden constituir, en el sentido que lo entendemos aquí,

¹⁹ Taibo II, Paco Ignacio, “El pacto con el diablo. Notas sobre la crisis perredista”, en Julio Moguel (Coord.), op. cit., pp.188.

²⁰ Idem, pp. 185-189.

²¹ Es interesante ver como estas críticas no vienen sólo del ala ‘radical’ del PRD, sino como incluso un miembro de la ‘izquierda moderna’ dentro del partido, aún cuando reproduce el discurso derechista sobre el supuesto asesoramiento de “agentes cubanos y venezolanos” a la dirigencia perredista para “desestabilizar” al país, hace estos mismos señalamientos, es decir estas críticas no son signos de radicalismo, sino evidencias de la crisis de un partido en franca descomposición, y como tal imposible de representar, él o sus miembros una opción de cambio democrático para el país. Sánchez, Marco Aurelio, *PRD: La izquierda ficticia*, México, Ediciones de Educación y Cultura. Asesoría y Promoción, S.A., 2008.

un proyecto de izquierda. No constituyen un proyecto autónomo de las clases subalternas, independiente de la burguesía, sino la subordinación de ellas a un proyecto del capital nacional que, obviamente, no se propone la superación del capitalismo. El proyecto enarbolado por el autodenominado “presidente legítimo” se basa en la reivindicación de un “Estado fuerte” como regulador del conflicto entre clases y como impulsor de la economía. Es decir, en la pretensión de reeditar el Estado Benefactor que reorganice la distribución de la riqueza, pero no que acabe con el problema generador de la desigualdad económica. Es un proyecto para „conciliar las clases’ y no para desaparecerlas.²²

Al limitarse a los marcos determinados por el capitalismo y, en éste caso más importante aún, al no estar constituido *desde* las clases subalternas, ni con estructuras organizativas surgidas de ellas, sino surgido desde las mismas élites políticas de siempre y bajo un esquema ya conocido en la historia nacional: el nacionalismo revolucionario -ideología que tanto daño ha hecho a la izquierda (como se abordará más adelante en este trabajo)-, el proyecto que encabeza AMLO no puede representar una transformación de la sociedad en sus aspectos fundamentales, y sí, en cambio, una relegitimación de la hegemonía capitalista.

Sin duda el planteamiento de un proyecto basado en la recuperación de la soberanía nacional y el impulso del desarrollo económico desde el Estado puede constituir el primer paso para la superación del actual desorden social, sin embargo, en el caso del proyecto lopezobradorista este no es concebido como un medio, sino como el fin. La situación que nos importa aquí es el carácter de clase del proyecto y éste sin duda no responde al interés de los explotados y dominados. No es ni un proyecto subalterno, ni anticapitalista: no es de izquierda.

AMLO no constituye más que la expresión de la disputa entre los grupos de poder -fracciones de clase- ante la crisis de su sistema. Como tal, no busca su superación sino su restablecimiento bajo una nueva reconfiguración de la

²² Para una revisión sintética, que sin embargo evidencia la similitud del proyecto con el “modelo de la revolución mexicana”, cfr., López Obrador, Andrés Manuel, “A elaborar un proyecto Alternativo de Nación. 10 puntos para transformar el país” en *Regeneración*, Año 1, No. 1, enero 2010.

dominación, cerrando la oportunidad histórica a un verdadero proceso de transformación social. Un proyecto de izquierda, en el momento histórico actual, sin duda tendría primero que oponerse al capitalismo en su fase neoliberal, es decir en primera instancia antineoliberal, pero debiera, también, tener un objetivo anticapitalista.

En conclusión, al no cuestionar el origen de las contradicciones sociales el proyecto del perredista se encuentra con que:

las limitaciones para la democratización e integración internas de la nación no pueden ser superadas en los marcos del capitalismo. La realización de la unidad nacional tarde o temprano, se estrella contra la realidad de la dominación y de la explotación de clases. Ante estos obstáculos, el desarrollo nacional sólo puede ser consumado por un movimiento de base, popular, democrático y anticapitalista.²³

No obstante lo anterior, para entender las vicisitudes de un posible proyecto radical en el campo político nacional a lo largo de la reflexión se vuelve necesaria la revisión en torno a las relaciones, divergencias, convergencias, contradicciones y enfrentamientos entre la izquierda institucional, el lopezobradorismo y la „otra‘ izquierda.

Por todo lo que hemos dicho, resulta evidente que la investigación parte de la concepción materialista de la realidad social. Entendemos ésta como el producto de determinadas relaciones de producción; de determinada estructura económica que engendra diferentes clases sociales, siendo la lucha entre estas, por imponer cada una de ellas sus intereses, el elemento dinámico de las transformaciones sociales. Sostenemos que la historia es la lucha de clases, y, como tal, el estudio de la dinámica social pasa por el análisis de la correlación de fuerzas políticas, culturales e ideológicas, entre unas y otras, para entender las continuidades y las transformaciones sociopolíticas.

Una última cuestión. Claro es que la explicación de la falta de alternativa radical al neoliberalismo no puede buscarse sólo en la imposibilidad histórica de la

²³ López y Rivas, Gilberto, “La izquierda en México: ...”, p.115.

izquierda de constituirse como alternativa en la disputa por la hegemonía. Existen también otros elementos y condicionantes externos (locales y globales); el imperialismo, los efectos neoliberales en todos los aspectos de nuestra sociedad - la atomización y la despolitización- son factores que, entre otros, sin duda deben tomarse en cuenta al tratar de explicar la ausencia de la izquierda como alternativa a la disputa hegemónica. A pesar de este reconocimiento, creemos, como bien ha señalado Del Palacio Díaz, que: “El mayor obstáculo presente para la izquierda se encuentra en ella misma, no en los factores sociales y el dominio monopolar de la derecha, ellos por el contrario le exigen cada vez con mayor premura.”²⁴

En este mismo sentido, el presente trabajo pretende ser un intento de explicación de la persistencia neoliberal *desde la izquierda*. Es decir, busca las causas que desde el interior de las organizaciones de izquierda hacen posible la persistencia librecambista como paradigma de orientación para la nación. Creemos que parte de la explicación a la persistencia neoliberal se explica en la medida que la izquierda no es capaz de plantearse -a pesar de que la lucha subalterna así lo demanda- como un serio desafío a aquella.

Así pues, a contracorriente de los que proclaman el fin de la historia, creemos que por cuanto su motor fundamental sigue existiendo ésta no se ha terminado de escribir. Contra el sueño burgués de la implantación de un orden global dominado sin oposición por el capital, las contradicciones inherentes a éste, siguen generando el conflicto productor de los cambios en la historia de la humanidad. Por lo tanto, contra sus catastrofistas, la izquierda no ha muerto, no es una cuestión anacrónica, es más, su historia en perspectiva histórica, no es sino un esbozo de lo que está por ser. Como proyecto revolucionario de la sociedad, a la luz de las condiciones globales de amenaza a la existencia de la especie, no solamente es vigente, es más necesaria que nunca. La izquierda, como proyecto emancipador de la humanidad contra el capital, no sólo no ha visto su fin, sino que apenas comienza a ver la luz.

²⁴ Del Palacio Díaz, Alejandro, op. cit., p. 45.

Capítulo I. Neoliberalismo en México. De la hegemonía posrevolucionaria a la lucha de clases antineoliberal: la deformación del poder político.

mientras la necesidad de un desarrollo no-capitalista del país se ha convertido ya en un hecho objetivo, cuya realización es inaplazable, al mismo tiempo, todavía no existen las condiciones subjetivas para que pueda realizarse en la práctica.

José Revueltas

Es innegable que el actual panorama social de nuestra nación es de crisis. Analistas, empresarios, dirigentes sindicales, políticos (de izquierda y derecha), observadores extranjeros, etc., etc., aceptan tal hecho e incluso hablan de la posibilidad de un “estallido social” derivado de ella. La dimensión de la crisis es tal, y en todas las esferas de lo social, que abordarla en su magnitud sobrepasa los límites de este trabajo. El objetivo de este primer capítulo no es hacer un recuento exhaustivo de la actual crisis, trata, por el contrario, sólo de mostrar cómo esta crisis, originada por los efectos negativos de la fase neoliberal de acumulación del capital, con sus reformas estructurales de libre comercio, ha generado, en primera instancia, una extensión y profundización de las desigualdades económicas históricas y sobre ella, no importa como se le quiera llamar (“crisis de Estado”, “ingobernabilidad”), una fractura en la hegemonía de las clases dominantes.

En momentos en que, para algunos tal noción es descalificada como anacrónica y obsoleta, este ejercicio nos permite señalar el contexto en el que se hace posible preguntarnos por la izquierda. Este capítulo trata de mostrar cómo el actual momento histórico demanda preguntarse sobre la situación de esta posición política para valorar su capacidad como posible agente de transformación. Es, en cierta medida, la justificación de nuestra investigación.

Así pues, este capítulo aborda cómo a partir de la implantación del modelo neoliberal se ha generado un aumento de la desigualdad y un detrimento constante de la calidad de vida de los trabajadores del campo y la ciudad y de los otros grupos subalternos. Hechos que se ven reflejados en los altos índices de inflación, desempleo, subempleo, del bajo crecimiento económico y en suma en el agrandamiento de la brecha entre ricos y pobres. Además, tal aumento de la

desigualdad ha tenido como consecuencia un progresivo deterioro del tejido social. Deterioro que se expresa en la violencia creciente y en la expansión y profundización de problemas como el narcotráfico y la migración hacia Estados Unidos, entre muchos otros.

De otro lado, pero paralelamente a aquello, se han desarrollado en nuestro país varios fenómenos que han mermado el poder político (la dominación) de la clase gobernante sobre el resto de la sociedad. En primer instancia: la imposibilidad de mantener la hegemonía del partido de Estado, ante las evidentes contradicciones - con su historia y su discurso- que las necesidades neoliberales le impusieron, y en un segundo momento, un proceso de descrédito de la política oficial debido al desgaste de las instituciones democrático-burguesas, por la falta de representación de los partidos y sus candidatos e incluso de ilegitimidad de los gobernantes, siendo las máximas expresiones de este último proceso las elecciones presidenciales de 1988 y 2006.¹ En este sentido, como ante el fin del régimen priísta y el paso a la denominada “transición democrática”, la *democracia gobernable*² ha mostrado rápidamente, desde el propio mandato de Vicente Fox³, sus limitaciones para constituir un poder legítimo, con respaldo popular; es decir para reconstituir la hegemonía y garantizar la gobernabilidad; entendiendo esta como dominación políticamente estable.

Con ello, se trata de mostrar que la aplicación del neoliberalismo ha erosionado, primero, los pilares sobre los cuales se establecía la dominación consensuada en

¹ Martínez Assad, Carlos, “Los cambios y la sociedad futura” en A. Asís Nassif (Coord.), *México: una agenda para fin de siglo*; México, UNAM, La Jornada ediciones, 1997, evidencia como la crisis de las instituciones políticas, en los 3 niveles de gobierno, demuestran el “agotamiento del modelo político” nacional.

² Stolowicz, Beatriz “El desprestigio de la política: lo que no se discute”, en *Política y Cultura*, México, No.17, UAM-Xochimilco, primavera, 2002, p.169. Ahí la autora utiliza esta categoría para señalar a la democracia representativa o parlamentarismo como medio de control político-social del neoliberalismo: “la democracia gobernable [...] cuya finalidad es administrar y legitimar políticamente el orden social más antidemocrático que haya tenido América Latina...”

³ A pesar de que el guanajuatense fue electo con un amplia diferencia de votos a su favor en las elecciones del año 2000, y como tal arribó al gobierno federal con un amplio consenso social, que le otorgó legitimidad y amplio margen de acción, sus políticas de profundización de libre cambio, a favor de los empresarios - como el mismo declaró-, generaron nuevos conflictos y polarización social. Polarización reflejada en las elecciones presidenciales de 2006 que evidenciaron los límites del ‘cambio’; demostrando que el problema no era el partido gobernante sino el modelo económico, la estructura de fondo.

nuestro país, y ha evitado, después, su restitución debido a las contradicciones entre las necesidades de acumulación neoliberal y la democracia como régimen político. Ruptura hegemónica, ante la cual, se ha presentado una mayor independencia de la acción colectiva de las clases subalternas, generando, las condiciones de posibilidad para una disputa efectiva por la *dirección* de la sociedad.

Es decir, cómo al romperse el consenso social, la legitimidad del régimen, se ha generado para las masas populares una oportunidad histórica para la acción política a favor de sus intereses de clase. Evidenciaremos cómo las políticas de ajuste estructural han generado la crisis del sistema político, y con ella el resquebrajamiento de la hegemonía de la clase gobernante, abriendo un importante espacio de disputa por el poder político para las clases subalternas y sus organizaciones de clase: para la izquierda.

En suma, que la implantación de este modelo ha generado -mediante la agudización de las contradicciones económico-sociales históricas producidas por el capitalismo- el ascenso de la lucha de clases y una crisis del sistema político mexicano, una crisis de hegemonía.

Pero antes de pasar a revisar los elementos de esta crisis, es necesario hacer un recuento de cuáles son las bases sobre las que se constituyó, durante casi 70 años la dominación política en nuestro país, y como se pretendió, después de su agotamiento, reconstituir con el paso a un régimen „democrático’. Después de esto podremos -entonces sí- señalar cómo el neoliberalismo ha abierto una oportunidad histórica para los desposeídos en la lucha por sus intereses.

I.1 La hegemonía en México

Como ha señalado Perry Anderson⁴, existen en Gramsci dos nociones diferentes sobre el concepto de hegemonía, una en la cual ella implica que la “dirección” de la sociedad por una clase está construida sobre el consenso como fórmula contrapuesta a la de la coerción y una segunda en la cual la hegemonía implica simultáneamente tanto consenso como coerción. Pero, también como señala dicho autor, tal diferenciación está en estrecha relación con la estructura del poder burgués de acuerdo a las distintas condiciones sociohistóricas de Oriente y Occidente en la cual el autor italiano basa su distinción. Mientras que en los países orientales, ante la existencia de una sociedad civil “gelatinosa”, la dominación recae básicamente en el Estado, es ante todo coerción, en el caso occidental en presencia de una sociedad civil fuerte, la hegemonía toma principalmente la forma del dominio ideológico y cultural, es decir del consenso.

De tal suerte Anderson señala -siguiendo la línea reflexiva de Gramsci, pero poniendo énfasis en la necesidad de recuperar la importancia del momento histórico particular para el análisis⁵- que la estructura del poder político capitalista está “simultánea e indivisiblemente dominada por la cultura y *determinada* por la coerción”, esto es, que aún cuando la hegemonía puede basarse sustancialmente en el consenso de las masas, en el “control” ideológico-cultural, descansa en última instancia en su poder de coacción. Aún cuando el poder político preponderantemente se establece mediante la “imposición” de un consenso moral-intelectual de las clases dominadoras sobre las subalternas dicho poder se basa fundamentalmente sobre la existencia y el control de los aparatos represivos del Estado.⁶

⁴ Anderson, Perry, *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y Revolución en Occidente*, Fontamara, 1998, pp.40-73.

⁵ Anderson señala que en la dicotomía Occidente-Oriente hecha por Gramsci el autor italiano olvida que no se trata solamente de diferentes estructuras económico sociales, sino que la oposición se trata también de diferentes momentos históricos; así el desarrollo industrial traería después en los países atrasados la formación de una sociedad civil mas “densa”, Idem, pp.94-99.

⁶ Idem, pp.76-80.

Esta concepción supone implícitamente la imposibilidad del consenso absoluto y como tal la permanente presencia del conflicto social y político, por lo tanto, podemos decir que la hegemonía se construye desde una posición de fuerza. En una sociedad dividida en clases, el “consenso” sólo puede ser resultado de la subordinación enajenada e impuesta de los dominados. Hegemonía es principalmente consenso, pero también, y en última instancia, fuerza, de tal suerte que la primacía del elemento consensual radica en la capacidad de la clase gobernante de imponer a las demás clases su proyecto como si éste representara los intereses de todas ellas y entonces poder “dirigir” los rumbos de la sociedad acorde a sus necesidades. Sin embargo, una vez perdido el control ideológico, el consenso de las masas (la enajenación de sus intereses), a la clase dirigente únicamente le queda la coerción para mantener la dominación. La violencia es la última instancia de su supremacía económica y social.

Se desprende de lo anterior que por poder político no entendemos una simple capacidad de imponer los designios de unos sobre otros o un instrumento de la autoridad, sino ante todo una relación social:

El poder político es, por lo mismo, una relación y una correlación de dominio y hegemonía entre distintas clases y grupos sociales (fuerza e imposición entrelazada con dirección e influencia) que se hace y rehace constantemente, relación que si bien tiene su fundamento en las relaciones sociales de producción existentes de las que es el guardián exterior [...] También se trata de una construcción sociopolítica permanente.⁷

En el caso de nuestro país, como se ha señalado en varios de los estudios ya clásicos sobre su formación y especificidad, el sistema político contemporáneo fue constituido en sus elementos fundamentales tras el proceso revolucionario de 1910. En México la hegemonía de la clase burguesa fue posible por la formación del partido de Estado y la apropiación que éste hizo de la ideología de la revolución.

⁷ Oliver, Lucio, “Presupuestos conceptuales” en Castro Teresa, Massimo Modonesi, Lucio Oliver, (Coords.) *Poder y política en América Latina*, México, Cuadernos del CELA. Serie Comentarios bibliográficos, No. 3 UNAM-FCPyS-CELA, 2005, p.13.

Tras el fin del caudillismo, forma primordial del poder político heredado de la lucha armada, y la formación del presidencialismo como su institucionalización más allá de la figura personal comenzó a establecerse la estructura del poder moderno en nuestro país.⁸ El poder político posrevolucionario fue fundado entonces sobre la construcción de un partido, en cuyo centro estaba el presidente, que aglutinó todas las fuerzas políticas y militares, a todos los caudillos que el movimiento armado había engendrado y que dispersos y enfrentados como estaban impedían la estabilidad política y el desarrollo de las fuerzas productivas para crear un proyecto económico nacional. El partido de “los revolucionarios” se convirtió en el espacio para la toma de las decisiones políticas fundamentales del país. El presentarse bajo la bandera del nacionalismo revolucionario, como heredero legítimo del movimiento armado, no sólo le permitió anular a todos los elementos ajenos al partido al considerarlos como “contrarrevolucionarios” y “antinacionales”, sino que le permitió, a la clase gobernante, establecer la dirección burguesa del país, como si en realidad ella representara los objetivos de las mayorías trabajadoras, estableciendo de tal manera el gran mito de la revolución permanente y las bases del amplio consenso nacional que permitieron consolidar el capitalismo:

El PNR se presentaba como “el organismo político de la Revolución”, es decir como el legítimo representante de las masas populares que habían participado en el movimiento armado [...] las clases poseedoras (terratenientes, industriales, capitalistas), carecían de un proyecto y los callistas les proporcionaban uno, pero para ello era menester que el vocablo “revolución” fuese vaciado de su contenido.⁹

Mediante la constitución del PNR como el partido “de la Revolución” no sólo se pudo concentrar el poder político en un sólo instrumento, también se logró subordinar, de manera aceptada o impuesta, a las masas populares al proyecto capitalista. Aunque dicha subordinación fue iniciada desde la fundación misma del partido, su consolidación se dió en los subsiguientes años, a la par del poder

⁸ Córdova, Arnaldo, *La formación del poder político en México*, México, ERA, 1977, pp.45-61.

⁹ Garrido, Luis Javier, *El partido de la Revolución institucionalizada. La formación del nuevo Estado en México (1928-1945)*, México, SEP-Siglo XXI, 1986, pp. 126-127.

mismo del partido, alcanzando su máxima expresión durante el periodo cardenista con la conversión en Partido de la Revolución Mexicana y la conformación de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y de la Confederación Nacional Campesina (CNC).¹⁰

Con la formación de su estructura corporativista se obtuvo el control formal de los sectores obreros, campesinos y demás clases populares, imponiéndoseles, a través de esta estructura, el control político e ideológico. En los hechos el partido se convirtió en el único mecanismo donde se decidían las políticas del Estado y el rumbo económico-social del país, siendo éstas el resultado de una constante negociación entre los sectores que conformaban el partido. Negociación que, evidentemente, se enmarcaba en los límites de la dominación ideológica y desde una posición de subordinación para las clases trabajadoras. Esta subordinación permitió establecer en las clases trabajadoras la ideología del nacionalismo revolucionario, en la cual se pretendía que el régimen dirigido por el PNR-PRM-PRI avanzaba constante e ininterrumpidamente hacia la profundización de las metas de la revolución, lo cual, a su vez, permitió mantener la estabilidad política al generar un amplio consenso nacional de respaldo al gobierno.

La ideología del nacionalismo revolucionario implicaba el supuesto de un proyecto supraclasista, que al ir más allá de la lucha entre clases, ponía los intereses de la “nación” como primordiales. En él, el Estado se presentaba no como un instrumento de dominación de la clase dirigente sino como el mediador, como el “árbitro”, en los conflictos entre las clases poseedoras y los trabajadores. En suma el régimen se suponía como heredero de la lucha popular-campesina de principios del siglo XX y pretendía tener como fin la consolidación de los ideales de dicha lucha.

Pero el aspecto ideológico-cultural del nacionalismo revolucionario por sí solo difícilmente hubiera podido mantener el amplio consenso social. Fue su

¹⁰ La conformación del PNR como un partido “popular” se dio desde el instante mismo de su conformación. En un principio, en la medida en que los diferentes poderes regionales subordinaban a los sectores populares a su control, y posteriormente con la consolidación del partido avanzó hacia su plena corporativización, *Idem*, p. 125.

contraparte material, económica, el llamado desarrollismo, basado en la participación activa del Estado en la promoción productiva, en la regulación del mercado y en el modelo de la sustitución de importaciones -que amplió el mercado interno manteniendo salarios altos-, el que al mejorar la calidad de vida de las clases populares, logró sostener y extender –en el tiempo y en el espacio- la legitimidad del régimen. La creación del Estado benefactor, o la asimilación que de él se hizo a nuestra realidad, volvió tangibles, en gran medida, aunque no de manera absoluta, los derechos sociales y laborales que garantizaba la constitución de 1917.

Como ha señalado Córdova el impulso, aunque a discreción, de los derechos sociales promulgados por la Constitución (principalmente el derecho a la propiedad de la tierra y al trabajo, contenidos en los artículos 27 y 123 respectivamente) permitió al nuevo régimen presentarse como un “Estado del pueblo”.¹¹ Utilizándolos como “instrumentos de poder” a través de reformas sociales, menores pero constantes, el Estado logró el control social de las clases populares, dando al “statu quo un consenso tan sólido, que ni las más violentas convulsiones internas llegarán a ponerlo realmente en peligro”.¹² Es tal la relación entre dicho modelo económico de acumulación y el régimen de partido de Estado que algunos lo denominan como “modelo económico de la revolución mexicana”.¹³ El Estado, garante de la revolución, rector del conflicto entre las clases y la unidad nacional, marchaban.

En síntesis, la hegemonía burguesa en nuestro país fue construida, sobre tres pilares fundamentales: a) La creación del partido preponderante como rector exclusivo de las decisiones políticas al subordinar en su estructura corporativa a

¹¹ “El hecho es que sobre la existencia oficial del partido y sobre la verdadera realidad de los controles que el Estado mantiene sobre individuos y organizaciones, se ha impuesto la ficción populista de un gobierno y de un Estado que proceden de un partido que es enteramente popular”, Córdova, Arnaldo, op. cit., p. 40.

¹² Idem, pp. 21-22.

¹³ “Si bien abreva en las corrientes del pensamiento universal, el modelo económico de la revolución mexicana emergió como un “genuino proyecto nacional que precedió al consenso keynesiano de la posguerra y al consenso estructuralista latinoamericano” así lo menciona José Luis Calva citando a Ortiz Mena (1998) en “México: La estrategia Macroeconómica 2001-2006. Promesas, resultados y perspectivas”, en *Problemas del desarrollo*, México, IIE-UNAM, Vol. 36, No.143, Octubre-Diciembre, 2005, p.62.

amplios sectores de las clases populares y sus organizaciones, b) La asimilación e imposición de la ideología del nacionalismo-revolucionario, en que se sustenta el colaboracionismo de clases como base de un supuesto proyecto nacional continuador permanente e ilimitado de la revolución de 1910, y c) Sobre las bases materiales del ciclo de expansión del capital que permitió a México crear instituciones de seguridad social y laboral en el marco de un Estado populista-desarrollista o keynesiano-cepalino, como otros autores lo denominan.¹⁴

En muy resumidas cuentas, estos son los elementos que permitieron la estabilidad del sistema político y, con él, el dominio y la conducción política, casi sin sobresaltos, de las clases hegemónicas sobre las clases explotadas, desde la década de los 30 del siglo pasado hasta 1988.¹⁵ Ahora, para continuar con el objetivo expresado, es necesario pasar a revisar, también brevemente, el “recuento de daños” del neoliberalismo. Su revisión nos permitirá entender cómo estos han generado una crisis política; escenario propicio para la disputa hegemónica.

I.2 Reformas estructurales: agudización de las contradicciones, ascenso de la lucha de clases

Para delinear las condiciones de la actual crisis política, es necesario primero señalar las consecuencias que el neoliberalismo –como lo que es: una fase de acumulación del capital- ha tenido en la esfera económica de la sociedad. Para entender, los efectos del neoliberalismo sobre la dominación, es necesario revisar el detrimento que, en comparación con el viejo régimen, ha generado en las condiciones de vida de las clases trabajadoras. Ello permitirá observar las

¹⁴ Arnaldo Córdova establece que los pilares de la ideología dominante (la interpretación de la realidad que pretendía imponerse al conjunto de las clases) bajo el régimen de la Revolución Mexicana, los constituían, en síntesis, el desarrollismo, el populismo (entendido como conciliación entre clases) y el nacionalismo, *La ideología de la Revolución Mexicana: la formación del nuevo régimen*, México, ERA, 1997, pp.35-37.

¹⁵ Es cierto que 1968 fue el primer gran golpe contra la estabilidad del régimen, sin embargo las condiciones económicas no tan adversas de ese momento e incluso el actor político del movimiento –estudiantes de clase media- limitan mucho su dimensión, en cambio 1988 fue un amplio movimiento popular y ciudadano a nivel nacional, ya en el marco de una crisis económica mucho más profunda.

dimensiones de la crisis económica y su relación con la debacle de la superestructura política nacional.

Mientras que bajo el modelo desarrollista la tasa media de crecimiento del PIB fue de 6.1%, durante el periodo de aplicación de la liberalización económica, desde 1983 hasta el año 2000, fue de apenas 0.6% anual. Para el mismo periodo, pero con respecto al bienestar social, en el primer modelo el poder de compra del salario creció 96.9%, reduciéndose en un 70.1% durante los tres primeros sexenios neoliberales, además, la pobreza calculada en 48.5% de la población en 1981 paso hasta 75.3% durante los más recientes años.¹⁶ En lo que toca al sexenio de Fox la tasa anual de crecimiento fue de 2.2%, pero para la actual administración se pronostica apenas un promedio de 0.9 anual.¹⁷

La ortodoxia neoclásica impuso, mediante la llamada disciplina fiscal, la reducción de la inversión pública. Esta pasó de 10.4% del PIB en 1982 a apenas 3.1% en 2004, afectando con ello la inversión de infraestructura, base del desarrollo industrial, y el margen de cobertura de las políticas de seguridad social. El adelgazamiento del Estado se dio, entre otras cosas, en la privatización de las empresas públicas, de las 1,115 que poseía en 1982 pasó a sólo 169 para 1994.¹⁸

Durante este periodo se presentó, también, el colapso financiero más importante de la historia mexicana, el de 1994, provocado por el enorme déficit de cuenta corriente. En los últimos 10 años el déficit de balanza comercial pasó de 2 mil 634 millones en 1993 a 27 mil 815 millones en 2006. Además, gracias a la sobreconcentración de la riqueza nacional, nunca como ahora el ensanchamiento de la brecha entre ricos y pobres había sido tan amplia: “la parte apropiada (del ingreso nacional) por el 10% más rico: (pasó) desde un 25.8% en 1984 hasta un 31.2% en el 2002” y “De acuerdo con el último reporte de indicadores del

¹⁶ Calva, José Luis, op. cit., p.64. Aunque el número de pobres va desde 40 hasta los 70 millones según el método para calcularlos y la fuente la mayoría de analistas en la materia coinciden en que este es de cuando menos 51% del total de la población nacional. Véase también Tello, Carlos, *Estado y desarrollo económico: México 1920-2006*, México, Facultad de Economía-UNAM, 2006, p. 716.

¹⁷ Fernández-Vega, Carlos, “México SA”, México, *La Jornada*, 10 de Noviembre 2009, p.26.

¹⁸ Ortega Ambriz, Carlos, *Transición del Estado Benefactor, Neoliberalismo y Globalización. 1970-Hasta nuestros días*, México, SITUAM, 2007, pp. 15-16.

desarrollo del Banco Mundial, la concentración del ingreso en la décima parte de los mexicanos con mayor riqueza avanzó de 35.4% en 2004 a 41.3% del total del producto nacional en 2008”.¹⁹ Como expresa Tello: “Las mejoras en la distribución del ingreso logradas hasta 1982, se revirtieron a partir de 1983, año en que se cancelaron y redujeron varios programas de carácter social que venía impulsando el gobierno para atender a la población más pobre del país.”²⁰ Estos factores, en su conjunto, han provocado tanto un desempleo masivo como la precarización de las condiciones de vida del trabajador, aumentando, con ello, el volumen de la migración hacia Estados Unidos. Esta se multiplicó más de trece veces al pasar de aproximadamente 29 mil personas por año en la década de los sesenta del siglo pasado a casi 400 mil en 2004.²¹

En suma, todos estos fenómenos, consecuencias del cambio del modelo de crecimiento “hacia adentro” por el de la liberalización y la internacionalización, configuran una profunda crisis económico-social. Crisis económico social que ha llevado al aumento de la conflictividad política.

La reducción del gasto público, y su impacto negativo en los presupuestos para salud y educación, y la privatización, velada o abierta, de estos sectores, así como la implementación de reglamentaciones contra los derechos de los trabajadores, han generado, no sólo una mayor vulnerabilidad de estos frente a los desajustes del mercado, sino también una creciente polarización política generada en las luchas que estos han entablado por la restitución, conservación o respeto a sus derechos consagrados en la carta magna de la nación.

La erosión sistemática de la seguridad social, el aumento de la pobreza y el desempleo, se han visto reflejados en la explosión de múltiples conflictos sociales. En esta dirección, es evidente el aumento, tanto cuantitativo como cualitativo, de las acciones de protesta, dice Soledad Loaeza, refiriéndose al periodo de 1981 a 2000: “La multiplicación de acciones extrainstitucionales de protesta en este

¹⁹ Idem p. 17 y Hegewisch, José Buendía, “Concentración de la riqueza”, *Excélsior*, México, 25 de Abril, 2010.

²⁰ Tello, Carlos, op. cit.

²¹ Valenzuela, Feijo, “México 2006: ¿Una crisis mayor?,” en *Horizontes Críticos*, CEDA, México, 2006, pp.10-11.

periodo se explica por los cambios del Estado, que sufrió reformas radicales derivadas de los problemas de la economía.”²² Cuantitativo, tanto por el aumento numérico de los conflictos como por la cantidad de sujetos involucrados en ellos, y cualitativo al pasar, muchos de ellos, de demandas gremiales o particulares a posiciones políticas que demandan el cambio del „rumbo’ del país.

Los conflictos gremiales, que podían „resolverse’ dentro de los mecanismos de negociación del Estado (institucionalmente), pasan a ser insolubles bajo la nueva dinámica económico-política. Esta situación provoca que, en el desarrollo de estas luchas, los trabajadores vayan avanzando la necesidad de modificar el modelo económico. Comienza a surgir el “antineoliberalismo”.

Multiplicación y cambio cualitativo (político) que, sin duda alguna, se encuentra en estrecha relación con la modificación de los artículos 27 y 123 de la constitución. Artículos fundamentales del pacto social de 1917 y que, como ha señalado Córdova, constituían los principales instrumentos del poder político para la mediación y regulación del conflicto social:

Cada periodo presidencial se significa por su desempeño de diverso grado en la continuación de las reformas sociales [...] Es la verdadera línea de masas del gobierno, la que lo define y lo prestigia, pero sobre todo la que lo vigoriza y, como hemos visto, la que le permite mantenerse por sobre todos los grupos como el supremo árbitro de la nación.²³

La nueva dinámica de acumulación implicó que el régimen modificara la política laboral, a decir de Solís de Alba, siete fueron los ejes fundamentales de la reconversión del mundo del trabajo: 1-. reducción del salario mediante la implementación de topes salariales, 2-. racionalización liberal del gasto público (aplicación de la lógica costo-beneficio en la disposición de la inversión estatal), 3-. reformulación de los contratos colectivos, 4-. anulación del derecho de huelga, 5-. supresión de las funciones históricas, (como interlocutor en la implementación de

²² Loeza Soledad, “Las olas de la movilización y la protesta. 1920-2000”, en *Gran historia de México ilustrada. El Siglo XX mexicano*. II, México, Planeta de Agostini, Conaculta, INAH, 2002. p.56.

²³ Córdova, Arnaldo, *La formación del...*, p. 59.

la política laboral del régimen) del Congreso del Trabajo²⁴, 6-. uso del aparato represivo para recomponer las direcciones nacionales de los sindicatos de empresas estratégicas y 7-. promoción de los sindicatos blancos.²⁵ Acciones que, al corromper los principios constitucionales, implicaron una reformulación en la política del régimen frente a las demandas obreras, y como tal, reformularon la relación entre el Estado y los sectores trabajadores:

La estrategia económica y la política laboral, así planteadas, mermaron entonces, los contenidos materiales del pacto corporativo, poniendo en crisis la representación y la representatividad de las instituciones y los liderazgos sindicales frente a los trabajadores, al capital, al partido de Estado y al Estado mismo.²⁶

Los despidos masivos derivados de la privatización y la aplicación, en los hechos, de una reforma laboral (mediante mecanismos de flexibilización -como la subcontratación), han provocado el aumento de la economía informal y el subempleo, colocando en la indefensión a millones de trabajadores incrementando la posibilidad de conflictos sociales. Conflictos que no pueden canalizarse mediante los antiguos mecanismos:

la capacidad de presión sobre el sistema de distribución de beneficios sociales –llámese éstos vivienda, salud o seguridad social- que tenía el sindicalismo mexicano y que aseguraba la posibilidad de intercambiarlos por paz social y moderación salarial está cuestionado radicalmente por las nuevas políticas.²⁷

En lo que toca al artículo 27, la reforma salinista de 1992, que en los hechos puso fin a la reforma agraria y permitió la enajenación de los ejidos, significó la puntilla al agrarismo mexicano. Esto anuló uno de los pilares fundamentales del

²⁴ Sobre la crisis del poder de negociación del CT a raíz del giro neoliberal puede verse: Ortega, Max, "Congreso del Trabajo: reelección y conflicto", en *Trabajadores*, UOM, No. 53, Marzo-Abril, 2006, pp.8-11.

²⁵ Solís de Alba, Ana Alicia (Coord.), *El neoliberalismo y la lucha de clases en México*, México, MCCCLP, 1993, p.6

²⁶ *Idem*, p. 8.

²⁷ Zapata, Francisco, *Tiempos neoliberales en México*, México COLMEX, 2005, p. 133. Si bien el autor sostiene que el corporativismo en su esencia sigue funcionando como mecanismo de concertación y de hecho permitió la transición neoliberal, reconoce también la modificación de los términos de la negociación y el menor margen de acción del sindicalismo dentro de la nueva estructura de poder.

discurso interclasista y principal instrumento de control del Estado sobre el campesinado:

Esta reforma significa un cambio sustancial en la ideología estatal. [...] El Estado renuncia a una de las fuentes históricas de legitimación política e ideológica y establece nuevas relaciones de dominio con un segmento fundamental de la sociedad mexicana: los trabajadores del campo.²⁸

La dimensión de la modificación provocó una reacción inmediata del movimiento campesino. Por ejemplo, el llamado Plan de Anenecuilco, firmado por el Movimiento Nacional de Resistencia y Lucha Campesina, se pretendía: “como continuación del Plan de Ayala para poder hacer frente a la política anticampesina y antipopular impulsada por el actual grupo gobernante.”

Dicho movimiento, que aglutinaba a las principales coordinadoras de organizaciones campesinas, marca la nueva relación entre éstas y el régimen. Muchas de ellas habían negociado con el salinismo para adecuarse a la nueva política agraria de este, pero ahora la reforma hacía imposible mantener esa relación, y la acción campesina comenzaba a salirse de los canales tradicionales de la negociación. La reforma provocó una radicalización del discurso campesino en el cual el papel del Estado como interlocutor ya no era determinante.

Tal es el caso del “Plan de la Sierra” pronunciado por Alianza Campesina Revolucionaria. Después de denunciar las consecuencias de la nueva legislación (fin de la reforma agraria, cancelación de acceso a la tierra para millones de campesinos solicitantes y la apertura hacia una reconcentración de ésta), dicho plan llamaba a la defensa de los ejidos y comunidades mediante la movilización y la lucha popular de carácter *independiente*, a “La recuperación por *la vía de los hechos* de la tierra usufructuada [...] continuando con el reparto de latifundios” y a “La constitución de *organizaciones autónomas* que luchen por el control y usufructo de sus recursos naturales.”²⁹

²⁸ Ortega Ambriz, op. cit., pp. 16-17.

²⁹ El Movimiento Nacional de Resistencia y Lucha Campesina aglutinaba a las principales coordinadoras campesinas: UGOCP, UNTA, CNPA, COCEI, CIOAC, “Plan de Anenecuilco” en *Corre la Voz*, Núm. 1011, 5-11

En suma, al reducirse el gasto social y anularse los derechos constitucionales fundamentales, se restringieron los mecanismos de negociación-control con los sectores populares organizados. La disminución en el margen de los “instrumentos de poder” redujo la capacidad del régimen para consensuar con las clases trabajadoras. Ante esta situación, el régimen ya no cuenta con formas de evitar el conflicto por lo cual la confrontación entre él y las clases subalternas es cada vez más intenso.

Por lo anterior, el paso del modelo económico de la revolución mexicana, con un Estado fuertemente interventor, al proceso de acumulación neoliberal, con su Estado gerencial negociante³⁰, determinó una reconfiguración de las funciones del aparato estatal. Este no es más garante de la distribución del ingreso, y con ello de la justicia social, sino que se reorienta a velar por la disciplina fiscal y reduce su intervención social a la contención del conflicto, implica, contrario a lo que pregonan las tesis neoclásicas de “menos Estado”, una mayor intervención social de este: “El modelo neoliberal supone una fuerte intervención del Estado para contener las reivindicaciones sociales, imponer la liberalización a los mercados y los subsidios a empresarios.”³¹

No es que el Estado no intervenga, sino que su intervención es diferente. Se reorienta para legislar y garantizar el libre comercio, conteniendo para ello, el descontento social que este genera. Se prepondera entonces su carácter coercitivo.

Todos estos efectos de la liberalización, que tienen en su esencia la reducción de la participación del Estado, como agente económico y rector del conflicto entre clases, y en una desregulación desmedida del mercado, han desmantelado los soportes del Estado „benefactor”, generando un desplome de la calidad de vida de las clases trabajadoras y con ello las bases materiales del pacto interclasista.

de Diciembre de 1991. Plan de la Sierra. La Reforma al Artículo 27 Constitucional; una Acto en contra del Campesinado de México, México, Diciembre, 1991. Estos documentos pueden consultarse en el Fondo Documental de Estudios Rurales (FODAER) del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, en el registro 1808, (cursivas mías).

³⁰ Oliver, Lucio, op. cit., p.25.

³¹ Idem, p. 24.

Esta reorientación, al provocar la acción política de las clases populares más allá de la tradicional negociación con el Estado y la respuesta represiva de este -una lucha más abierta entre los dos factores de la producción: el capital y el trabajo-, fue lo que desenmascaró el carácter clasista del régimen e hizo inviable para la clase dominante el discurso nacional revolucionario.

Las reformas estructurales, que provocaron el distanciamiento entre el control del Estado y la acción política de las clases populares, eliminaron las bases ideológico-culturales del consenso, desdibujaron del imaginario colectivo la idea de que el Estado representaba a todas las clases y rompieron el mito de la unidad nacional. Hechos ante los cuales la burguesía ha visto imposible la construcción de un nuevo discurso y modelo para la dominación consensuada.

En este contexto, de rompimiento del consenso posrevolucionario y de ascenso de la lucha política subalterna, surge la Corriente Democrática del PRI y, posteriormente, el movimiento neocardenista de 1988. Sucesos que implicaron, precisamente, la pugna de una fracción del aún partido dominante por restablecer el rumbo nacionalista contra el proyecto de la tecnocracia neoliberal. Únicamente el fraude electoral impidió reorientar la nación hacia su antiguo curso, sin embargo, el proceso iniciado ese año, contra el dominio político del partido de Estado, fue ya inevitable. Concluiría en el año 2000 al perder éste el poder presidencial.

La profundización neoliberal, y la agudización de la lucha de clases, continuaron, durante el sexenio foxista. Con el desmantelamiento -mediante la reforma a la ley de pensiones del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado- de la seguridad social, se generó un nuevo conflicto que rebasó lo gremial, pues aunque este se centró en la defensa de las prestaciones laborales señalaba, también, la necesidad de „romper’ con el modelo económico imperante.³² También bajo el régimen foxista, con la aplicación, o pretensión de

³² Alrededor de estas luchas empezó a plantearse, entre algunas de las organizaciones sindicales, la necesidad de una Huelga General que frenara y dejara atrás el neoliberalismo. El desarrollo de este planteamiento, desde una consigna en el vacío, hasta su realización parcial y el planteamiento de su

hacerlo, de los grandes proyectos turísticos y de infraestructura del gran capital, en detrimento de la propiedad de los pueblos campesinos e indígenas, se fueron multiplicando las acciones de protesta y resistencia al neoliberalismo (Atenco, la Parota, etc.). Luchas que sumando, el conflicto oaxaqueño de 2006, muestran el agotamiento del supuesto sistema representativo y de sus estructuras de mediación y negociación. Evidencian el aumento de la lucha de clases a raíz de la crisis hegemónica.³³

Más recientemente, los casos del Sindicato Mexicano de Electricistas (SME) y el conflicto minero en Cananea, dan cuenta de los efectos neoliberales sobre la dominación. El desmantelamiento de los derechos de los trabajadores, a favor del capital transnacional, ha provocado la incapacidad de las clases dominantes de gobernar la sociedad. Queda claro que la fase neoliberal del desarrollo capitalista ha tenido un fuerte impacto negativo sobre las estructuras de la dominación y sobre las condiciones de vida de las clases subalternas aumentando la actividad política de estas: “para 1985 quedó claro que se iba a [...] imponer un cambio estructural en el modelo económico, que inevitablemente y a la larga, tendría repercusiones negativas sobre esa misma estructura [...] pues los costos de la crisis y del cambio se iban a cargar sobre los hombros de los asalariados y de los sectores populares en general.”³⁴

Impactos que han generado, sobre la base de la crisis económica, la actual coyuntura de polarización política y crisis de la dominación.

realización definitiva con la agresión al Sindicato Mexicano de Electricistas, puede ser un buen indicador del ascenso del conflicto político contra el actual patrón de acumulación. Lo es también de la actual situación de la izquierda, y del papel del nacionalismo revolucionario. Sobre esto último, volveremos en las partes finales del trabajo.

³³ Un recuento de estos movimientos surgidos en la lucha contra el neoliberalismo puede verse en Rodríguez, María José, “La construcción de alternativas políticas en México. Posibilidades y límites del Movimiento popular”, en *Estudios Latinoamericanos*, Nueva Época, No. 24, Julio-Diciembre, 2009. pp. 57-88.

³⁴ Meyer, Lorenzo, “La visión General” en Lorenzo Meyer, et al, *Una visión contemporánea de México: Transformaciones y permanencias*, México, Tomo 1, Océano, 2003, p.24.

I.3 La deformación del poder político en México

La debacle del sistema político mexicano, comenzada en 1968 con el movimiento estudiantil,³⁵ tiene su siguiente punto de inflexión en 1988. Año cuando empezó a dar muestras, ya no tan sólo de su agotamiento, sino ya de su completa inviabilidad para continuar con el régimen de Partido de Estado: “A diferencia de 1968 [...] en las elecciones presidenciales de 1988, se haría evidente en toda su magnitud la naturaleza del desgaste del régimen.”³⁶

Es a partir de este momento que la legitimidad del partido dominante -que como hemos visto, pretendía que su acción se basaba en concretizar la ideología de la revolución (nacionalización del petróleo, reforma agraria), comienza a ser erosionada por los efectos de las políticas de corte neoliberal.

Hemos dicho que un aspecto fundamental de la estabilidad del régimen emanado del proceso de 1910 lo constituyó la posibilidad de realizar, aunque parcialmente, los derechos sociales consagrados en la constitución de 1917. En el marco del Estado populista-desarrollista-benefactor, se implementó un amplio sistema de seguridad social (educación, salud, derechos laborales), que sentó las bases materiales que dieron soporte al pacto interclasista que proclamaba la clase dominante. Ergo, la reconversión neoliberal del Estado, al pasar de activo agente económico a guardián de las “leyes del mercado”, ha ocasionado un deterioro de las bases materiales de la dominación.

El consenso posible gracias a las condiciones económicas favorables derivadas del llamado desarrollo estabilizador y la aplicación de políticas públicas y de seguridad social en el marco del estado “semikeynesiano”, fue ya inviable toda vez que el ajuste estructural erosionó los instrumentos de legitimación (las políticas públicas y la seguridad social) que hacían posible mantener la negociación entre

³⁵ “1968 fue uno de esos años que pueden calificarse como de inflexión, es decir, un momento en que ciertos desarrollos y tendencias concluyen o se modifican de manera sustantiva y otros más se inician”, *Idem.*, p.13.

³⁶ *Idem.*, p. 24.

clases dentro del marco del Estado (el corporativismo como control de los subalternos).³⁷

En 1994 el régimen evidenciaba, una vez más la fragilidad de su estabilidad y su creciente falta de consenso. El levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) demandaba *democracia*, libertad y justicia a un sistema que evidentemente hacía mucho tiempo había renunciado a siquiera simular que pretendía alcanzarlas. Además de que se declaraba en contra del Tratado de Libre Comercio, uno de los principales estandartes de la estrategia neoliberal del presidente Carlos Salinas de Gortari, el zapatismo evidenciaba el fracaso histórico de las políticas estatales dirigidas hacia la población indígena y hacía notar de manera contundente el distanciamiento entre los deseos y las necesidades de amplios sectores populares y las acciones de quienes se supone representaban estos dentro del régimen del partido de Estado.

Así, una vez que el nuevo patrón de acumulación, orientado para favorecer el capital exterior, generó la debacle económica y reconfiguró el papel del Estado, los viejos supuestos hegemónicos del nacionalismo se desvanecieron. Los costos sociales del neoliberalismo, que impidieron mantener la calidad de vida alcanzada bajo el desarrollismo y el control ideológico y político de las clases subalternas, anularon los pilares de la “paz entre clases”. Ante el creciente conflicto, la burguesía se vio obligada a intentar reconfigurar la dominación a través de la búsqueda de un nuevo consenso.

Para el año 2000 el conjunto de estos factores³⁸ hicieron posible la tan pregonada “transición democrática”. Con la elección presidencial del candidato del Partido Acción Nacional (PAN), se puso fin a más de 70 años de gobiernos del “partido de la revolución”. Hecho mediante el cual también se daba cierta certeza a

³⁷ No quiere decir que el corporativismo como práctica del Estado mexicano haya desaparecido, pero sus formas y alcances son distintos a los de la maquinaria burocrática priista.

³⁸ Sobre el papel del zapatismo en la transición democrática y la alternancia política: Ramírez Zaragoza, Miguel Ángel, *La Autonomía y la otra campaña van. El movimiento zapatista y sus impactos en la transición procedimental de la democracia y el cambio social*, México, Ediciones Praxis y Utopía, 2008. El autor sostiene que la transición democrática fue acelerada por las acciones del movimiento zapatista, aún cuando este reivindicaba una democracia sustantiva y no solamente procedimental.

la democracia representativa mexicana, hasta entonces sólo aparente, y se otorgaba legitimidad, tras los vergonzosos hechos de 1988, al recién creado arbitro electoral, el Instituto Federal Electoral (IFE). Podemos decir que el proceso de transición democrática, en realidad de alternancia partidaria, fue el intento de las clases dominantes por restablecer la hegemonía -como consenso- frente al agotamiento de la legitimidad del partido de Estado.

A pesar de esta “transición”, la profundización del modelo neoliberal por parte de la primera administración panista evidenció rápidamente las contradicciones entre las necesidades de acumulación librecambista y el ideal democrático. Contradicciones que hicieron imposible extender la dominación consensuada ante el avance de la lucha contra el neoliberalismo.

Ante el creciente reclamo social de transitar hacia un modelo distinto al capitalismo neoliberal, los avances en la ‘democratización’ de la vida política nacional (que pusieron fin al partido de Estado) fueron insuficientes para mantener la gobernabilidad. Las más que cuestionadas elecciones presidenciales de 2006- ante el clamor popular de fraude electoral- que dieron como ganador a Felipe Calderón, nuevamente del PAN, sobre Andrés Manuel López Obrador candidato de la coalición “Por el bien de Todos”, que incluía además del PRD a los partidos Convergencia y del Trabajo, evidenciaron la fragilidad de la hegemonía que se pretendió establecer sobre la democracia procedimental. El fraude demostró los límites de esta interpretación de la democracia. Demostró su contradicción entre medio de participación popular y mecanismo de control y dominación de las clases dominantes:

Las formas de dominación son siempre instrumentos para reproducir la dominación, legitimándola ante fuerzas contrarias importantes. Pero, al mismo tiempo, esos espacios de mediación posibilitan la participación de los dominados. Si esta es independiente política e ideológicamente, la democratización que resulta de la mediación forma parte del desarrollo autónomo de los dominados hasta generar contradicciones insalvables para la dominación. Pero si se hace de manera subordinada, no obstante las conquistas económicas o sociales

que se obtengan, la dominación se refuerza. Este es el complejo de contradicciones y posibilidades políticas que hace a la democracia liberal [...]»³⁹

Esto significa, que la democracia representativa, formal, procedimental, burguesa o como se prefiera, que se estableció como medio para garantizar el nuevo consenso social, tras el fin del autoritarismo priísta, mostró rápidamente su debilidad para mantenerse como regulador del conflicto producido por los efectos de la liberalización económica. La frágil reconstitución de la hegemonía conseguida con la alternancia de partidos a nivel federal en 2000 quedó nuevamente en duda apenas seis años después.

Este rápido quiebre de la hegemonía neoliberal tiene que ver con el proceso de crisis política que la actual fase de acumulación del capital ha generado. El derrumbe del denominado socialismo real, y con él el pretendido triunfo definitivo del capitalismo como única posibilidad civilizatoria, hizo posible la implantación de la concepción liberal de la política. Concepción sobre la cual se estableció la democracia procedimental como medio, únicamente de selección de los administradores del sistema pero nunca como instrumento de transformación social: “la idea de que la democracia sólo tiene por finalidad formar gobiernos a través del sistema representativo y administrar en el sistema político las relaciones de poder existentes sin modificarlas.”⁴⁰

Al establecerse la democracia representativa como instrumento de mediación y control, y no de participación y representación social, se ha generado un distanciamiento entre la ‘democracia’ y la sociedad, produciéndose a su vez un rechazo generalizado a la política institucionalizada y con ello la cancelación de este medio como instrumento para la resolución de los conflictos sociales: “el modelo neoliberal ha creado un abismo entre las instancias de gobierno y de

³⁹ Stolowicz, Beatriz, op. cit., p. 174.

⁴⁰ Idem, pp. 170-171.

representación y las posibilidades de influencia, de defensa de intereses de los sectores sociales mayoritarios.”⁴¹

En este fenómeno es determinante el hecho de que los partidos políticos están cada vez más cerca del Estado que de la sociedad civil (podríamos decir que tienen los dos „pies’ en la “sociedad política”). Se han institucionalizado, dejando de ser mecanismos de expresión ciudadana para convertirse en gestores del conflicto y guardianes de los intereses de las clases dominantes. Ante estos hechos, de descrédito de la democracia liberal, cada vez más los movimientos sociales buscan medios de acción política extrainstitucionales.

En México el fin de la hegemonía neoliberal -mantenida sobre la democracia procedimental- se expresa de manera cuantitativa en los resultados de las últimas cuatro elecciones, periodo en el que debe entenderse tanto la máxima expresión del consenso sobre sus posibilidades, después de los hechos de 2000 donde logró la mayor participación de este ciclo, 63.97% del total de electores, como su inoperancia actual como legitimador del sistema. Así, en 2003 en las elecciones para diputados la participación ciudadana (porcentaje de votantes respecto del padrón total) fue 41.68%, en 2006 en la elección presidencial el porcentaje fue de 58.55% presentándose una reducción de 5.42% respecto de las elecciones „del cambio’. Para las elecciones de diputados de 2009 fue apenas de 44.80% al que además hay que restarle el 2.16% de votos nulos, este último porcentaje incrementado por la campaña de distintos sectores sociales por el voto en blanco.⁴² Datos de los que, además, siempre hay que guardar cierto recelo, ¿Qué legitimidad puede tener un gobernante electo con la mitad de la mitad de los posibles votantes?

En síntesis, y a manera de conclusión de este primer capítulo, la aplicación del neoliberalismo ha erosionado de un lado, el sistema del Partido de Estado que mantenía la relativa estabilidad social y política sobre el supuesto de continuar con

⁴¹ Modonesi, Massimo, “Política y sociedad en América Latina”, en Castro Teresa, Massimo Modonesi, Lucio Oliver, (Coords.), op. cit., p.37

⁴² Comparativo de participación ciudadana a nivel nacional 1991-2009, www.ife.org.mx.

el proyecto de la revolución mexicana y, de otro, las débiles instituciones y organismos políticos mexicanos de la denominada transición a la democracia. Elementos que se presentaron como el sistema ideal para la solución del conflicto, y que sin embargo, ante la voluntad popular que se opone a la continuidad del actual modelo económico, fueron totalmente burlados en las elecciones federales más recientes toda vez que la oligarquía nacional está empeñada en mantener tal modelo, aún por la fuerza, a falta del consenso “democrático”, propiciando con todo esto el quebrantamiento de la hegemonía burguesa.

Prueba sin duda de la debacle de la clase gobernante como hegemónica es el uso recurrente de la fuerza para la “solución” de los conflictos sociopolíticos de los últimos años. La represión desmedida al Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra en Atenco, a la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca, al movimiento magisterial en Morelos, y más recientemente la toma de las instalaciones de trabajo del SME muestran claramente que el elemento determinante de la dominación actual es la fuerza, puesto que la dirección ideológica y cultural la han perdido, se confirma la tesis de que el uso de los aparatos coercitivos del Estado no demuestra la fortaleza de este cuanto su debilidad.⁴³

Al profundizar las contradicciones económico-sociales históricas el neoliberalismo ha provocado el fin de la hegemonía, primero del partido de Estado y luego de la democracia liberal, abriendo el camino al autoritarismo, como lo demuestran el intento por fortalecer el poder del ejecutivo, tratar de legalizar el accionar del ejército en tareas policiacas, la criminalización de la protesta social, la militarización del país mediante el plan Mérida, entre otras medidas.⁴⁴ El neoliberalismo, al ser incompatible la democracia con la desigualdad y la

⁴³ Sin duda la toma de las instalaciones de la paraestatal Luz y Fuerza del Centro por integrantes de la Policía Federal Preventiva (PFP) es un acto de violencia, que quebranta la legalidad ante la imposibilidad de resolver un conflicto, iniciado por el propio gobierno federal, en aras de imponer una dirigencia “menos dura” ante los planes de privatización del sector eléctrico.

⁴⁴ Al respecto pueden revisarse los artículos de, Luis Javier Garrido “La fascistización” y de Carlos Fazio “La excepción y la regla” en *La Jornada*, México, del 31 de Julio de 2009 y del 3 de Mayo de 2010, respectivamente.

explotación que éste implica, ha clausurado los de por sí estrechos márgenes que se habían abierto hacia la democratización de nuestra sociedad.

En ese mismo sentido, de quiebre de la hegemonía dominante, es que podemos entender el combate contra el narcotráfico, como un intento por relegitimar al régimen. El fracaso de la democracia como nuevo eje del consenso, debido al fraude electoral a nivel federal en 2006, obligó a la administración ilegítima del presidente Calderón a buscar un nuevo factor de unidad consensual. Para ello implantó la “guerra contra el narco” como elemento para tratar de generar a partir de él un nuevo consenso social.

Partiendo de la identificación del narcotráfico como “el” enemigo nacional, al que hay que enfrentar y culpabilizar como el origen de todos los males, y no como lo que es el resultado de la enorme desigualdad social y la descomposición moral del régimen, se pretendió reconstituir un nuevo discurso ideológico-cultural sobre el cual establecer la dominación. Sin embargo la “derrota” de esta “guerra”, aunada a sus políticas antipopulares, y antiobreras de profundización de las reformas estructurales, han mermado todavía más la hegemonía de las clases dominantes y han abierto el espacio de la lucha política para las clases subalternas y sus organizaciones.

Podemos afirmar que durante las últimas tres décadas se ha producido en México un proceso de deterioro del sistema capitalista. Deterioro expresado en todas las esferas de la estructura social mexicana mediante la polarización económica, la ruptura del tejido social y el desgaste de las instituciones democrático burguesas. Y que, ante este contexto de crisis económica y política, ha aumentado, la -como ya dijimos previamente- nunca ausente, conflictividad social, es decir, se ha presentado un ascenso de la *lucha de clases*, y creado lo que en la tradición marxista se denominaban las condiciones *objetivas* favorables al accionar político opositor de los sectores subalternos.

Es cierto que en nuestro país la crisis económica es un hecho recurrente, pero como hemos descrito más arriba, ésta es más amplia y profunda que nunca -sólo

comparable a la situación previa a 1910⁴⁵ - de tal suerte que el sufrimiento „va mas allá de lo normal’ pero además, y esto es lo más importante desde el punto de vista de la izquierda, existe, como he pretendido mostrar, una crisis de las clases dominantes como hegemónicas.

Crisis que, por lo demás, se expresa en las pugnas entre estas mismas clases, como lo muestran los pleitos entre sus representantes en el Congreso de la Unión, -donde ellos mismos han evidenciando sus pactos „secretos’ y corruptelas- los acomodados y reacomodados (coaliciones electorales) en busca de mantener los privilegios para las fracciones de clase que representan, etc. Todo ello va de la mano con lo que afirmaba Lenin, respecto del análisis de la coyuntura propicia para cambios profundos en la sociedad: es necesario que no sólo los de „abajo’ no quieran seguir viviendo como antes sino además que los de „arriba’ no puedan seguir administrando y gobernando como antes.⁴⁶

Por si fuera poco la dimensión de la crisis del capitalismo no se reduce al espacio nacional, su espectro es tal que Carlos Aguirre Rojas considera que -toda vez que sus estructuras sociales han llegado a un punto asintótico, a un límite en el que no pueden ir más allá de sí mismas, y necesitan entonces ser superadas- estamos ante la etapa final del capitalismo como sistema civilizatorio.⁴⁷ Más allá de la certeza de tal afirmación, lo cierto es que el momento actual representa una oportunidad histórica para la izquierda como dirección de las clases explotadas y dominadas.

Pero si esto es así, ¿Por qué entonces no estalla un proceso de cambio y renovación social?, la respuesta, y esta es mi hipótesis central, es que existe una

⁴⁵ Aguirre Rojas, Carlos, *Contrahistoria de la Revolución Mexicana*, México, Contrahistorias-Facultad de Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2009, pp.115-132.

⁴⁶ Harnecker, Marta, op. cit., ofrece una revisión sistemática del análisis hecho por Lenin sobre las condiciones estructurales y político-sociales que precedieron e hicieron posible la revolución bolchevique.

⁴⁷ Para dicho autor nos encontramos en la fase terminal del sistema-mundo capitalista toda vez que en su interpretación histórica de *larga duración* del siglo XX atravesamos por un momento de “lenta desestructuración y vaciamiento de contenido de todas las diversas formas y expresiones sociales del capitalismo, con la también lenta construcción de las diversas premisas y prerequisites necesarios para la edificación de un nuevo sistema histórico no capitalista”, *Para comprender el mundo actual. Una gramática de larga duración*, México, IPN-CIECAS, 2010, p.30.

crisis histórica de la izquierda mexicana. Como conciencia organizada de los intereses de las clases populares, esta no es capaz, en el momento actual, de „dirigir” el descontento social. Su propia formación estructural, en nuestro país, le impide presentarse como alternativa de dirección para las clases populares. Siguiendo con la interpretación leninista, que hace falta el factor subjetivo que encauce hacia cambios profundos el descontento social y político del actual momento histórico.

Esta postura responde a la concepción histórica de que el devenir social no es lineal y determinado, como querían los positivistas, y de que, a pesar del disgusto de los ideólogos del sistema, la historia de la humanidad no ha concluido, sino que el destino que ella siga está en estrecha relación con la acción de los hombres. Es decir, los cambios y el rumbo necesario para superar el momento actual no depende solamente de las condiciones materiales que prevalecen sino de la interpretación que los hombres hagan de ella y las acciones que tomen en consecuencia.

Dos aclaraciones. No quiere decir que la actual crisis hegemónica sea absoluta y definitiva, ningún fenómeno social lo es. La historia ha demostrado la capacidad de reorganización de la dominación del capital, además no pocos sectores (dominantes y subalternos) ven ya en el regreso del PRI, con Enrique Peña Nieto, al poder federal el restablecimiento de la “normalidad” y sin duda una reconfiguración del consenso, la legitimidad: la hegemonía.⁴⁸ De igual manera, el fin del consenso posrevolucionario no implica que antes de él no existía en sectores de la izquierda una visión clara sobre el Estado y su naturaleza de clase, pero sí que antes de ello permanecía (y permanece) en muchos sectores de la

⁴⁸ Así lo demuestran los datos de un estudio de opinión política elaborado por el CIDE donde 52% de las personas encuestadas dijo identificarse con el PRI, además que fue a este organismo político al que le otorgaron la calificación más alta en la evaluación de los distintos partidos. Por otra parte 43% dijo identificarse y confiar en Enrique Peña Nieto. *La Jornada*, México, 16 de Noviembre, 2010, p.8. Datos a los que hay que sumar el despliegue mediático en torno a su figura. Hechos no poco relevantes en un país donde los poderes facticos son decisivos en las decisiones políticas, y en una época donde los medios no solo condicionan enormemente la opinión pública sino en la que la política se ha convertido en un *reality show* donde el mejor producto gana.

población la idea del PRI como el único partido para el progreso de México. Además, como lo muestra el lopezobradorismo, persiste en amplios sectores populares el ideario nacionalista-revolucionario, pero sobre esto hablaremos en los capítulos que siguen.

Por último, no pretendo afirmar que con la presencia de la izquierda como actor consciente, política e ideológicamente la actual coyuntura desembocaría en una transformación profunda „aquí y ahora’ de la sociedad capitalista, sólo trato de hacer notar que su ausencia como actor político organizado es parte fundamental de la explicación de la nulidad de cambios en el momento actual, y que su posicionamiento revolucionario podría conducir a sentar las bases de ese cambio tan anhelado y demandado por amplios sectores sociales.

Hasta aquí esta primera parte. Pasaremos ahora a ver, por qué a pesar de estas condiciones de fractura hegemónica, las clases subalternas no han podido articular un proyecto nacional alternativo. Para ello, trataré de buscar la explicación de esta ausencia en la formación histórica de la izquierda en nuestro país.

Capítulo II. La izquierda mexicana: recuento de una crisis recurrente

Muchos de los momentos claves en la historia de la izquierda mexicana han estado relacionados con cuestiones de lucha ideológica y política.

Barry Carr

He tratado de mostrar en el capítulo anterior que las condiciones materiales de existencia de millones de personas en nuestro país así como la fracturación de la dominación han generado un escenario propicio para la acción política de la izquierda, es decir para el planteamiento de cambios profundos en la estructura social. Desde una perspectiva comparativa, este contexto es muy semejante al que se ha vivido en nuestro subcontinente desde hace aproximadamente 20 años: profundización neoliberal, aumento de la lucha de clases y, en esos países, avance hacia regímenes progresistas¹, pero entonces: ¿Por qué no suceden los cambios en nuestro país?, ¿Por qué, por ejemplo, no somos siquiera capaces de „tirar’ un presidente antipopular e ilegítimo como el actual, como sí lo hicieron el pueblo argentino, ecuatoriano o boliviano?, ¿Por qué nuestro país no ha podido ir más allá del paradigma neoliberal?, ¿Por qué, a pesar de sus terribles consecuencias sociales, no se ha avanzado hacia su superación?, ¿Por qué no tenemos una alternativa de izquierda?

Desde mi punto de vista, una de las explicaciones fundamentales para tratar de responder a tales interrogantes debemos buscarla precisamente en la izquierda. Pero no simplemente en relación con las condicionantes contemporáneas a las cuales esta se ve enfrentada, sino sobre todo en las que se implican en su propia formación (o mejor deformación) histórica, es decir en los elementos estructurales que le dan forma y la determinan en el momento actual.

¹ Es cierto que no en todos los países latinoamericanos ha habido cambios, y que la intensidad de estos no es la misma en todos donde los ha habido. Sin embargo, el paradigma neoliberal no es ya incuestionable y se han abierto caminos hacia la construcción de nuevos horizontes de política económica y desarrollo social, así como a la ampliación de la democracia más allá de su concepción liberal. Así, por ejemplo aún cuando el gobierno de Lula, no significa, ni mucho menos, el abandono del capitalismo, ha implementado políticas de corte social impensables en la ortodoxia neoliberal. Sobre este viraje de rumbo en América Latina, además del ya citado libro de James Petras, puede consultarse también: Aguirre Rojas, Carlos, *América Latina en la encrucijada. los movimientos sociales y la muerte de la política moderna*, México, Contrahistorias, 2009.

La respuesta al por qué de la inexistencia actual de un proyecto factible desde la izquierda, ante el panorama gris de nuestra nación, debe buscarse en la formación y el desarrollo que ella ha tenido a lo largo de nuestra historia nacional. Debido a que el fenómeno de su inexistencia como guía consciente de las clases trabajadoras no es un problema exclusivo de su actualidad, sino un hecho recurrente en la historia de la lucha de clases de nuestro país, es en esa medida histórica donde debemos buscar su explicación. Es en la permanencia de los factores históricos que configuran su crisis donde debemos tratar de descifrar el porqué de la incapacidad de la izquierda para poder conducir, independientemente y de acuerdo a sus intereses, a las clases subalternas en la actual coyuntura histórica. El problema de la izquierda mexicana es un problema que surge con ella misma y la acompaña a lo largo de su recorrido histórico: es estructural.

Al decir que la crisis que condiciona el actuar de la izquierda mexicana es un problema estructural, entendemos que es un hecho inherente a su formación y que se vuelve recurrente a lo largo de su accionar en las principales coyunturas de la lucha de clases nacionales, constituyéndose, de esa forma, en un impedimento para la actividad política concreta de esta. Entendemos crisis no en su acepción meramente coyuntural sino como un defecto reiterado, crónico. Ello no significa que el problema que aqueja a la izquierda sea un hecho idéntico e inmutable en todos los periodos, pero sí que a pesar de sus transfiguraciones es una tendencia general -misma esencia, diferentes formas- a lo largo de su praxis en los diferentes momentos cruciales de la confrontación política en el país.

Existen varios elementos „negativos’ que podemos encontrar consustanciales a la historia de la izquierda mexicana. Elementos que históricamente son los que le han impedido ser una alternativa real y concreta de transformación.

Nunca la izquierda mexicana ha tenido un proyecto nacional generado desde la realidad concreta de nuestro país, nunca una estrategia de acuerdo a la cultura política imperante en las clases subordinadas y explotadas de nuestra sociedad. Por tales hechos, en el desarrollo de la lucha de clases en nuestro país, la izquierda ha estado ausente (a excepción de breves periodos), de las

organizaciones de masas de las clases trabajadoras, ha carecido de arraigo social –mas allá de algunos sectores medios- y por lo tanto nunca ha podido conducir esas luchas hacia un objetivo transformador. En resumen, podemos decir que ha estado distanciada de quienes dice representar. ²

Distanciamiento que -esta es mi afirmación- es el producto de una *crisis ideológica*; ¿cómo dirigir una lucha sino se tiene claro el objetivo?, ¿Cómo tener presencia en las masas cuando no se ha creado una estrategia desde el conocimiento de sus luchas y desde la cultura política que prevalece en ellas?, ¿Cómo tener presencia entre las masas populares cuando la estrategia que se pretende imponer no es el resultado de sus propias prácticas y experiencia históricas? *La crisis estructural de la izquierda mexicana es, principalmente, una crisis ideológica; es el reflejo de la ausencia de un pensamiento y una identidad propia.*

Existen, como ha señalado Eagleton, cuando menos, seis definiciones posibles del concepto de ideología. ³ Es necesario, entonces, aclarar cuál es la noción en la que aquí se usa tal término. Entendemos por ideología: “un campo discursivo en el que poderes sociales que se promueven así mismos entran en conflicto o chocan por cuestiones centrales para la reproducción del conjunto del poder social [...] es un tipo de discurso particular <<orientado a la acción>>”. La entendemos pues, en un sentido sociológico como “medio en el cual los hombres y mujeres libran sus batallas sociales y políticas” y no en un sentido especulativo o metafísico desligado de la realidad. Su relevancia radica precisamente en que tal conjunto de ideas, que orientan y conducen la acción, no son sólo imaginarios sino también reflexión teórica resultado de las experiencias concretas de los actores sociales y como tal, en una sociedad donde prima la lucha de clases, como un “asunto de poder”. ⁴

² Modonesi, Massimo, *La crisis histórica de la izquierda socialista Mexicana*, México, Juan Pablos-UACM, 2003, pp. 40-41.

³ Eagleton, Terry, *Ideología. Una introducción*, Barcelona, Paidós, 2005.

⁴ Idem, pp.19-54.

Asunto de poder, puesto que en el campo de la ideología se disputa la concepción de la realidad. Se juega en él la lucha por la imposición de concepciones contrapuestas, las de los dominadores y la de los dominados, se lucha entre la enajenación y la liberación.

Entendemos, para este estudio, la cuestión ideológica en el sentido de que ella constituye el conjunto de ideas, valores y creencias que definen y dirigen las acciones de clase en la realidad social. Como tal pueden actuar “ocultando” o “develando” la realidad a favor de determinados intereses de clase. Se acerca, en este punto, al término de “cosmovisión”.⁵ Ideología es el marco interpretativo con el que se pretende comprender el mundo, y como tal, implica una determinada manera de actuar frente a él.⁶

Como el conjunto de ideas que conducen la práctica, la ideología implica determinadas prácticas políticas, determinadas concepciones estratégicas. Creemos, por tanto, que es en este nivel, de la ideología, donde se encuentra el problema fundamental de la izquierda. Ha sido en los equívocos al tratar de interpretar la realidad donde se ha gestado la crisis estructural de la izquierda.

Al ser el medio con el cual se piensa, y se actúa, en lo real, es en ese nivel de abstracción, donde una “falsa” interpretación de la realidad nacional, ha engendrado la ausencia, o el equívoco, de una práctica revolucionaria de la izquierda como conciencia organizada de las clases subalternas.

El problema es ideológico en la medida que a lo largo de la historia nacional, ya sea por alienación, asimilación acrítica o nula capacidad interpretativa, la izquierda ha carecido de una ideología „propia’. Ha carecido de su propio marco interpretativo para la acción y en cambio se ha plegado a esquemas teórico-prácticos que no son resultado de su propia experiencia política.

⁵ “Cosmovisión: Manera de ver e interpretar el mundo”, Diccionario de la Real Academia Española, <http://www.rae.es/rae.html>

⁶ Evidentemente este proceso no es lineal sino dialectico, pues el marco interpretativo es a su vez resultado de la experiencia y el contexto sociohistórico.

En este sentido, como interpretación, la ideología puede equivocarse, pero el error siempre es menos probable cuando parte de la experiencia propia y no de acuerdo a ideas, y sus correspondientes estrategias, surgidas en condiciones sociohistóricas diferentes. Por eso es que la praxis política puede funcionar como formador de conocimiento.⁷

Como tal no significa que los tropiezos de la izquierda se entiendan sólo por los “errores teóricos” de sus representantes sino más bien por la práctica política concreta a que estos condujeron: su crisis concreta es producto de una crisis ideológica, puesto que, como hemos dicho, la izquierda es el actor consciente de un proceso inconsciente en el conjunto de las clases populares.

Es una crisis de identidad, porque en términos generales, quienes se han pretendido de ella han carecido de una estrategia para, y desde, la realidad nacional. La actuación de la izquierda revolucionaria mexicana ha carecido, la mayoría de las veces, de congruencia con la cultura política de las clases subalternas nacionales y, consecuentemente, han carecido de una interpretación „correcta’ -más cercana a lo real- que pudiera derivar en una práctica verdaderamente adecuada para incidir radicalmente en las diferentes coyunturas nacionales. No se ha desarrollado una „vía mexicana’ para la transformación social, como sí lo hizo la izquierda china, rusa o cubana.

Las izquierdas de esos países interpretaron la realidad *desde la práctica*, sus ideologías fueron resultado de su praxis en una situación histórica concreta. La práctica de la izquierda mexicana intentó, en cambio, dirigir su acción desde un conjunto de ideas ajenas a su propia experiencia, es decir ajenas a su realidad. Inmersos en la esencia del pensamiento crítico, las experiencias triunfantes en su momento construyeron su camino transformador desde *su praxis*, mientras que en nuestro país las organizaciones de izquierda han pretendido reproducir los esquemas y las estrategias particulares que la lucha de clases produjo en cada uno de esos países.

⁷ Zemelman, Hugo, *Historia y política en el conocimiento. Discusión acerca de las posibilidades heurísticas de la dialéctica*, México, FCPyS-UNAM, 1983.

Ha habido una corriente soviética, una maoísta, una castrista-guevarista, pero nunca las prácticas que las acompañaron fueron el resultado de la dinámica propia de las luchas de las clases explotadas de nuestro país. Ello no quiere decir que se tuviera que renegar de la experiencia de esas, y otras luchas, como parte del bagaje teórico-práctico para la explicación-transformación de la propia realidad. Ni tampoco, que tuviera que negarse la teoría marxista, -entendiendo a esta como crítica y proyecto emancipador de la realidad capitalista-⁸ sino que era necesario pensar en consecuencia con su método dialéctico de interpretación -en el cual no hay posibilidad a las ortodoxias- y desde nuestra realidad concreta, justo lo que hicieron aquellas experiencias victoriosas.

En consecuencia, este capítulo no es un recuento de la historia de la izquierda mexicana, lo que pretende, en cambio, es rescatar los elementos históricos que han configurado su crisis a lo largo de la historia nacional y la relación que estos tienen con su problemática actual. Es decir, trato de mostrar cómo la esencia de su crisis actual es un problema recurrente a lo largo de los distintos auges de la lucha de clases. Para alcanzar tal meta trataré de mostrar cómo se ha configurado la crisis ideológica de la izquierda en relación con los procesos sociopolíticos fundacionales por los que ha atravesado la historia nacional y cómo su falta de una “ideología endógena” es lo que determina la crisis que le ha impedido constituirse como hegemónica⁹ en el conjunto del movimiento popular.

Todo ello servirá para, en el siguiente capítulo, ver cómo se reconfigura este fenómeno en la coyuntura actual, en particular en su relación con el neozapatismo (auténtico producto ideológico de la lucha de la izquierda revolucionaria de nuestro

⁸ “El marxismo es en primer lugar una crítica de lo existente que apunta a un triple blanco: a) la realidad capitalista, b) las ideas (falsa conciencia o ideología) con las que se pretende mistificar y justificar esa realidad y c) los proyectos o programas que solo persiguen reformarla. [...] no es solo una crítica del capitalismo sino, a la vez, el proyecto de una sociedad emancipada...” Sánchez Vázquez, Adolfo, *De Marx al marxismo en América Latina*, México, ITACA-BUAP, 1999, p.54 y ss.

⁹ Hacemos uso de la categoría de hegemonía en el primer sentido que fue usado el término. Es decir, en relación con el problema de la dirección del proletariado sobre el resto de clases explotadas, en particular del campesinado, en este caso de la falta de esta dirección por parte de la izquierda como sector organizado de aquellas. Anderson, Perry, op. cit., pp.30-39.

país), como explicación de la falta de una alternativa viable desde la izquierda revolucionaria para las clases trabajadoras ante la crisis neoliberal.

Para mostrar el desarrollo de esta crisis recurrente analizaré los fenómenos fundamentales de su formación: el primero que ubico de 1919 a 1968, después los relacionados con las dos grandes coyunturas del México contemporáneo, 1968 y 1988, y para revisar sus efectos en el momento actual, en el tercer capítulo, desde el surgimiento del neozapatismo hasta el momento actual (2010). Viendo en cada uno de ellos, cómo en los momentos más álgidos del conflicto político el ideario del nacionalismo revolucionario (bajo diferentes formas) sigue marcando el accionar político de las clases subalternas y de sus organizaciones de clase, obligando en todos los casos a las corrientes de la izquierda revolucionaria a subordinarse, o resignarse, a ellos ante su falta de independencia de clase o por la inexistencia práctica de sus proyectos.

Pero el análisis de la situación ideológica no bastaría para corroborar la validez de la hipótesis, señalaré también cómo ella influyó en la actuación política concreta de la izquierda en algunas de las luchas de clases más importantes de cada uno de esos periodos; cómo esa crisis la ha divorciado de las acciones históricas más importantes de las clases subalternas. Esto como ejemplo de la marginalidad que en algunos de los momentos cumbre de la lucha de clases la izquierda como actor organizado, como conciencia organizada de las clases explotadas, ha tenido por su incapacidad de dirección teórica: por su falta de una ideología propia. Veremos cómo no ha jugado, en esas luchas, más que un lugar secundario cuando no de mero acompañamiento -marginal- en su desenvolvimiento y cómo, por lo tanto, esas luchas no han podido tener un carácter independiente, un carácter de clase.

El primero de estos momentos, de configuración de la crisis, se caracteriza por la *enajenación* de la izquierda a dos grandes vertientes: la ortodoxia soviética y el nacionalismo revolucionario. El segundo por la asimilación acrítica de los modelos teóricos revolucionarios „extranjeros’, hasta el fracaso práctico de ellos, y, después, el decline „democrático’ de la izquierda socialista. En el siguiente

capítulo veremos, mediante la disputa entre las visiones estadocéntrica-nacionalista y autonomista-radical, la dispersión ideológica entre las distintas organizaciones de la izquierda, y su relación con la crisis ideológica histórica.

II.1 La izquierda alienada: de 1919 a 1968

*México para encontrarse así mismo necesitaba
una verdadera revolución que borrara
la farsa que profanaba la palabra.*

Francisco Prieto

La historia de las ideas de izquierda con objetivo socialista en México puede rastrearse desde la segunda mitad del siglo XIX. Según Gilly, el primer levantamiento con este carácter se produjo en 1868 a manera de una rebelión campesina armada encabezada por Julio López Chávez en la zona de Chalco, Estado de México. En 1871 apareció el periódico “El Socialista”, al año siguiente se fundó el Gran Círculo de Obreros (primera central obrera del país) que tras dividirse en dos grupos diferentes encontró su fin bajo el porfiriato. Pero no eran las ideas socialistas las que tenían mayor fuerza en el campo popular. El anarcosindicalismo encabezó las emblemáticas huelgas de Cananea y Río Blanco en 1906, y el Partido Liberal Mexicano de Ricardo Flores Magón, que representaba el programa más avanzado en relación con la necesidad de transformaciones profundas de la sociedad, dirigió varios levantamientos previos a la revolución.¹⁰

A pesar de la existencia de estos hechos las ideas revolucionarias (socialistas, comunistas o anarquistas) no tienen una presencia decisiva en el movimiento armado de 1910, no existían como fuerza política nacional. A decir de Barry Carr, el “primer foco verdadero de actividad política fue el Partido Obrero Socialista (POS)” fundado en 1911, partido que sin embargo prácticamente desapareció

¹⁰ Gilly, Adolfo, *La revolución interrumpida*, México, Ediciones El caballito, 1980, pp. 12-21 y 42-44.

durante el gobierno de Madero.¹¹ Es más, es conocido el pacto entre la organización de la Casa del Obrero Mundial (fundada en 1912) y Carranza, y la participación de los obreros, mediante la formación de los „batallones rojos’, en la lucha contra los campesinos revolucionarios, lo que nos da cuenta de la falta de una organización que encauzara hacia sus intereses, y con independencia de clase, su accionar político.¹²

El Partido Comunista Mexicano (PCM) surge cuando el Partido Socialista Mexicano, en el marco de una activa lucha sindical y con la intención de aglutinar a todos los socialistas en un solo partido, convoca a un Congreso Nacional Socialista. Congreso donde confluyen distintas corrientes políticas y que cuenta con una importante presencia de extranjeros (sobretudo estadounidenses y un enviado de la Internacional Comunista).¹³

Es hasta el momento cuando surge el PCM en 1919 y después con la fundación de la Confederación General de Trabajadores (CGT) en 1921 - confluencia entre comunistas y anarcosindicalistas-, cuando se puede hablar del inicio de la izquierda mexicana como conciencia organizada, como dirección teórica y posición política *para* las clases populares, es con el marxismo, ideología en la que se sustentaba el movimiento comunista internacional, que surge la izquierda revolucionaria.¹⁴ Antes de este viraje teórico el concepto socialista era más bien, durante la revolución, un término que describía actitudes populistas y estatistas o, concluida la lucha armada, el vocablo que se usaba para describir el

¹¹ Carr, Barry, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, México, ERA, 1996. Este libro constituye el principal recurso histórico de la investigación para contextualizar el accionar de la izquierda mexicana, por lo tanto es una obra recurrentemente citada.

¹² Por supuesto que los campesinos zapatistas y villistas representaban el ‘ala’ izquierda de la revolución mexicana, sin embargo a lo que nos estamos refiriendo es que como proyecto, como programa no existía uno emanado desde la izquierda como conciencia organizada de todas las clases subalternas, no existían siquiera las organizaciones capaces de plantearlo. Al respecto puede revisarse la misma obra de Gilly.

¹³ Cfr., Márquez Fuentes, Manuel, Rodríguez Araujo, Octavio *El Partido Comunista Mexicano. En el periodo de la Internacional Comunista: 1919-1943*, México, El Caballito, 1973, pp.60-63.

¹⁴ Aunque existían diferentes organizaciones autodenominadas socialistas como el Partido Socialista de Michoacán, el Partido Socialista de Yucatán, el Partido Socialista del Noreste y el propio Partido Socialista Mexicano, ninguna poseía un programa que cuestionara de fondo la realidad nacional y más bien suscribían ideas ‘socializantes’, propias de lo que se ha llamado socialismo ‘utópico’ o en su caso ideas populistas y estatistas.

carácter supuestamente supraclasista del reluciente Estado revolucionario, pero no un término que cuestionara y se presentara como alternativa a la sociedad capitalista.¹⁵

He señalado, en la introducción de esta investigación, que no es el presente un trabajo de todo lo que genéricamente se denomina la izquierda, sino sólo de aquella fracción que mantiene su esencia, es decir, de la revolucionaria. El momento histórico y el desarrollo ideológico propio plantean, con la pronta derrota política del anarquismo, que es la corriente comunista, suscrita a la III Internacional, quien, al plantearse la superación del capitalismo por el socialismo, representa la opción de izquierda en nuestro país durante esa segunda década del siglo pasado.¹⁶ Es por eso, que para establecer el origen de la crisis ideológica de la izquierda organizada en nuestro país, en esta primera etapa retomamos básicamente el análisis y la crítica sobre el PCM realizado por José Revueltas en su obra *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*.

La alienación nacionalista

Para Revueltas existen, además de la propia del nacionalismo-revolucionario burgués, dos corrientes “ideólogas de la enajenación”: el “marxismo” democrático-burgués o demo-marxismo representado por la corriente encabezada por Vicente Lombardo Toledano (lombardismo) y la corriente sectario-oportunista representada por el PCM, es ésta la que nos interesa.¹⁷ Para este autor el problema de la izquierda revolucionaria mexicana (en ese momento prácticamente el PCM) es el de la enajenación ideológica. Para él el PCM empeñó la

¹⁵ Carr, Barry, op. cit., p.30

¹⁶ En el encuentro fundacional del PCM se enfrentaron las diferentes corrientes del movimiento obrero, de un lado anarcosindicalistas y comunistas y del otro el reformismo de Morones y la CROM: “los fines y los resultados del Congreso Socialista Nacional parecen contradictorios. Los fines eran la formación de un partido obrero basado en la unidad real de los grupos y partidos existentes. Los resultados fueron, en efecto la unidad real, pero diferenciada en las dos tendencias fundamentales del tiempo real del movimiento obrero: el socialismo revolucionario, o sea la Tercera Internacional, y el socialismo reformista”, Márquez Fuentes, Manuel, Rodríguez Araujo, Octavio, op. cit., p.85.

¹⁷ Revueltas, José, op. cit., pp.76-77.

independencia de clase (del proletariado) a la burguesía en aras de mantener el “impulso” de la revolución mexicana.

La enajenación comunista giraba en torno a la interpretación del papel que jugaba la burguesía nacional en el proceso histórico y político del país y, consecuentemente con ello, en el papel que debía jugar “el proletariado” en la vida política nacional:

la falsa ideología proletaria ha encarado en México el problema de las relaciones de la clase obrera con los “gobiernos emanados de la revolución”: es decir, no como un cierto tipo de relaciones que serían *una de las formas* de la lucha de clases, sino relaciones que por el contrario, se convierten en una *forma concreta de la colaboración de clases*¹⁸

El PCM afirmaba que la política sostenida por los gobiernos ‘de la revolución’, en relación con su carácter reaccionario o progresista dependía del papel que la burguesía “nacionalista” -empeñada según este partido en profundizar los logros democrático burgueses- desempeñara en el gobierno. Así, si esta gobernaba había que apoyarla a “impulsar la revolución hacia adelante”, mientras que en el caso de las políticas reaccionarias éstas tenían que ser entendidas como producto del predominio de la “burguesía reaccionaria y entreguista al servicio del imperialismo”. Esto creaba el mito de “dos burguesías” de manera que el régimen y su actitud voluble ante las clases trabajadoras no fueran el resultado del carácter de clase del régimen sino de las disputas entre dos fracciones de esta.

La tarea del PCM, y con él el de las clases proletarias, era entonces discernir sobre ‘cuál de las burguesías controlaba el gobierno’ y entonces entablar una relación de colaboración con la burguesía nacional para profundizar la revolución burguesa o en cambio una política de confrontación contra el gobierno reaccionario en alianza con aquella, pero nunca una política independiente frente a *la burguesía*:

Conforme a los ideólogos de la enajenación, el desiderátum de la clase obrera se resuelve, cada vez, en el hecho de que las masas trabajadoras “apoyen” a los gobiernos progresistas o “combatan” a los gobiernos reaccionarios, pero sin que en ningún momento

¹⁸ Idem, p.85. Cursivas de J.R.

la propia clase obrera esté en condiciones de poder tomar conciencia de su propia perspectiva histórica como clase independiente.¹⁹

En consecuencia, el comunismo mexicano negaba la independencia política del proletariado (por supuesto, ya hoy sin ortodoxias, podemos ampliar esta idea al conjunto de las clases oprimidas y explotadas) y seguía una estrategia de colaboracionismo entre clases y no una autónoma que estuviera acorde a un proyecto propio.

En el fondo la idea que atravesaba toda esta estrategia era que lo que había que impulsar era la profundización, o renovación, de la revolución democrático burguesa de 1910, como fase previa al socialismo, en donde las clases proletarias y sus organizaciones de clase debían aliarse a la burguesía “nacionalista y progresista” contra la fracción reaccionaria y el imperialismo. De tal suerte que la práctica política comunista quedaba enajenada a los marcos de acción que le permitía el nacionalismo revolucionario.

La alienación soviética

Pero la izquierda mexicana no sólo fue una “voluntaria cautiva” del ideario y práctica del nacionalismo revolucionario. Su práctica incongruente y tan drásticamente voluble en algunos momentos de la historia nacional durante la primera mitad del siglo pasado sólo puede entenderse por la subordinación teórica a los lineamientos dictados por la dirección soviética a través de la Internacional Comunista (Tercera Internacional o Komintern). La sola enajenación al nacionalismo revolucionario no permitiría explicar algunos „lapsus’ de oposición del comunismo mexicano frente a los gobiernos posrevolucionarios. Para explicar tales hechos es necesario revisar cómo la izquierda mexicana tomaba posturas, y delineaba estrategias, de acuerdo a los planteamientos soviéticos sin ningún posicionamiento crítico que reflexionara su semejanza o viabilidad en el marco de la realidad socioeconómica y política nacional.

¹⁹ Idem, p. 87.

El movimiento comunista nacional tomaba decisiones estratégicas de acuerdo a análisis teóricos hechos desde la URSS. Según tales análisis la realidad de los países semicoloniales, incluido el nuestro, demandaba la necesidad de industrializarse como fase previa de la lucha por el socialismo. Por lo tanto, la estrategia “adecuada” era la de apoyar a las burguesías nacionales para consolidar la revolución democrático-burguesa.

La subordinación ideológica hacia los análisis soviéticos condujo a prácticas, por parte del PCM, que partían de aceptar acríticamente esta interpretación. De acuerdo con ellos, se siguieron estrategias que no tenían nada que ver con las necesidades de la correlación de fuerzas en pugna ni con las condiciones sociohistóricas de México. Tal situación muestra la falta de independencia teórica, la nulidad de una interpretación local, como cuerpo teórico propio que guiara la acción, y explica la práctica tan equívoca del PCM en algunos momentos cruciales de la historia nacional.²⁰

La práctica concreta de la alienación

Para entender cómo la enajenación ideológica al pensamiento producto de la lucha armada de 1910 condicionó el desarrollo de la izquierda mexicana, y con ella la acción política de las clases subalternas, durante gran parte del siglo XX es necesario revisar algunos de los hechos concretos en los que esta deformación ideológica se vio reflejada en la práctica del PCM.

La incapacidad de la izquierda para discernir el carácter decididamente burgués del régimen del partido de Estado, y en consecuencia delinear una estrategia propia, se dio desde el apoyo que el PCM otorgó a la candidatura Callista en la que aquel proclamó al general norteño como “una figura popular, un candidato del

²⁰ En este punto estamos de acuerdo con la hipótesis, secundaria en su obra, de Márquez Fuentes y Rodríguez Araujo, sobre la dependencia ideológica del PCM a la Internacional Comunista, como parte de la explicación de los límites de su acción, al no corresponderse esta con estudios propios de la realidad nacional, op, cit., p.13.

movimiento obrero e incluso un socialista”²¹, pero sin duda uno de los momentos claves, de su ausencia como dirección en el desarrollo de la lucha de clases, fue el relacionado con la sucesión presidencial que siguió a Cárdenas.

En 1937 en el IV Congreso Nacional de la CTM se enfrentaban la corriente antidemocrática y conservadora, dirigida por Fidel Velázquez en alianza con Lombardo Toledano, contra las fracciones comunistas y las dirigencias del sindicalismo democrático, por los órganos directivos de la máxima central obrera del país. A pesar del impulso y el apoyo de los delegados „democráticos’ al candidato comunista, en aras de la “unidad obrera” dentro del marco del frente popular que según el PCM representaba el PRM encabezado por Cárdenas, este terminó renunciando en pro de la candidatura de Velázquez.²²

La derechización de la CTM, producto del decline comunista, así como un viraje conservador en el último periodo del gobierno cardenista había generado un amplio descontento obrero y popular. Ante la coyuntura abierta por la sucesión, en que se jugaba la profundización de políticas progresistas o un giro conservador del régimen, es decir entre la elección de Múgica o Ávila Camacho, y en el que algunos historiadores han dicho que el “resultado final capitalista o socialista, no estaba prefijado sino que dependía del desarrollo y la interacción de las fuerzas en conflicto”²³ el PCM se conformó con decir que este último no era “centrista” sino un “auténtico cardenista”:

El compromiso del Partido Comunista con la “Unidad a toda costa” dentro de la CTM y con la integridad del Frente Popular peculiarmente mexicano (que creía ver en el PRM), no le dejó más alternativa que “correr a la cola” de las decisiones [...] Cuando en junio defendió la decisión de apoyar a Ávila Camacho, Laborde (secretario general del PCM) otorgó gran importancia al argumento de que, si se hubiera apoyado a Múgica, se habrían dividido la CTM, la CNC y otras organizaciones populares.²⁴

²¹ Carr, Barry, op. cit., p.54.

²² Idem, p. 68.

²³ Raby, David, citado por Barry Carr, Idem, p.74.

²⁴ Carr, Barry, Idem, p.75.

Al final, sin importar la posición de conciliación comunista, el movimiento social organizado sufrió grandes divisiones en torno a la sucesión presidencial, convirtiendo la candidatura del conservador Juan Anndreu Almazán en el único foco serio de oposición, en torno al cual pudo concentrarse el descontento popular, a Ávila Camacho:

El Partido Comunista Mexicano se había equivocado en otra cuestión más, y había calculado mal el estado de ánimo de una parte importante de aquellos de sus miembros que eran de clase obrera, en interés de un frentismo popular que le redituó escasa influencia y que le llevó a sacrificar todavía más su precaria independencia.²⁵

Este hecho en el cual el frentismo popular, detrás de cual está el telón de fondo del nacionalismo revolucionario, condiciona el actuar de la izquierda muestra claramente como tal ideología impide el desarrollo de una política revolucionaria, en este caso en concordancia con el sentir popular, que demandaba una postura de oposición frente a la sucesión presidencial que se anunciaba desde el partido oficial. De tal suerte el paradigma posrevolucionario impuso, antes que el enfrentamiento entre clases, una política de alianza entre ellas en pro de la supuesta alianza que profundizara los logros democrático-burgueses. Como consecuencia, en vez de presentarse como una opción independiente y a la izquierda, como canalizador del auge de la organización política impulsada por el cardenismo así como del rechazo popular al giro conservador que anunciaba el candidato oficialista, el PCM prefiere ir a la “cola” de la política burguesa y diluirse en la „línea’ de las clases dominantes.

En este caso aún cuando la postura de frente era una idea extendida entre la izquierda mundial, como supuesta alianza nacional contra el avance del fascismo, la particular alienación del pensamiento de la izquierda mexicana giraba en que, según los comunistas mexicanos, el PRM era en sí mismo el frente nacional,²⁶ no había que constituirlo sino que todos los sectores populares ya estaban representados en el partido gobernante y sólo había que sumarse como el “ala

²⁵ Idem.

²⁶ Sobre la concepción que el PCM tenía del PRM como el “Frente Popular”, y sus consecuencias políticas para aquél, Márquez Fuentes, Manuel y Rodríguez Araujo, Octavio, op. cit., 247-252.

izquierda”, convirtiéndose en los hechos en un apéndice del aparato corporativo del Estado y anulando la posibilidad de una política de clase. Tal postura se postergó aún a pesar del evidente giro conservador impuesto por el sucesor de Cárdenas:

La tarea del partido mexicano a partir de 1940 estaba clara: “impulsar la revolución...hacerla marchar a un ritmo más rápido”. Los sujetos claves de la “vía revolucionaria” eran la izquierda marxista y socialista, los capitalistas nacionales y los demócratas revolucionarios que habían surgido como la fuerza dirigente de la Revolución Mexicana. Este último grupo era a veces identificado con el partido gobernante en su conjunto y otras veces con su ala “progresista”.²⁷

La alienación al pensamiento del nacionalismo revolucionario fue el proceso mediante el cual la conciencia de la izquierda se transformó hasta actuar contradictoriamente con los intereses de las clases subalternas, generando la pérdida de su identidad y privándola de su juicio como vanguardia política.

Así pues, fue esta asimilación por parte de la izquierda de los supuestos del nacionalismo revolucionario, mediante los cuales la burguesía se niega a sí misma y hace parecer al régimen como un gobierno del pueblo, lo que Revueltas denominó la “ideología proletaria deformada”, y lo que durante más de cincuenta años condicionó los alcances de la lucha de clases en nuestro país. Pero este no fue el único fenómeno ideológico que condicionó el accionar de la izquierda, conciencia organizada de las clases subalternas, también lo fue la enajenación a la ortodoxia soviética.

Para corroborar la alienación al pensamiento y la estrategia soviética mencionaré algunos de los casos más destacados en que las líneas dictadas desde la URSS condicionaron el accionar del PCM.

El primero, y uno de los más significativos, es el que se presentó en cuanto a la estrategia que había adoptado el partido después de su fundación. Fusión entre socialistas y anarcosindicalistas el Partido Comunista Mexicano había, al tildarlas de “burguesas”, descalificado las vías parlamentarias como mecanismo de

²⁷ Barry, Carr, op. cit., p.129.

cambio, y había optado por la acción directa contra el Estado. Sin embargo, con el cambio del contexto internacional (declinación del movimiento revolucionario) y el cambio de política interna en la URSS (reconstrucción nacional) después de la primera guerra mundial: “La Comintern recomendó que el PCM abandonara su postura antielectoral. [y] A mediados de 1923, el PCM decidió participar en las elecciones presidenciales”.²⁸ Este hecho muestra claramente la falta de autonomía y la incidencia de los lineamientos soviéticos sobre sus posicionamientos políticos. Otro hecho, pero en un sentido totalmente contrario, es cuando a raíz del “giro a la izquierda” de la Comintern en 1928, el pleno del Comité Central del partido en julio de 1929:

concluyó que los gobiernos de Plutarco Elías Calles y Emilio Portes Gil (1928-1929) habían capitulado ante el imperialismo angloamericano y que de ahí en adelante la lucha de las masas recientemente radicalizadas tomaría una forma irrenunciablemente anticapitalista y antiimperialista. El resultado fue una condena global al bloque de generales revolucionarios que dominaban la dinastía del Norte y una posición intransigente respecto de los sectores meramente “reformistas” de la sociedad mexicana.²⁹

De tal “análisis”, sin ninguna consideración de la situación del contexto nacional, el PCM derivó una estrategia que lo llevó a aislarse de los núcleos ferrocarrileros, mineros y petroleros en los que había logrado posicionarse de manera importante y a distanciarse de la principal organización campesina del país, la Liga Nacional Campesina, hasta entonces bajo su influencia. Todos estos logros que, según Barry, habían convertido al partido en el “más exitoso de América Latina” fueron revertidos por su radicalización despegada del análisis nacional:

Las tendencias ultraizquierdistas y sectarias del Tercer Periodo de la Comintern (1928-1934) [...] acabaron con buena parte de esos logros. El PCM expulsó a un numeroso grupo de sus miembros más capaces, rompió con sus aliados no-comunistas (“socialfascistas”), destruyó sus vínculos con la organización campesina nacional más importante del país y volvió extremadamente difícil su participación en las acciones sindicales y agrarias.³⁰

²⁸ Idem, p.53.

²⁹ Idem, p.24.

³⁰ Idem, pp. 42-43, y también sobre el impacto negativo del “giro a la izquierda” en la fuerza del PCM las págs. 56-59.

Un tercer momento de esta alienación, en que los dictados de la Internacional son asumidos por el PCM independientemente de su certeza respecto a la situación nacional, es el abrupto paso de la consigna: “Ni con Calles ni con Cárdenas” a la de “Unidad a toda costa”. Cambio inexplicable sin el cambio en la política internacional de la Unión Soviética.³¹

Aquí del radicalismo a ultranza proclamado por el VI congreso de la Internacional Comunista, que derivó en aislamiento y retroceso del PCM, se pasó a la política de “frente popular”. Política que implicó el cambio a la estrategia de alianza con los sectores “democráticos y antiimperialistas” en contra del fascismo. De la ruptura con las organizaciones “reformistas” se pasó a la conciliación con las organizaciones “progresistas” (CTM, CNC) que con el PRM, según el PCM, conformaban el “frente popular peculiarmente mexicano”.³²

Es claro, pues, que la izquierda comunista no era capaz de mantener una teoría, y un discurso, crítico sobre la realidad nacional, y en consecuencia articular una estrategia congruente. Durante casi medio siglo la ideología revolucionaria estuvo subordinada a los supuestos sobre el potencial democrático y emancipatorio de la revolución mexicana o a los vaivenes estratégicos que adoptaba la Comintern de acuerdo a las necesidades y prioridades de la URSS, así lo sintetiza Carr:

el PCM [...] estaba poco equipado intelectualmente para la tarea de hacer una caracterización matizada de los retos y las oportunidades que la Revolución Mexicana le había abierto a la izquierda. Las nociones heredadas del inventario de la Comintern -como la noción de “sociedades semicoloniales”, la “burguesía nacional progresista”, etcétera- habían sido acríticamente asimilados por los socialistas mexicanos. El marxismo se convirtió en una colección de formulas útiles para establecer de qué manera México cabía en el mapa poco problemático que la Comintern se hacía del sistema mundial, en lugar de

³¹ Idem, p.24. Aunque para este autor la asimilación de las directrices soviéticas no puede entenderse sin el contexto nacional, desde el planteamiento que trato de demostrar aquí, es claro que su asimilación acrítica como instrumentos para interpretar, y actuar, en la realidad nacional, es un claro reflejo de la ausencia de un pensamiento propio por parte de los comunistas mexicanos.

³² Sobre el cambio de estrategia del PCM, de acuerdo a los virajes del Sexto y Séptimo congreso de la IC, Márquez Fuentes, Manuel y Rodríguez Araujo, Octavio, op. cit., 191-207.

un marco explicativo que pudiera servir para identificar las especificidades de la formación social mexicana.³³

El PCM nunca tuvo autonomía teórica ni política como resultado de su enajenación a paradigmas ajenos a la realidad nacional. Las interpretaciones soviéticas sobre los países en “vías de desarrollo” y el supuesto carácter progresista de los gobiernos posrevolucionarios generaron el origen de una deficiencia que se volvería crónica en el pensamiento y la acción de la izquierda nacional. En este punto es necesario señalar que ambas concepciones no eran contradictorias sino complementarias entre sí. Las ideas sobre las sociedades semicoloniales, con su necesidad de industrialización y el impulso a la revolución democrática burguesa, según la cual la revolución socialista implicaba en tales países necesariamente una serie de etapas de desarrollo sucesivas e inevitables se acomodaba perfectamente con el discurso nacionalista revolucionario que pugnaba por una alianza de clases que llevara a cabo el desarrollo industrial del país.

Es así, como se configuró en la primera mitad del siglo pasado la crisis ideológica de la izquierda mexicana: la ausencia de un pensamiento propio, la alienación por ideas “falsas” y esquemas diseñados en planos sociopolíticos ajenos al nuestro. Estos son los fenómenos que impidieron al PCM ser la conciencia de los subalternos.

A pesar de todo, la fuerza de la realidad, con el impulso de la lucha de las clases subalternas y las contradicciones del sistema político, terminó por romper esta doble alienación en la que había vivido la izquierda comunista mexicana por casi medio siglo. Ruptura que si bien implicó la liberación –por lo menos de los sectores más radicales de la izquierda- de estas erróneas interpretaciones, no significó, sin embargo, el impulso de una reflexión profunda de los errores cometidos sino, ante todo, una reconfiguración de la crisis ideológica, toda vez que se buscaron soluciones a los problemas nacionales, recién evidenciados, en teorías surgidas fuera de las fronteras nacionales.

³³ Carr, Barry, op. cit., pp.189-190.

II.2 1968: Nuevos paradigmas, misma crisis: la imitación ideológica de la nueva izquierda mexicana

*La guerrilla más que una realidad
ha sido, y es, una esperanza*

Ejército de Liberación Nacional de Colombia

Al terminar con el prolongado ciclo “posrevolucionario” que siguió a la lucha armada de 1910 el movimiento estudiantil de 1968 constituyó un verdadero parteaguas en nuestra historia nacional.³⁴ Con su formación en torno a la oposición al Estado fuerte y antidemocrático dicho movimiento no sólo comenzó a destapar ante amplias capas sociales el carácter autoritario del sistema político mexicano sino también a demostrar la falsedad de las afirmaciones de la izquierda comunista “tradicional” y lo equivocado de la estrategia mediante la cual esta había pretendido „dirigir” las luchas subalternas hasta ese entonces. Tales evidencias obligaron una revisión crítica de la teoría y la práctica comunista derivando en el surgimiento de una “nueva izquierda”, una izquierda que, en contraste con lo que se había convertido la izquierda comunista, pregonaba el impulso de la revolución desde ya.

El movimiento estudiantil no sólo generó la conciencia, en el sistema político, de que era necesario reformar el pacto institucional, demostró también la inexistencia de la izquierda como “vanguardia” de la lucha de clases en nuestro país. Como afirma Zermeño, una de las razones por las que el movimiento no pudo expandirse hacia los sectores populares, fue el hecho de que no existía un “polo de oposición”; “un polo que no había conocido o encontrado asentamiento a lo largo de varias décadas ya que aunque, fertilizado por varias luchas, se encontraba sin memoria, sin permanencia organizativa”.³⁵

Fue esta ausencia, esta falta de una “cabeza” en la izquierda, la que impidió “definir una línea teórica e ideológica consecuente” para un movimiento que

³⁴ Sobre la importancia de los sucesos de este año, Cfr. el capítulo No 2 “1968: la gran ruptura” del libro de Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Para comprender el mundo actual*, en especial las págs. 48-50.

³⁵ Zermeño, Sergio, “El movimiento estudiantil de 1968” en Luis Hernández, *et. al.*, (compiladores) *Cien Años de Lucha de Clases en México 1876-1976*, Tomo II, México, Ediciones Quinto Sol, 2005, pp.296-297.

claramente, por su composición social, no podía ir más allá de lo realizado y que, sin embargo, era expresión de la necesidad de un cambio en el sistema político mexicano, y como tal de un cambio en la relación Estado-sociedad. Por lo tanto, a pesar del intento estudiantil por expandir el movimiento a las clases trabajadoras - lo que sin duda le hubiera dado una fortaleza mayor, y un carácter más amplio a las demandas- su aislamiento de las organizaciones obreras y campesinas y el papel jugado por los comunistas, que en vez de profundizar el descontento y la movilización solidaria impulsaron la claudicación y la negociación, determinaron el trágico final por todos conocido.

Ese final constituyó, sin embargo, un nuevo principio para la izquierda. Toda vez que demostró que los paradigmas según los cuales se guiaba no tenían ya vigencia, 1968 representó para la izquierda comunista el inicio de la búsqueda por una nueva forma de explicación de la realidad nacional y consecuentemente una revisión de la forma en que esta podría ser transformada; implicó, pues, una revisión ideológica. La crítica sobre el supuesto carácter semifeudal de México, y la consecuente táctica de alianza con los sectores progresistas de la burguesía nacional para “radicalizar” la revolución democrático-burguesa, y por tanto de la visión de la revolución en que ésta sólo es posible por etapas sucesivas de desarrollo, tal como lo querían los manuales stalinistas, llevó a los revolucionarios mexicanos a la búsqueda de nuevas teorías sobre los caminos para alcanzar la revolución socialista.

En consecuencia, la nueva izquierda (revolucionaria) “se trata básicamente de grupos de militantes y tendencias políticas surgidos como reacción crítica frente al fracaso e impotencia de las organizaciones comunistas.”³⁶ Esta izquierda se proclama como revolucionaria en oposición a la claudicación del PCM por impulsar una política independiente, de clase, contra el régimen. Sin embargo la estrategia asumida por esta nueva izquierda, no es producto del análisis de la realidad

³⁶ Bartra, Armando “El movimiento comunista después de 1958”, en Luis Hernández, *et. al.*, (compiladores) *Cien Años de Lucha de Clases en México 1876-1976*, Tomo II, México, Ediciones Quinto Sol, 2005, p. 287.

nacional, de la valoración de la correlación de fuerzas del momento político, sino producto de la búsqueda de respuestas en otras latitudes.

La revolución cubana, que puso en evidencia las interpretaciones dogmáticas del estalinismo y que parecía mostrar la posibilidad de la revolución en un país no desarrollado, así como la estrategia seguida por la revolución china, también lejana de la interpretación soviética sobre los países periféricos, se constituyeron en los dos grandes referentes, en palabras de Modonesi:

En 1968, además de manifestarse plenamente la influencia de la revolución cubana, llegaron a México nuevas vertientes y nuevas concepciones revolucionarias y se fortalecieron otras que se habían mantenido bajo la sombra del comunismo filosoviético y el nacionalismo revolucionario gubernamental.³⁷

además según Carr:

Ideológicamente, la nueva izquierda mexicana era muy diversa, y se alimentaba de la tradición anarquista y sindicalista, el cristianismo profético-revolucionario y, *especialmente, del maoísmo y el populismo maoísta (“aprender del pueblo”)*³⁸

Debido a que mientras el PCM no se separa de los supuestos teóricos y estratégicos que implicaban la concepción progresista de los gobiernos posrevolucionarios hasta mediados de los setenta, tras un intenso debate interno, y después termina asimilando en gran medida las tesis eurocomunistas, renunciando con ello, en los hechos, al socialismo (a la revolución), es necesario ahora virar la atención de nuestro objeto de estudio.³⁹ En este punto, del seguimiento histórico del desarrollo de la crisis recurrente de la izquierda revolucionaria, y como tal de la exposición, el referente central de la argumentación lo constituyen las expresiones derivadas de las ideologías

³⁷ Massimo, Modonesi, op cit., p. 26

³⁸ Carr, Barry, op cit., p.240, (resaltado mío).

³⁹ Aunque desde principios de los 60 se esbozaban líneas críticas a los paradigmas teórico-estratégicos del PCM, no es sino hasta 1973 cuando se declara que la meta socialista no pasa ya por la Revolución mexicana. Sobre esta tardía ruptura con el nacionalismo revolucionario y su posterior acercamiento a los postulados del eurocomunismo desde 1975 hasta 1985, ya como PSUM, las págs. 225-227, 256 y 284-290 del libro de Carr. Respecto al carácter político del eurocomunismo, como renuncia a la revolución puede verse de Rodríguez Araujo, Octavio, *Izquierdas e Izquierdismo. De la Primera Internacional a...*, pp.151-167.

castrista-guevarista y maoísta: la izquierda “social” (por su acción con el “pueblo” y su rechazo a los canales institucionales), y las guerrillas.

Elas constituyen durante este periodo la materialización práctica del problema que quiero mostrar: la ausencia de un pensamiento propio de la izquierda mexicana, y en consecuencia su ausencia como vanguardia (dirección teórico-política) consciente de la lucha de clases en nuestra nación: su crisis ideológica. Desde ese momento los lineamientos de la izquierda revolucionaria no parten ya de cómo profundizar la revolución democrático-burguesa, como fase previa de arribo al socialismo, sino a partir de cómo se podían aplicar, en México las estrategias triunfantes en otras latitudes. La crisis ideológica pasa de un proceso alienante a uno de importación de esquemas interpretativos y prácticos ajenos a la dinámica interna; a uno de *imitación* ideológica.

El foquismo y la revolución china en México.

Pasemos primero a ver el caso de las guerrillas. De la interpretación de los comunistas mexicanos en que las condiciones objetivas para el socialismo no estaban dadas y había que impulsarlas mediante la profundización de la revolución democrático-burguesa, las organizaciones revolucionarias político-militares pasaron a la concepción, diametralmente opuesta, de que en México por el contrario aquellas estaban dadas y lo que hacía falta era la vanguardia. Vanguardia que iniciara la chispa, que desatará el estallido social: lo que faltaba era el “verdadero” partido revolucionario, partido que solo podía ser, según estas concepciones, una organización político-militar.

De tal manera, la izquierda retomaba el análisis de Revueltas⁴⁰ sobre la necesidad histórica del partido revolucionario, pero condicionada por dos grandes referentes ideológicos. Por un lado, el “foquismo” según la cual, mediante

⁴⁰ Revueltas, José, op. cit., Una de las conclusiones de esta obra es que, tras demostrar que el PCM no constituye la vanguardia de la clase obrera, sino que por el contrario la mantiene enajenada -por “la deformación que ha hecho de la “conciencia proletaria”, al subordinar su independencia al Estado posrevolucionario-, es necesario construir el verdadero partido revolucionario de clase.

acciones de violencia política, un núcleo armado puede agudizar las contradicciones existentes hasta precipitar la explosión revolucionaria, y de otro lado, el paradigma surgido con la Revolución China, según la cual una guerra popular desde el campo hasta la ciudad era el camino al socialismo para los países de la periferia capitalista.

Según Paramio:

Este es el núcleo de la *ideología tercermundista* a finales de los años sesenta: el futuro viene de la periferia, del subdesarrollo, mientras que los países centrales solo representan la decadencia [...] Se invierte así de forma espectacular la visión histórica de Marx y se anuncia que el socialismo no nacerá en el centro sino en la periferia del desarrollo capitalista, y en una periferia no solo geográfica sino social.⁴¹ (subrayado mío)

Esta “ideología tercermundista”, implicaba fundamentalmente las teorías económicas que veían al subdesarrollo como consecuencia de la dependencia y las políticas que ponían el énfasis de la revolución mundial en la periferia del sistema. Retomaban la interpretación leninista sobre el eslabón más débil de la cadena imperialista, según la cual la revolución era más factible en los países subdesarrollados.⁴²

Bajo estos supuestos teóricos y estratégicos, y tras la represión estatal al movimiento estudiantil, se formaron las organizaciones político-militares en nuestro país. Según la cronología de Fernando Pineda Ochoa, exmilitante e investigador del movimiento armado, entre 1968 y 1970 aparecieron al menos 11 grupos guerrilleros y después de 1971, 5 más. La relación entre las represiones a los estudiantes y la acción armada parece muy evidente.⁴³

⁴¹ Paramio, Ludolfo, *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*, México, Siglo XXI, 1988, p. 136.

⁴² Idem, pp.152-153.

⁴³ Pineda Ochoa, Fernando, *En las profundidades del MAR: el oro no llegó de Moscú*, México, Plaza y Valdés, 2003, pp.245-247. Antes de 1968 habían sido fundados 4 grupos armados, siendo el primero el Grupo Popular Guerrillero (GPG) en 1963, sin embargo esto no altera el argumento pues estos partían también del impulso revolucionario provocado por la revolución cubana. El caso de la ACNR y, en particular, el del PDLP en el estado de Guerrero merecen, desde mi perspectiva, una interpretación aparte sobre su surgimiento y desarrollo. Pues aunque reconocían la influencia de la experiencia cubana, son auténticas expresiones de la dinámica de la lucha de clases de ese estado y previas a la represión estudiantil, además el amplio apoyo popular y la tradición guerrillera del estado explican en gran parte su amplia cobertura

Por obvias razones reconstruir los postulados teóricos de cada uno de ellos es prácticamente imposible, sin embargo como señala el mismo Pineda el debate referente a la estrategia para la construcción del socialismo se precipitó a partir de la victoria del Movimiento 26 de Julio y su sistematización en *La guerra de guerrillas un método*, de Ernesto Guevara y la experiencia de Guerra Popular Prolongada teorizada por Vo Nguyen Giap en *Armar a las masas revolucionarias, construir el Ejército Popular*.⁴⁴ Así, por ejemplo, como influencia directa de la primera puede mencionarse el punto 6 de los lineamientos fundamentales del Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR) según el cual: “La acción armada y otras actividades colaterales engendrarán las condiciones subjetivas (la conciencia) y nucleará al pueblo trabajador en torno de su vanguardia”.⁴⁵

Entre los grupos más representativos que surgen como expresión de aquellos dos planteamientos revolucionarios (planteamientos que constituyen también las divergencias entre ellos) están de un lado la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S) y el Partido Revolucionario Obrero Clandestino-Unión del Pueblo (PROCUP, antecedente del actual Partido Democrático Popular Revolucionario-Ejército Popular Revolucionario, PDPR-EPR). En ambos casos el origen de su ideología, en el sentido que aquí la entendemos, se engloba dentro de las dos tendencias político-militares descritas: el foquismo de inspiración cubana y el maoísmo en su interpretación de guerra popular prolongada (GPP). “La liga”, es además, síntesis de la mayoría de los grupos armados sobrevivientes a la represión estatal tras los primeros brotes guerrilleros, por lo que su revisión nos permite un panorama general de la concepción del conjunto de organizaciones guerrilleras catalizadas por la represión estudiantil.⁴⁶

espacial y temporal. Quizá precisamente sean sus divergencias como producto popular lo que los llevó a diferencias programáticas y teóricas con los fundadores de la LC23 de Septiembre. Divergencias que hicieron inviable la fusión entre ellas. Valga esta brevísima explicación como argumento para explicar porque no se abordan estas experiencias.

⁴⁴ Idem, pp.33-34.

⁴⁵ Idem, p.44.

⁴⁶ Sobre la conformación de la LC23S como fusión entre los distintos grupos guerrilleros puede consultarse: Gamiño Muñoz, Rodolfo, *Del Barrio a la guerrilla. La historia de La Liga Comunista 23 de Septiembre*,

De tal suerte la LC23S (y como tal el conjunto de organizaciones que confluyeron en ella) reconocía que las “condiciones objetivas” estaban dadas y que la estrategia que la realidad demandaba era la guerra de guerrillas con el desarrollo de la vanguardia político-militar que pudiera llevarla a cabo, así se lee en uno de sus documentos básicos y fundacionales:

El desarrollo extensivo de los núcleos guerrilleros, y de la guerra de guerrillas como táctica político-militar (mostradas como características del desarrollo objetivo) aparecen en el presente periodo como necesidad política de la clase. Pero también de manera simultánea, se requiere de la transformación de la organización revolucionaria, para que esta logre incorporar y desarrollar extensivamente la guerra de guerrillas como táctica militar al conjunto del proceso. Las organizaciones revolucionarias se definirán como tales a condición de ejercer dirección político militar sobre el conjunto de las movilizaciones.⁴⁷

De tal suerte, la práctica de las organizaciones que se fusionaron en la LC23S derivó en acciones de propaganda armada, expropiaciones y secuestros destinados tanto a “elevar la conciencia socialista” de los trabajadores como a crear la infraestructura necesaria para la organización de la vanguardia armada. Acciones que sin embargo rápidamente mostraron su incongruencia con la realidad nacional toda vez que como reconocía la propia organización guerrillera, respecto al auge de movilización obrera de 1971:

No solo nuestras consignas políticas estuvieron ausentes (y lo han estado) la mayor parte de las veces, sino también y de manera particular nuestras consignas militares, [...] nuestra incapacidad ha sido ampliamente demostrada.⁴⁸

La guerrilla no sólo no controlaba ni dirigía las acciones de masas sino que prácticamente se mantenía al margen de la movilización popular, por lo que la LC23S recalca, en el mismo documento, la necesidad de vincularse con las clases trabajadoras y sus movilizaciones:

(Guadalajara, 1964-193), pp.140-148, [en línea] CEDEMA, 19 de Julio 2006, URL: <http://www.cedema.org/ver.php?id=144>, [consulta: 08 de Agosto de 2010].

⁴⁷ Madera 1er Época, No. 2, Mayo-Junio 1972, p.11, [en línea], Madera Periódico Clandestino, URL: http://www.periodicomadera.com/numeros/numero2_v/madera, [consulta: 12 de Agosto de 2010].

⁴⁸ Idem, p.13.

[...] a) [...] En general parece que el conjunto de organizaciones pasan por un periodo de distanciamiento del movimiento de masas, de ahí que, en el actual momento la necesidad de “ligarse” aparezca necesariamente como tópico de discusión. Y de ahí también la “insensibilidad” más o menos general para aportar al movimiento los elementos políticos que posibilitan su desarrollo. b) Incapacidad de adaptación en relación a las movilizaciones de masas... En relación a este punto, se da por un lado el reconocimiento del problema [...] y junto a él la ausencia de toda dirección político militar proletaria en el seno de las movilizaciones [...] En general tanto en los periodos de la movilización como en los periodos de calma, la casi total ausencia de trabajo de agitación y propaganda socialista.⁴⁹

Según su concepción ideológica, la lucha por la democratización y la autonomía del Estado, que eran la bandera principal de los trabajadores organizados, aparecían como reformismo por lo que su participación política no podía ser otra sino la de precipitar y desarrollar las condiciones tendientes a la violencia revolucionaria de las masas. El programa de acción guerrillero, producto de la ideología de la cual partían, se encontraba distante del marco de acción subalterno. Distancia que aisló la práctica militar de su carácter político original. Este aislamiento, producto de querer imitar la práctica guerrillera en condiciones sociales distintas, no propicias, a aquellas donde habían surgido como teoría, derivó en la casi total aniquilación de la organización para 1975.

En el caso del PROCUP, como reconocían en una entrevista en 1986, su concepción teórica, implicaba, al menos durante los primeros años (1964-1972), la misma idea de que en ese momento era posible tomar el poder del Estado mediante la lucha armada. Sin embargo, la dificultad de expandir el “núcleo armado” y los duros golpes contra grupos similares, implicaron una revisión de sus postulados. Revisión que los llevó a adoptar, desde 1972, como “lineamiento político” la GPP.⁵⁰ Posicionamiento que implicó, imitando la experiencia China, buscar consolidar primero el partido, a través de un periodo de acumulación de fuerzas, antes de emprender la ofensiva armada.

⁴⁹ Idem, p. 19.

⁵⁰ Menéndez Rodríguez, Mario, “PROCUP a Por Esto!”, *Por Esto!*, Mayo 1986, pp.26-27.

Pero no sólo en este punto esta organización es más cercana al maoísmo, lo es también en sus concepciones sobre la “reeducación proletaria”⁵¹ de los militantes a través del contacto con el pueblo, y sobre todo en la concepción de la estructura militar. Concepción, según la cual, esta debe subordinarse a la estructura partidaria, mientras que en la concepción derivada de la experiencia cubana estas no están separadas.⁵²

Si bien es cierto que tal revisión les significó sobrevivir a la represión, también lo es que su estrategia tampoco les ha permitido constituirse como una alternativa radical para los subalternos. Según la misma entrevista, en ese momento el partido se encontraba en una primera fase de acumulación de fuerzas, sin embargo tras 44 años y el poco avance visible hacia una segunda fase de su estrategia -equilibrio de fuerzas- habría que valorar su efectividad para poder constituir efectivamente una dirección de izquierda de las clases subalternas.⁵³ Quizá la mejor prueba de su inoperancia práctica, derivada de su imitación ideológica, lo constituyan su inexistencia como actor durante los sucesos de 1988, pero sobre todo en los tiempos poselectorales donde a pesar de la tensión política y la disposición de un importante sector de la sociedad dispuesto a la lucha armada, sobre todo en el campo, principal bastión de la organización, ésta no constituyó ni pudo dirigir una alternativa revolucionaria ante el fraude electoral.

Para concluir este punto, podemos decir que en ambos casos queda de manifiesto la ausencia del desarrollo de una estrategia surgida de la experiencia propia de las clases subalternas mexicanas, y, en consecuencia, su ausencia como dirección ideológica del movimiento revolucionario en momentos de ascenso de la lucha política de estas. La ausencia de una reflexión desde la realidad nacional, después del derrumbe de los supuestos del nacionalismo revolucionario

⁵¹ Idem.

⁵² Rodríguez Araujo, op. cit., p.173

⁵³ “Ahora nos encontramos en el período de acumulación de fuerzas. Contamos con capacidad político-militar para contestar las embestidas del enemigo y desgastarlo, pero no al grado de mantener una ofensiva continua y ascendente, lo que lograremos en el curso del movimiento revolucionario.”, Menéndez Rodríguez, op. cit., p.27. Para entender parte del argumento que sigue, es necesario mencionar que el propio PDPR-EPR se reclama como la continuidad histórica de ese proyecto, y a la GPP como su principal estrategia de lucha.

tras los sucesos de 1968, impidió el desarrollo de un pensamiento-acción propio, reconfigurando la crisis de la izquierda mediante un proceso de implantación teórico-práctica de ideologías ajenas a la lucha de clases nacional. Y por lo tanto, a aislar de los sectores populares a las organizaciones que siguieron tal proceso.

De tal suerte que la oportunidad abierta para el pensamiento revolucionario en 1968, tras décadas de que este había sido enajenado tanto al nacionalismo revolucionario como a la ortodoxia soviética, no es aprovechada sino que se configura una nueva forma del fenómeno con el cual surgió y se desarrolló la izquierda mexicana: una crisis ideológica, que comienza a volverse recurrente. De tal suerte, la revisión emprendida por la izquierda revolucionaria, no implicó una creación propia sino una nueva subordinación a esquemas ajenos a la realidad de la lucha de clases en el país: a una nueva deformación de la conciencia subalterna.

En este sentido, la guerrilla mexicana surgió más como resultado de la ausencia histórica de una organización revolucionaria (como dirección consiente) que por ser consecuencia del desarrollo histórico de la lucha de clases -del cambio de correlación de fuerzas, de modificaciones en la estructura política. Nada de ello, la lucha armada, no surgió como resultado de la organización de las clases subalternas sino como imposición externa de los revolucionarios que carecían de un marco de interpretación-acción propio que fuera adecuado a las condiciones nacionales imperantes en ese momento histórico. Surgió, pues, de la deformación de la realidad nacional, fue producto de la imitación ideológica.

La lucha armada en México se presentó, entonces, no como la consecuencia del desarrollo particular de la lucha de clases en nuestro país sino como resultado del intento de reproducir los esquemas surgidos en realidades muy distintas a la nuestra. Dichas interpretaciones no consideraron, por ejemplo, la aún amplia hegemonía del Estado entre amplios sectores populares, ni la estructura corporativa que mediatizaba al movimiento obrero (ni que dentro de este la lucha prioritaria implicaba la democratización de sus organizaciones y el nacionalismo-revolucionario como meta sociopolítica). De igual forma, el movimiento campesino

era canalizado por la lucha legal a través de las oportunidades que, todavía, ofrecía el reparto agrario. Factores que, entre muchos otros, dibujaban un escenario social, político y económico muy distinto tanto al de la Cuba como, al de la China donde aquellas estrategias fueron desarrolladas

En el caso de la Liga su concepción foquista derivó en su derrota política y militar en un periodo muy corto, mientras que en el caso del PROCUP si bien su diferente “lineamiento político” le permitió sobrevivir la represión, es claro también que no le permitió plantearse como “dirección” del movimiento popular, impidiéndole alcanzar sus objetivos inmediatos y de más largo plazo, como lo demuestra su inexistencia como actor durante los diferentes ascensos de lucha popular desde 1988 a la fecha. Si bien es cierto que los “tiempos de la guerrilla son distintos”, ello sólo parece confirmar su imposibilidad teórico-práctica frente a los auges de movilización. Auges en los cuales no se han podido presentar como alternativa programática concreta. Parece que esta noción estratégica no consideró las diferencias, como la lucha antiimperialista y el sentimiento de liberación nacional, entre el contexto local y aquellos países donde la guerra popular como estrategia había obtenido sus mejores resultados en la lucha por las causas del pueblo.

Una cosa es cierta: ninguna de estas organizaciones pudo presentarse como lo que quería, es decir como vanguardia de la lucha de clases. Esto confirma el equívoco de asumir como propios postulados surgidos en contextos sociales, que aunque similares, son también muy distintos al nuestro. Con su falta de reflexión, la implantación ideológica prolongó la ausencia de un análisis propio, y con ello impidió el desarrollo de una ideología “nacional” por parte de la izquierda mexicana.

Desde el enfoque aquí asumido, la experiencia guerrillera puede ser entendida, no sólo como “radicalismo pequeñoburgués” ni como producto de la desviación ultraizquierdista, sino como consecuencia de la ausencia de un marco interpretativo propio, es decir como una respuesta a la carencia de una ideología de la izquierda mexicana. La ideología guerrillera fue la consecuencia de los

revolucionarios en la búsqueda de un paradigma radical tras medio siglo de alienación del comunismo al nacionalismo revolucionario.

Como tal, la existencia en México de estas expresiones no puede entenderse sólo como reflejo de la multiplicación de ellas a raíz de la revolución cubana – porque surgieron en otros lados tenían que surgir aquí- sino más bien como práctica revolucionaria ante la ausencia de un pensamiento de clase desde la izquierda mexicana. La situación histórica de nuestra izquierda, fue el espacio perfecto para que estas se desarrollaran. Es cierto que todas las experiencias guerrilleras latinoamericanas, y a lo largo del mundo, partían de ejemplos comunes y contextos similares (dependencia, sociedades agrarias, etc.), sin embargo, es necesario reconocer, para entenderlas, cuáles fueron las particularidades que permitieron su desarrollo, desenvolvimiento o fracaso de acuerdo a cada caso nacional.

A pesar de todo, tal radicalismo no permitió abandonar la crisis de un pensamiento propio sino, que, más bien, la profundizó reconfigurándola hasta el punto, en que, como veremos, esta opción quedaría prácticamente desaparecida o marginada, permitiendo la sumisión del pensamiento radical, de nueva cuenta, al nacionalismo revolucionario, en su versión renovada: el neocardenismo.

II.3-. Adiós al Socialismo... la Revolución Democrática

Debido a que la eliminación, o la reducción a su mínima expresión, de la guerrilla limitaron a la izquierda, en los hechos, a algunas organizaciones que actuaban en la sociedad civil (OIR-LM, ACNR, ORPC) y a los partidos socialistas participantes (PRT) en la vida institucional, en este apartado ellos serán nuestros referentes. No nos referimos aquí a algún grupo u organización particular sino sobre todo, en la medida en que toda ella resultara sustancialmente modificada en este periodo; generando una transformación profunda de sus marcos interpretativos y de acción, al conjunto de la izquierda socialista. Así pues, para seguir con la demostración de nuestro punto- la crisis ideológica recurrente de la izquierda- es necesario

ahora mostrar los efectos de la coyuntura abierta en 1988, pues es en ella que la crisis se profundizará, al grado de que la opción revolucionaria prácticamente desaparece del escenario político nacional.

Después que tras las insurgencias obreras de los años 50 y el movimiento estudiantil de 1968, la década siguiente había significado una etapa de renovación para la izquierda, y un ascenso, impulsado por ella, en la organización popular, para los primeros años de 1980 esta se encontraba en un impasse del que no lograría salir sino totalmente transformada por los sucesos de fines de esta década.

La izquierda social(ista)

A partir de 1968 se presentó un repunte generalizado de la lucha política. Ascenso que se expresó en el surgimiento y multiplicación de organizaciones socialistas, que aunque pequeñas en su número de miembros, se multiplicaban impulsando la formación de los comités de defensa salarial, gremial así como las organizaciones campesinas independientes, de colonos, indígenas, mujeres y en general de todos los sectores del “pueblo”. Organizaciones que fueron impulsadas por las distintas corrientes socialistas de acuerdo a los nuevos paradigmas de acción adoptados tras la derrota del movimiento estudiantil.

Esta fracción de la “nueva izquierda” reconoce también al espartaquismo (básicamente la obra de Revueltas) y a la revolución cubana como sus principales referencias teóricas. Por lo tanto, su concepción parte también de que las condiciones objetivas para transitar hacia el socialismo están dadas en nuestro país y lo que se hace necesario para la izquierda revolucionaria es la formación del partido-vanguardia para alcanzarlo.⁵⁴ Así, aquella parte de la izquierda revolucionaria que no se lanzó a la lucha armada, se dedicó, como forma de

⁵⁴ OIR-LM, documento de discusión interna sin título, Febrero, 1979, mimeo. Este documento hace una revisión de los orígenes teóricos de las organizaciones de la izquierda revolucionaria, y su situación de estancamiento y crisis en ese momento. El documento puede consultarse en el ya citado FODAER del IIS, en el registro 214.

sentar las bases para la revolución, al impulsó de la organización popular de manera autónoma del Estado (el “populismo maoísta” del que habla Carr). Aunado a la nueva visión de la izquierda, que no pasaba ya por el Estado posrevolucionario, la ilegalización de las organizaciones socialistas, para participar en la vía electoral, había volcado toda la fuerza de está „hacia la sociedad’. Como menciona Carr:

Esta nueva izquierda insistía en vincularse con los objetivos inmediatos y a corto plazo de los movimientos locales de masas, más que con las estrategias a largo plazo [...] Más que conquistar el poder estatal, a los nuevos movimientos sociales les interesaba la lucha por aumentar la autonomía y autodeterminación⁵⁵

Se fundaron entonces organizaciones políticas como la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM), la Organización Revolucionaria Punto Crítico (ORPC) o frentes como el Campamento Tierra y Libertad, el Comité de Defensa Popular (CDP), el Frente Popular de Zacatecas (FPZ), entre muchos otros, todos se pensaban así mismos como instrumento de lucha por las demandas inmediatas, pero también como núcleo del futuro partido revolucionario.⁵⁶

La multiplicación y extensión de estas organizaciones independientes derivó en la necesidad de la cooperación y unidad entre ellas. Necesidad que desde finales de los 70's llevó al surgimiento de las distintas coordinadoras sectoriales como la CNPA (campesina), la CONAMUP (de colonos) y COSINA (sindical). A su vez, de la unidad de estas, surgieron frentes en defensa del salario y de la economía popular que comenzaban a resentir los impactos, tanto de la crisis, como los del cambio en el patrón de acumulación.

A pesar de que esta unidad derivó en un relativamente exitoso paro cívico en 1983 contra la carestía y contra el giro a la derecha del gobierno, a partir del año

⁵⁵ Carr, Barry, op. cit., pp. 239-240.

⁵⁶ Sobre este punto, además del documento de la OIR-LM, pueden consultarse los posicionamientos del FPZ y el CDP, en los registros 234 y 236 del FODAER, respectivamente. Se conservan ahí algunos documentos elaborados por estas organizaciones así como reportajes de la publicación Punto Crítico que dan cuenta de sus postulados.

siguiente un nuevo paro, que terminó fracasando, constituyó el inicio del descenso del movimiento popular, y con él de esta parte de la izquierda.⁵⁷ Tras los primeros años ochentas la izquierda socialista se sumergió en una nueva etapa de crisis.

Sumado a la represión y cooptación por parte del Estado a raíz de la experiencia guerrillera, además de la división producida por la reforma electoral de 1977 -que generó una pugna entre aceptar la vía electoral como forma de ampliar el margen de acción o rechazarla al considerarla una legitimación del régimen- la izquierda “social” y electoral, sufría otros problemas más graves, consecuencia de sus errores históricos.⁵⁸

Esta nueva izquierda, que según un documento de una de las organizaciones más importantes, la OIR-LM, había fundado su estrategia bajo el paradigma de acción de “vincularse al pueblo”⁵⁹, encauzando todas sus fuerzas hacia la construcción de la organización política en los sectores marginados, fuera de las estructuras corporativas del Estado, y al margen de la institucionalidad burguesa, como forma de impulsar el partido revolucionario, para inicios de 1980 se encontraba en una “crisis global”, con serias limitaciones teórico-prácticas para realizar sus objetivos.

Para los primeros años de 1980 los límites de esta estrategia y la inmediatez de lo local, en que había derivado su concepción de cómo modificar la realidad nacional, habían reducido los proyectos socialistas a espacios geográficos muy reducidos y a segmentos de las clases subalternas con pocas posibilidades reales de ocasionar ataques serios a la hegemonía estatal, por lo que el conjunto de estas organizaciones se encontraban en plena debacle:

nuestra actividad en el seno de las masas, se muestra, hoy por hoy, como radicalmente insuficiente. En efecto, tal actividad se ha reducido, en el mejor de los casos, a desarrollar una actividad meramente reivindicativa (economicista) y a fortalecer las organizaciones de masas; en el peor, a realizar una actividad puramente asistencial. *Hemos de reconocer que*

⁵⁷ Sobre estos temas, véase: Modonesi, *La crisis histórica...*, pp.34-36.

⁵⁸ Sobre la división producida por dicha reforma Idem, pp.28-30.

⁵⁹ OIR-LM, op. cit, p.4.

*a más de 10 años, no tenemos, en ningún caso, una existencia política propia que pueda presentarse como alternativa para el conjunto del movimiento popular.*⁶⁰ (cursivas mías)

En el mismo documento reconocían que los principios antes señalados habían servido para justificar sus prácticas “pero sin poder definir, *dada su abstracción de las condiciones políticas concretas de este país*, una orientación concreta para tales prácticas”, y continuaban:

Debemos reconocer que estamos muy lejos de tener una línea política clara en lo que respecta a nuestras tareas inmediatas, porque hemos descuidado gravemente el trabajo teórico de analizar *la realidad concreta, y específica de nuestro país y nos hemos contentado con “importar consignas” de otros movimientos revolucionarios.*⁶¹ (resaltado mío).

La imitación ideológica había provocado para 1987 la pérdida de la “seguridad teórica y política” y una “crisis-desarticulación-reagrupación” toda vez que la izquierda socialista se había dedicado a una práctica política que se suponía tendría que conducir a repetir los éxitos de otras experiencias revolucionarias sin preocuparse por el análisis concreto del estado de cosas de la situación nacional y de la validez de tales acciones.

Como consecuencia la izquierda socialista, en su conjunto, no había logrado expandirse más allá de sus tradicionales focos de acción, tenía un arraigo limitado y fragmentado; tanto por los espacios en los que tenía presencia en el territorio, como por su ausencia entre los asalariados y las clases populares en general. Situación crítica cuya mejor muestra es la incapacidad que la izquierda tuvo de oponerse y plantearse como alternativa al neoliberalismo que empezaba a imponerse:

Era evidente que la izquierda socialista no había sido capaz de extender su influencia más allá de ciertos límites. Tampoco había logrado alimentar una resistencia a la altura de la ofensiva conservadora en curso. Se descubrió alejada de la sociedad, de la cual *no había sido capaz de interpretar las transformaciones*, los nuevos sujetos y las nuevas temáticas, *y menos aun verterlas en un proyecto político*. Se descubrió alejada de la sociedad [...], a

⁶⁰ Idem, p.5.

⁶¹ Idem, p..6.

pesar de su presencia en las movilizaciones [las organizaciones socialistas], aparecían sin grandes perspectivas...⁶² (subrayado mío)

Ante tal situación interna, a pesar de que el giro a la derecha del régimen priista generó un amplió descontento social y una fractura en el partido de Estado, la izquierda mexicana no pudo jugar en estos acontecimientos más que un papel, primero, defensivo contra las “reformas estructurales” y, segundo, de comparsa ante el movimiento neocardenista. Aun más, en lugar de „beneficiarse’ de la crisis económica y política, la izquierda mexicana terminó por desconfigurarse totalmente tras los sucesos de 1988.

1988, otra vez el nacionalismo revolucionario: la crisis de paradigma

El año 1988 constituye en la historia de la izquierda mexicana, en sus diferentes vertientes, un momento de quiebre, un punto de inflexión y de redefinición en cuanto a su identidad y en cuanto a su objetivo. Es a partir del movimiento ciudadano y popular que acompaña la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas que los distintivos que la distinguían se ven fuertemente cuestionados, y en algunos casos, modificados sustancialmente.

El surgimiento, dentro del partido de Estado -como respuesta al abandono del nacionalismo revolucionario, la falta de democracia dentro del partido, y el viraje hacia el neoliberalismo- de la Corriente Democrática (CD), fue el catalizador y el punto de cohesión del descontento social acumulado. El neocardenismo, que se presentó como la opción para la renovación de la tradición popular y nacionalista, que el PRI había abandonado, logró impulsar y aglutinar un movimiento ciudadano de dimensiones nunca antes vistas. Movimiento que por primera vez ponía verdaderamente en un hilo la hegemonía priista.

Ante dicha situación, a la izquierda, tanto partidaria como social, se le presentó, a través de participar en la candidatura de Cárdenas, una oportunidad de

⁶² Modonesi, op. cit., p. 40.

resarcirse de su aislamiento y falta de protagonismo popular. Pero se generó, también, un nuevo debate sobre los límites y los alcances de su participación en ella.

Toda vez que amplios sectores populares se sumaron a la candidatura del ingeniero Cárdenas, tanto las estructuras partidistas que se denominaban socialistas como las organizaciones de la izquierda radical que luchaban por la revolución insertas en el contacto con “el pueblo”, vieron superadas su capacidad organizativa y sus planteamientos teóricos y políticos, mostrándose su reducido arraigo en el tejido social y su incapacidad de introyectar el proyecto socialista de manera amplia en las capas sociales que supuestamente eran el objeto de su discurso político. Con dichas consideraciones, y tras una intensa discusión sobre los alcances de la ruptura con el priismo por parte del proyecto encabezado por el hijo del general Cárdenas -donde renacían las tesis de la corriente progresista en el partido de Estado- y el papel que los socialistas debían jugar en él, la mayoría de las organizaciones socialistas, íntegras o fraccionadas, llevadas por la fuerza de los hechos, terminaron sumándose a él.

A excepción de una fracción de la izquierda partidaria, que mantenía su crítica a las concepciones reformistas del PSUM-PSM y al parlamentarismo como única vía de transformación, conformada por el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), el Partido Socialista Revolucionario (PSR), el Partido de los Trabajadores Zapatistas (PTZ), así como la Liga Obrera Marxista y la Corriente de Izquierda Revolucionaria –escisiones del Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) por la alianza de este con la CD- que formaron la alianza electoral Unidad Popular (UP) en defensa de una opción socialista, todas las organizaciones de la izquierda, incluyendo algunas de las más críticas e importantes del espectro independiente, que actuaban primordialmente en el espacio de la lucha social, como la OIR-LM, la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) y la ORPC

se sumaron al proyecto neocardenista, renunciando con ello a sus propias concepciones y proyectos: a su ideología.⁶³

La suma de las organizaciones de izquierda, partidarias y no, como meros apéndices a la candidatura de Cárdenas, significó en los hechos el reconocimiento del fracaso de sus propios análisis y estrategias. Como ha señalado Modonesi, su anexión al proyecto encabezado por los expriístas, fue más el resultado de su propia crisis, en el intento por darse cobertura y no quedar al margen de los hechos, que una decisión de fuerza en la cual se sumaran como parte de la dirección del movimiento. Realmente no tenían otra opción:

El hecho [...] es que no había alternativa porque la crisis interna de todas las organizaciones de la izquierda socialista era indiscutible. No solamente había sido sorprendida, superada y se había desgarrado frente al movimiento cardenista, sino que en medio de la campaña había terminado su descomposición y empezado a rearticularse alrededor de grupos o corrientes, rearticulación que la mayoría consideraba más oportuno y viable al lado de Cárdenas y al interior de su partido⁶⁴

De tal suerte, más allá del fraude electoral, la adhesión-subordinación- primero al movimiento y luego al partido encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas, significó para la izquierda (casi en su totalidad) el abandono del proyecto revolucionario en aras de un objetivo democratizador, y consecuentemente, su renuncia al socialismo. Pero no sólo ello, implicó también la aceptación de la democracia liberal como nuevo paradigma teórico y de acción, e implícitamente, el reconocimiento del nacionalismo revolucionario como la única ideología para la izquierda.

Por lo tanto, es en el neocardenismo que las características históricas que definían a la izquierda: la lucha por la revolución y el socialismo, como identidad y como objetivo, van difuminándose poco a poco en los ideales democráticos hasta que terminan por desvanecerse mediante la sobreposición de la democratización

⁶³ Ni siquiera el PRT, el partido con registro electoral más importante de esta fracción, mantuvo su unidad, ya que una parte decidió sumarse al proyecto de la disidencia priista. Sobre el debate en la izquierda socialista en su conjunto, las escisiones, divisiones y alianzas derivadas de las divergencias en torno al proyecto neocardenista, *Idem*, pp. 87-112.

⁶⁴ *Idem*, p.148.

al horizonte socialista: “Así el proyecto político y la ideología socialista se subordinaban o se diluían en la revolución democrática nacionalista y popular propuesta en los documentos básicos del PRD”.⁶⁵

El apoyo popular en masa hacia Cárdenas evidenció la persistencia de una cultura política paternalista-caudillista, heredada del régimen posrevolucionario, y con ello la ausencia, o los límites, de la izquierda mexicana como conciencia organizada al interior de las organizaciones populares, gremiales y de las clases subalternas en general.

Este hecho nos lleva nuevamente a nuestra hipótesis: que el pensamiento y la acción de la izquierda históricamente estuvieron condicionados por ideas y referentes impuestos fuera de ella, lo que evidentemente ha condicionado su autonomía, su estrategia y la viabilidad de sus proyectos, anulándola históricamente como agente de cambios radicales. En consecuencia ni la izquierda socialista partidaria ni la no partidaria constituyeron una alternativa política real al régimen, en cuanto a sus posibilidades de triunfo. La izquierda mexicana prácticamente no ha existido como conciencia de clase de los subalternos, pues su pensamiento no ha surgido de la lucha de clase de estos sino de paradigmas burgueses o ajenos a nuestra especificidad sociohistórica y económica.

El neocardenismo significa, desde el punto de vista aquí asumido, el peor momento de la izquierda revolucionaria. Es en él que se desdibuja totalmente y prácticamente parece desaparecer. 1988 es el momento cumbre de un fenómeno estructural en la izquierda mexicana: la ausencia en ella de una ideología propia. Al evidenciar todas sus limitaciones con respecto a la estructura social y la cultura política imperante en la sociedad mexicana -lo que la hizo totalmente inviable para canalizar por sí misma toda la efervescencia social o por lo menos jugar un papel considerable en los acontecimientos de ese año- este acontecimiento político profundizó las deficiencias estructurales tanto de la izquierda socialista partidaria

⁶⁵ Idem, p.147.

como del ala más radical de ella, por lo que Modonesi ha visto en este fenómeno su crisis histórica.⁶⁶

En síntesis: el neocardenismo precipitó y dio la puntilla a un proceso estructural en la izquierda mexicana. Este fenómeno terminó por hacer evidente su crisis ideológica, difuminándola como actor político. De tal manera que la ventana abierta en 1968, para la independencia del pensamiento de la izquierda respecto del nacionalismo revolucionario, fue cerrada en 1988 con el “retorno del cardenismo” como único paradigma de pensamiento-acción de la izquierda.

Es esta crisis recurrente de la ideología revolucionaria en nuestro país la que constituye las condicionantes locales, de un proceso global: el derrumbe del socialismo, como sistema y como teoría, a principios de los 90.

La crisis recurrente, como ausencia de un pensamiento propio, de la izquierda mexicana se muestra ahora con toda su fuerza en la desaparición casi total de sus objetivos y planteamientos teóricos fundamentales. Su decline por alcanzar el socialismo en aras de la democracia y el surgimiento de una “nueva izquierda”, que ahora no es revolucionaria, como la surgida afines de los 60’s, sino que ante el fracaso de esta opción ha enmarcado su ideología en los estrechos márgenes de la democracia procedimental, muestra puntualmente que la práctica asumida por ella desde 1919 no había rendido frutos, y no podía haberlo hecho ya que partía de premisas e interpretaciones ajenas a la especificidad de nuestra formación socioeconómica, o en su caso de deformaciones de ella.

Sin embargo, a partir de 1994 renacería una opción radical de la izquierda empuñando las armas, quizá como señal de que la transformación radical aún era posible, pero también sin la bandera y el discurso socialista, también quizá, en reconocimiento de que éstos históricamente habían resultado inviables como paradigma ideológico de vinculación con las clases subalternas nacionales.

⁶⁶ Idem.

Capítulo III. Del neozapatismo al lopezobradorismo. La izquierda realmente existente: la contradicción contemporánea de la izquierda mexicana

No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva.

José Carlos Mariátegui

El objetivo de esta investigación es tratar de contribuir a entender por qué a pesar de la crisis sistémica del capitalismo mexicano, que hemos expuesto brevemente en el primer capítulo, la izquierda es incapaz de formular una alternativa política viable para la sociedad mexicana. Para acercarme a tal meta en el capítulo anterior he tratado de demostrar que el problema fundamental que aqueja a la izquierda no es sólo un problema coyuntural sino que es un déficit histórico. Ahora, trataré de mostrar cómo este problema histórico se reconfigura en el momento actual manteniendo fragmentada, dividida e incluso enfrentada a la izquierda, impidiéndole constituir un proyecto contrahegemónico común.

Como he descrito, el problema histórico (estructural y recurrente) de la izquierda revolucionaria es de tipo ideológico. Problema originado en la alienación del pensamiento y la acción comunista al proyecto de Estado emanado de la revolución de 1910, reconfigurado luego bajo un esquema de imitación de ideas y prácticas distantes de la especificidad mexicana, desde fines de los 60 del siglo pasado hasta el renacimiento de la tradición nacionalista revolucionaria en 1988, año en el cual la crisis alcanzó su punto más alto al grado de que el ideario revolucionario prácticamente desapareció del mapa político nacional.

De esta crisis se desprende que la izquierda revolucionaria mexicana ha carecido de una ideología propia. En consecuencia su acción ha estado ausente tanto de una política independiente, propia de los subalternos, como de una estrategia acorde a las particularidades nacionales, impidiéndole a lo largo de la historia contemporánea de la nación constituirse en dirección alternativa y radical de las luchas populares. Su crisis ideológica recurrente le ha impedido desarrollar

una interpretación adecuada de la realidad nacional y la ha mantenido en papeles secundarios en las grandes coyunturas históricas que han modelado a nuestro país. Ausencia ante la cual la ideología del nacionalismo revolucionario ha ocupado el lugar a la izquierda en las luchas políticas.

Si esto es así, entonces: ¿Cuál es la forma actual de la crisis?, ¿cómo impide esta a la izquierda constituirse en una alternativa a “la noche neoliberal”? Para contestar estas preguntas es necesario retomar el análisis desde el resurgimiento de la propuesta revolucionaria a partir de 1994. Para comprender cómo la crisis histórica condiciona el quehacer actual de la izquierda, es necesario revisar cómo se relaciona aquella con las actuales organizaciones revolucionarias al impedirles su articulación en torno a consensos teóricos y estratégicos.

Para lo anterior, la primer parte de este capítulo da cuenta de las aportaciones y las limitaciones de la propuesta neozapatista en relación con la posibilidad de superar la crisis histórica de la izquierda revolucionaria mexicana. En segundo lugar abordamos la división estratégica producida en el seno de la izquierda radical respecto de la propuesta política de la Otra Campaña (OC) neozapatista y en torno a la posición frente al movimiento lopezobradorista. Todo esto nos permitirá observar cuál es la situación actual que impide a las distintas organizaciones de izquierda constituir un proyecto aglutinador de sus diversos esfuerzos, acercándonos entonces a la explicación de la marginalidad de la izquierda revolucionaria en el escenario político nacional.

III.1 1994: Una luz en la oscuridad

Tras el “adiós al socialismo” y el nuevo escenario político mundial, con el cual se pretendía el establecimiento de un pensamiento único, los horizontes de la izquierda parecían limitarse a los espacios ofrecidos por la democracia representativa.

Como vimos, en el caso particular de la izquierda revolucionaria mexicana fue con el neocardenismo, que derivó en la formación del Partido de la Revolución Democrática, que se signó la renuncia al ideario transformador, subordinándolo a la lucha por la democratización política del régimen.

A partir de estos hechos, y aunado a un clima internacional de retirada del movimiento socialista a escala global, en que los “socialismos realmente existentes” de Europa del Este estaban en una fase terminal, en que los movimientos revolucionarios y de liberación nacional en el sur de América habían sido derrotados y sus respectivos países pasaban ahora por lo que se denominó transición a la democracia, la izquierda mexicana entró en una crisis identitaria, una crisis de paradigmas, y con ella a un periodo de redefinición ideológica, periodo que concluiría no sólo con la desaparición de la oposición socialista en el sistema de partidos, sino en la negación del socialismo como meta de organización societal de la izquierda.¹

De la lucha por el socialismo la izquierda pasó a la lucha por un capitalismo democrático, dando paso a la denominada “nueva izquierda”, reformista y conciliadora, convergente con las posiciones socialdemócratas y “modernas” donde toda referencia a superar el capitalismo se considera arcaica y obsoleta.

La desaparición del membrete socialista en la vida política institucional constituyó un duro golpe al movimiento revolucionario. De esta manera era borrado del imaginario político de organizaciones populares y sindicales el horizonte revolucionario generando una ruptura histórica del objetivo de las organizaciones de izquierda y abriendo un vacío ideológico y programático para ellas. La izquierda revolucionaria había sufrido una derrota histórica, viéndose reducida a su mínima expresión.

¹ Este fenómeno llegó incluso a las organizaciones guerrilleras, así en el seno del PROCUP-PDLP, hoy PDPR-EPR, se discutió su uso para identificar su proyecto político: “otros que habían quedado en la orfandad supuestamente teórica, desde la caída del muro de Berlín y de la ex URSS decían que tampoco debíamos mencionar socialismo”, PDPR-EPR, Comunicado: *Un poco mas de historia*, 09-09-2005, que puede consultarse en la dirección electrónica: <http://www.cedema.org/ver.php?id=1095>.

En esta dirección, con la conformación del PRD como el gran partido político de “izquierda” y el abandono del socialismo, el lugar del paradigma revolucionario fue ocupado por el horizonte del nacionalismo revolucionario. El programa de la “izquierda” no apuntaba hacia un orden futuro cualitativamente superior sino a un pasado que se creía mejor: “la ideología nacionalista revolucionaria plasmada en el programa del PRD [...] lejos de promover la construcción de un nuevo régimen realmente democrático, postulaba centralmente la defensa de los principios e instituciones del antiguo.”²

Así pues, la crisis ideológica de la izquierda alcanzaba su punto más alto. Con la adopción del horizonte del nacionalismo revolucionario como único fin (más bien como retorno), la izquierda se encontraba históricamente derrotada. Sin rumbo, ni objetivos propios, limitada a los marcos de pensamiento y acción que el capitalismo neoliberal le permitía. La izquierda como actor de cambio social parecía no existir más. Pero tras el clímax de cualquier fenómeno, viene su declive y su posible superación.

Cuando toda referencia a la revolución parecía una cuestión alucinante, el 1° de enero de 1994 los neozapatistas levantaron la bandera de la transformación social señalando con ello que la utopía aún era posible. Pero no sólo reafirmaron el radicalismo, lo hicieron renovando el discurso, las prácticas y los „modos’ de la izquierda radical. Con la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) el debate antisistémico (revolucionario) reapareció en el campo político. La izquierda radical regresaba a escena, y no sólo en México sino a escala mundial:

justo cuando la ideología neoliberal parecía alcanzar su punto de clímax, a mediados de los años noventa, la marea comenzó a refluir. Y el punto de viraje fue precisamente la rebelión zapatista del 1° de Enero de 1994. [...] ellos se volvieron el ejemplo de lo que era posible hacer, para muchos otros y en cualquier parte del mundo.³

² Olvera, Alberto, “Resistencia política y sociedad civil: el PRD, López Obrador y los límites programáticos y políticos de la izquierda mexicana”, en Vega, Gustavo (Coord.), *México: los retos ante el futuro*, COLMEX, 2007, p.187,

³ Wallerstein, Immanuel, op. cit, pp. 222-223.

El alzamiento de los indígenas chiapanecos vino a subvertir el discurso oficial. Justo cuando se suponía el ingreso de México al primer mundo, el levantamiento neozapatista se presentaba a la opinión pública mostrando las enormes desigualdades económicas y políticas internas, evidenciando, además, que el conflicto político persistía en la existencia de esas condiciones. Por eso, en un mundo sin esperanza al capitalismo neoliberal, tras el “fin del socialismo”, el hecho de que un ejército indígena, un actor soslayado por la izquierda, se presentara contra él ocasionó una verdadera revitalización del pensamiento radical. Como ha dicho un especialista, el movimiento del EZLN cobra una dimensión mundial porque “abre una puerta en el momento en que las demás parecen haberse cerrado.”⁴

Con la irrupción del EZLN comienza a remontarse el punto más alto de la crisis histórica de la izquierda. Sin embargo el neozapatismo era un fenómeno político en formación y definición, en construcción, por lo que a pesar de presentarse como un nuevo referente, sobre todo de acción, no implicó un nuevo consenso ideológico; no implicó un nuevo paradigma común. En cambio su composición, su discurso, y, sobre todo, su práctica, entre otros elementos, permitieron una nueva discusión sobre los medios y las posibilidades de la revolución, abrieron el debate para una nueva definición ideológica de la izquierda revolucionaria mexicana, y mundial.

III.2 Los aportes y las limitaciones del neozapatismo

*No estamos proponiendo una revolución ortodoxa,
sino algo mucho más difícil: una revolución
que haga posible la revolución.*

Ejército Zapatista de Liberación Nacional

A pesar de presentarse bajo una de las formas tradicionales de la izquierda revolucionaria -la guerrilla- el EZLN no era sólo un elemento traído del pasado a

⁴ Machuca, R., Jesús Antonio, “La democracia radical: originalidad y actualidad política del zapatismo de fin del siglo XX”, en Kanoussi, Dora, et al, *El zapatismo y la política*, México, Plaza y Valdés. 1998, p. 20.

revivir una alternativa política radical, se presentó, en cambio, como una verdadera renovación de la ideología de la izquierda en general, y en el marco nacional como una posibilidad de superar la crisis histórica que hemos analizado.

A diferencia de las experiencias de la izquierda revolucionaria que hemos repasado, los neozapatistas constituyeron una práctica radical subordinada a las condiciones concretas de la nación y a la cultura política imperante entre los subalternos donde se desarrolló su acción.

En este sentido, el neozapatismo se constituyó como auténtica síntesis de las tradiciones agrarias de lucha, de la tradición marxista revolucionaria y, sobretudo, de la resistencia étnica de los pueblos originarios de México. El EZLN generó una práctica y un discurso propios: una auténtica ideología de la izquierda mexicana.

El neozapatismo es producto de las condiciones concretas en que vivían- y luchaban- los indígenas mayas del estado de Chiapas -pobreza, marginación, explotación, discriminación, etc.- en su convergencia con uno de los grupos guerrilleros surgidos tras 1968. La incursión de las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN), la tradición de lucha por la tierra de los indígenas, así como la persistencia de sus prácticas comunitarias en la toma de decisiones, y la influencia de la Teología de la Liberación se sintetizaron en el EZLN.⁵ Es por ello que de la concepción foquista inicial, que pretendía el desarrollo de un pequeño grupo guerrillero, la interacción con las comunidades indígenas, y la apropiación de éstas del proyecto político original, llevó a la conformación de, en vez del “foco”, un ejército popular:

Merced a la estrecha relación establecida con indígenas de varias regiones de Chiapas, la visión ortodoxa de la lucha armada –originalmente sostenida por el grupo guerrillero- había sido superada y sustituida por una nueva visión, bastante heterodoxa [...] A lo largo de diez años, el EZLN había modificado sustancialmente sus tácticas y su estrategia políticas.⁶

⁵Cfr., Hernández Millán, Abelardo, *EZLN. Revolución para la Revolución (1994-2005)*, Madrid, Editorial Popular, 2005, pp.74-84.

⁶Idem., p. 115.

De tal suerte, el encuentro entre la estructura vertical de la organización político-militar y la tradición comunitaria derivó en una práctica radical diferente de la que aquella quería imponer:

Su condición indígena ha sido determinante en la conformación de muchas de sus características distintivas, tanto ideológicas como operativas. Entre las primeras pueden mencionarse sus conceptos de democracia (directa y no sólo representativa) y de revolución (apertura de espacios y construcción de nuevas relaciones sociales) y, entre las segundas, su modalidad organizativa inicial (ejército), sus componente territorial (pueblos), su estructura funcional (combatientes y bases de apoyo) y sus formas autonómicas de gobierno (autogobierno).⁷

En esta medida el “EZ” se define, a contracorriente de experiencias pasadas, no como imposición externa de la “vanguardia” sino como síntesis de las condiciones materiales concretas de explotación-dominación y de la experiencia política de los indígenas en su encuentro con el pensamiento marxista revolucionario. Por ello, también a contracorriente de la historia, el levantamiento zapatista no desarrollaba su lucha a partir de consideraciones sobre el contexto mundial (totalmente adverso a planteamientos radicales) sino partiendo de las necesidades y demandas específicas de los indígenas chiapanecos y a partir de las condiciones nacionales (entrada en vigor del TLC, cancelación de la reforma agraria con la reforma al art. 27 constitucional, y profundización de la marginación-discriminación con el neoliberalismo).⁸

De tal manera, el proyecto original (lucha armada revolucionaria-toma del poder político), a través de su encuentro con la tradición centenaria de resistencia indígena, se convirtió en una nueva -auténtica- praxis política de la izquierda revolucionaria mexicana. El discurso socialista y la estructura política-militar fueron puestas al servicio de las demandas y necesidades particulares de las comunidades indígenas y no viceversa.⁹

⁷ Idem, p. 188.

⁸ Idem, p. 123-124.

⁹ Recuérdese por ejemplo que la decisión del levantamiento armado es una cuestión decidida, y exigida, por las comunidades, Idem, pp. 114-116.

Así pues, a contracorriente de la tradición revolucionaria nacional y mundial, el neozapatismo no se presentó como vanguardia de la lucha de clases ni dijo luchar por el socialismo. En cambio, como se lee en la primera declaración de la Selva Lacandona, sus objetivos eran más “limitados”: trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz.

Como ha señalado Machuca:

el zapatismo no ha derivado la radicalidad de su posición de una ambición declarativa o la trascendencia de sus postulados, sino de la insistencia y la exigencia mínima, pero irreductible, en que el gobierno cumpla con los principios constitucionales.¹⁰

Tomando en consideración lo anterior, y gracias a la movilización de la sociedad civil para demandar el alto al fuego así como por su uso de las tecnologías de comunicación para crear un amplio apoyo social nacional e internacional, que le dieron cobertura e impidieron cerrar el cerco militar¹¹, el neozapatismo pudo pasar de la acción armada a una lucha pacífica y democrática, convirtiéndose en un amplio movimiento social-popular. Movimiento que se expresa en dos vertientes diferentes: la interna con su construcción de autonomía en los territorios zapatistas y la externa impulsando la construcción democrática a nivel nacional.¹²

La democracia neozapatista; revolución en la revolución

La consigna democrática es importante porque es sobre ella que gira el proyecto emancipador neozapatista. Es por eso, también, que es en ese campo donde los indígenas chiapanecos han hecho su principal aportación a la teoría y la práctica revolucionaria. Además de ello, fue este perfil democrático lo que les permitió, al menos en los primeros años, un acercamiento, por un lado, con actores políticos de la sociedad civil en lucha por la democratización del régimen, como, de otro,

¹⁰ Machuca, R., Jesús Antonio, op. cit., p27-28.

¹¹ Sobre la importancia de los medios informáticos en el levantamiento neozapatista, al grado de llamarla “guerrilla informacional”, puede verse, Castells, Manuel, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, Vol. 2, “El poder de la Identidad”, Siglo XXI, 2004, pp. 91-106

¹² Ramírez Zaragoza, Miguel Ángel, *La Autonomía y la Otra Campaña van...* p.42.

con los militantes del nacionalismo revolucionario contemporáneo, a saber, con el PRD.

La democracia como paradigma del neozapatismo tiene varias implicaciones. En primer lugar, la lucha por la democracia de los neozapatistas nace tanto como recuperación de la tradición comunitaria de democracia directa de las poblaciones indígenas como por ser una auténtica demanda histórica de la sociedad mexicana en su lucha contra el partido de Estado:

En el caso concreto de México, la demanda por transitar a la democracia y convocar a un nuevo Constituyente, responde a características nacionales específicas que significan la necesidad de desmantelar un sistema de partido de Estado y de un presidencialismo autoritario y corporativo, como la condición previa para acceder a una forma democrático-representativa.¹³

En segundo porque en la visión de los insurrectos ella consiste tanto en el fin como la estrategia para alcanzarlo:

el zapatismo ha avanzado desde la insurrección armada hacia una lucha democrática que se hace extensiva a los diversos sectores de la sociedad civil. No solo para acceder a la democracia como un fin sino, en primer lugar, porque el *proceso* mismo de su consecución adopte en todos sus momentos un carácter análogo, como un *-inmanente-* de garantizar la trascendencia del empeño.¹⁴

Es decir, el neozapatismo -después de la corta lucha armada y tras su encuentro con la sociedad civil- asume la democratización como la precondition de cualquier transformación, no puede haber democracia si ella no es alcanzada por fines democráticos. Es necesaria la modificación de las relaciones políticas entre los distintos actores de la sociedad para garantizar los cambios sociales y económicos.

Por todo lo anterior, el movimiento chiapaneco no se alzó en armas para conquistar el poder del Estado, sino para abrir espacios democráticos y construir

¹³ Machuca, R., Jesús Antonio, op. cit., pp. 27-28.

¹⁴ Idem, p.20, cursivas en el original.

nuevas relaciones políticas donde el que mande, mande obedeciendo.¹⁵ Esta concepción revolucionaria implica desestructurar la lógica de la política tradicional donde gobernante y gobernado se encuentran separados, e incluso opuestos, y abre la posibilidad a una nueva forma de administrar los asuntos colectivos a través de la unificación de mando-obediencia, ya que el gobernante no puede serlo sin obedecer los dictados de la comunidad.¹⁶

Esta concepción sobre la renovación de las relaciones políticas implica la ampliación de la democracia representativa hacia formas participativas donde el gobernado tome un papel activo en las funciones de gobierno y no se limite a un papel de elector, pasivo y esporádico. Implica, pues, modificar el sistema político en su conjunto.

Y he aquí uno de los aportes fundamentales de la concepción revolucionaria del movimiento neozapatista. Según ésta el objetivo de su práctica política no radica en la toma del poder sino en la construcción, en todas las esferas de la sociedad, de nuevas relaciones políticas democráticas. Relaciones que hagan posible el tránsito hacia una forma de organización social cualitativamente mejor:

su concepción, en pocas palabras, consiste en que la revolución debe hacerse desde abajo, y no desde el poder conquistado. Hacer la revolución no es lo mismo que tomar el poder; o dicho de otro modo: no se requiere tomar el poder para realizar una revolución.¹⁷

En este sentido la praxis neozapatista ha generado una reformulación del paradigma tradicional de la revolución:

hacer la revolución no lleva a la cúspide del Poder, sino a crear espacios de participación política. La construcción de estos espacios (revolución) es considerada por los

¹⁵ Hernández Millán, op. cit., pp.328-329.

¹⁶ “el “mandar” comienza a aproximarse y asemejarse cada vez más con el “obedecer”, y el “obedecer” va volviéndose sólo otra forma del automandarse, de autogobernarse y de autoimponerse la propia voluntad comunitaria y la propia decisión colectiva”, Aguirre Rojas, Carlos, *Mandar Obedeciendo. Las lecciones políticas del neozapatismo mexicano*, Contrahistorias-Centro Immanuel Wallerstein-CIDECI, México, 2007, p. 31.

¹⁷ Hernández Millán, op. cit., p. 335.

chiapanecos rebeldes como la antesala de algo nuevo (nueva revolución). Una revolución para la revolución.¹⁸

Desde esta visión el cambio radical no pasa por conquistar el poder del Estado sino de generar “desde abajo” nuevas relaciones democráticas en todos los espacios de la vida social. Espacios que han de constituirse en la „antesala’ del mundo nuevo: una revolución que haga posible la revolución.

Revolución que significa una revisión sobre la estrategia para transformar el mundo. Wallerstein considera que el EZLN es un heredero de los movimientos antisistémicos que surgieron como crítica frente a la “estrategia en dos pasos”, es decir como herederos de la crítica contra la “toma del poder” como medio para cambiar el mundo.

En esa estrategia, seguida por todos los movimientos revolucionarios del siglo XX, se establecía que primero era necesario hacerse del poder político del Estado (1° paso) para ya en „posesión’ de él transformar el mundo (2° paso). Como resultado del fracaso de casi todos los movimientos revolucionarios que siguieron esta estrategia, el neozapatismo, y otros movimientos antisistémicos latinoamericanos¹⁹, han adoptado una estrategia que no se orienta fundamentalmente por la toma del aparato estatal sino por la construcción de espacios de poder local donde, desde ahí y desde ahora, empiezan a transformarse las relaciones sociales, es decir, por construir espacios autónomos del poder estatal y sus mecanismos de control. Es, contrario a toda la tradición revolucionaria, una estrategia no estadocéntrica.²⁰

De tal suerte, la estrategia seguida por el movimiento neozapatista, en sus dos vertientes, ha sido la construcción de la autonomía política y material para comenzar a construir las nuevas relaciones políticas que, de acuerdo a su concepción sobre la revolución, hagan posible transformar el mundo. Esta visión

¹⁸ Idem, p. 336.

¹⁹ Sobre otros movimientos y organizaciones que comparten la vía autonomista de transformación social, Véase, Zibechi, Raúl, *Autonomías y Emancipaciones. América Latina en movimiento*, México, Bajo Tierra-Sísifo Ediciones, 2008,

²⁰ Wallerstein, op. cit., pp.220-222.

autonomista implica, como ha señalado Aguirre Rojas, uno de los principales teorizadores de la práctica neozapatista, la centralidad de la construcción, bajo la idea del mandar obedeciendo, de la autonomía política como eje articulador de la Autonomía global: es decir de una autonomía que abarque todas las esferas de la sociedad.²¹

Implica, entonces, la expansión de la autonomía política de las clases subalternas como forma de “crear” un poder social capaz de garantizar el establecimiento de la democracia no sólo política, sino económica, esto es la construcción de “otro mundo”:

si la autonomía global es la base y el marco general de la autonomía política, esta última es también, en las condiciones sociales en las que ahora vivimos, el eje articulador de la primera. Pues es la autonomía política la que constituye, por ahora, la intencionalidad principal y el sentido esencial de la autonomía global.²²

La estrategia del movimiento neozapatista se orienta hacia la multiplicación y fortalecimiento de los espacios autónomos como forma de crear una suerte de contrapoder popular. Pues para ellos, la autonomía no es una cuestión exclusiva de los indígenas sino una forma de autoorganización popular que puede extenderse a todos los espacios que ocupan los subalternos: sindicatos, fábricas, barrios, escuelas, etc.

Pero la ideología neozapatista no solamente implica una revisión de la centralidad del Estado. Implica también la crítica y el olvido de otros viejos paradigmas de la izquierda, no sólo mexicana sino mundial. Ella significa, la anulación de la figura de la vanguardia. Esta última implica, en su forma más generalizada, que una organización con claridad ideológica y organizativa impone el objetivo y la estrategia para alcanzarlo. En cambio la visión de los indígenas zapatistas conlleva la construcción de ellos a través del diálogo y el consenso entre todas las clases y sectores de la sociedad. Por lo tanto los agentes del cambio no son ni el partido ni una clase social particular sino que el sujeto del

²¹ Aguirre Rojas, Carlos, op. cit., pp. 21-26.

²² Idem, p.24.

cambio es la sociedad en su conjunto, la sociedad civil como la denominan los miembros del neozapatismo.

Así pues: “En el abandono crítico de la ortodoxia marxista-leninista, los indígenas zapatistas elaboraron *su propia teoría de la revolución como resultado del análisis de la situación concreta.*”²³ (cursivas mías)

Todas estas innovaciones, discursivas y prácticas, además de su originalidad como producto de las condiciones específicas de la sociedad mexicana, han generado que el neozapatismo abra la oportunidad de construir una ideología propia de la izquierda mexicana, sin embargo, como veremos, hay en ella varias contradicciones, propias de su especificidad, que le impidieron durante largo tiempo articular un proyecto común a todas las clases subalternas y a todas sus organizaciones.

Antineoliberalismo y Democracia: la indefinición ideológica

Por su novedad, dentro de una historia de crisis, el neozapatismo no es un producto acabado que pueda fungir como paradigma integrador de las organizaciones de izquierda. Su aparición ha llevado a un nuevo “lenguaje común” pero también a la división y contraposición con visiones arraigadas en más de 90 años de crisis ideológica.

Como hemos visto, la visión política del neozapatismo está construida sobre el objetivo democrático, pero también se construye por su lucha contra el neoliberalismo. Sin embargo, uno y otro son ambiguos y se prestan a interpretaciones diversas en cuanto a los actores del cambio y los alcances de este. Así pues, como lo ha mostrado su recorrido desde 1994, la ideología de los zapatistas contemporáneos no está acabada sino en constante transformación y definición.

²³ Idem, p. 327.

Como es de todos sabido las concepciones y prácticas sobre la democracia y los sujetos que pregonan su búsqueda son muy variados y, en algunos casos, hasta contradictorios. Mientras que dejar atrás al neoliberalismo no implica necesariamente un cambio radical del sistema y en cambio puede implicar, por ejemplo, un modelo que tienda sólo hacia su regulación.

Esta ambigüedad del neozapatismo es lo que un autor ha denominado como: “recapitulación liberal-revolucionaria y democrático-neosocialista”. Usa el primer binomio por el reconocimiento que los insurrectos hacen a la Constitución de 1917(aunque piden un nuevo pacto social) y su lucha por defender el artículo 27 constitucional. Mientras que el segundo, lo acuña por que la propuesta neozapatista trasciende los supuestos “teleológicos” de la vieja izquierda revolucionaria y renueva -al negar los límites de su concepción representativa, y ampliarla con base en el reconocimiento de una realidad pluricultural –de la diferencia-, y de la práctica directa comunitaria- el concepto de la democracia.²⁴ Sea como sea, este carácter es lo que ha llevado, en la búsqueda por clasificarlos, a que algunos los califiquen, incluso, como “reformistas armados”.

Debido a esta condición ambigua del neozapatismo, es necesario revisar cuáles son las consecuencias de sus planteamientos para el resto de las organizaciones de izquierda, es decir cuál es su relación con la definición de una ideología (como teoría para la acción) de la izquierda revolucionaria mexicana.

En primer término es necesario señalar que la bandera democrática y el papel que los indígenas chiapanecos otorgan a la sociedad civil son dos puntos de particular interés, y división, entre la izquierda.

En el caso de la democracia, fue el uso de esta bandera lo que favoreció un acercamiento al perredismo y a la institucionalidad así como, desde el fin de las acciones armadas, el desarrollo de iniciativas “pacíficas” como marchas,

²⁴Machuca, R., Jesús Antonio, op. cit., pp.22-23. También sobre el “constitucionalismo” del EZLN, Hernández Millán, op. cit., pp.141-142 y 191.

encuentros y consultas, con el objetivo de establecer un acercamiento con lo que ellos consideran el principal actor de cambio: la sociedad civil.²⁵

El encuentro con el PRD fue posible, pues aun cuando hemos hablado de la concepción neozapatista sobre ella, la democracia en su sentido general constituye también una de las razones formales de ser del partido del “sol azteca”. De igual forma el antineoliberalismo es esencial en el origen de este organismo político, en su búsqueda por recuperar los logros de la Revolución de 1910 y contra la liberalización del régimen por parte de la fracción tecnócrata priísta. De tal suerte, desde 1994 hasta 2001 la izquierda radical neozapatista avanzó en una lucha común con los sectores democráticos y neocardenistas de la izquierda sin constituir una alternativa totalmente definida a la izquierda institucional.

Así por ejemplo a pesar de que los zapatistas no reconocían las elecciones ni a los partidos como los promotores del cambio democrático, lo cierto es que su práctica dejaba abierta la posibilidad a la participación con el nacionalismo institucional. Al respecto puede verse, por ejemplo, la invitación a Cuauhtémoc Cárdenas previo a las elecciones presidenciales de 1994 para conocer su postura frente a las demandas de los chiapanecos y la Tercera Declaración de la Selva Lacandona: donde se llama a la construcción de un Movimiento de Liberación Nacional (MLN) que:

por todos los medios y en todos los niveles, [luche] por la instauración de un gobierno de transición, un nuevo constituyente, una nueva carta magna y la destrucción del sistema de partido de Estado.²⁶ (cursivas mías)

Es decir, aun cuando había una crítica radical a la democracia representativa se reconocía en ella, y en los sectores partidarios “honestos”, posibilidades de acción

²⁵ Para los miembros del EZLN la sociedad civil es el pueblo -sin distinción de clase, raza, religión o genero-movilizado, pero movilizado sin ser miembro de organización o partido político alguno. Sobre la definición y la importancia de la sociedad civil, como sujeto de cambio, Cfr., Hernández Millán, Abelardo, op. cit., pp. 289-298.

²⁶ Hay que recordar que incluso bases de apoyo zapatistas participaron en comicios locales, Miguel Ángel Ramírez Zaragoza, op. cit., pp.45-49. La invitación a Cárdenas y La Tercera Declaración de la Selva Lacandona, pueden consultarse en: <http://palabra.ezln.org.mx/> Hay que recordar que el EZLN además apoyó, implícitamente, al PRD en las elecciones de 1994, así mismo en la propia Convención Nacional Democrática (CND) participaron muchos miembros de este partido.

conjunta, y por lo tanto un acompañamiento mutuo en la lucha democrática. Hecho ante el cual, a pesar de la radicalidad de su “intransigencia democrática”, en la práctica el EZLN no terminaba por deslindarse de la ideología del nacionalismo revolucionario y sus seguidores.

Las consecuencias del uso del concepto de sociedad civil son similares. Intentando superar concepciones dogmáticas, y buscando un apoyo lo más amplio posible, el “EZ” apeló como interlocutor y sujeto del cambio no a clases sociales específicas sino al conjunto de la sociedad, es decir a todas las clases que en ella interactúan. De tal suerte, con su uso se ocultaron las diferencias socioeconómicas inherentes al capital y se puso el énfasis en las identidades (diferencias) sociales que no cuestionan la lógica del sistema de producción actual:

El concepto de sociedad civil, entonces, junto con la referencia a la pluralidad y a las identidades sociales no clasistas, escamotean *la lógica totalizante del capitalismo* de que hablara Marx y afirma, aun sin querer, es decir, implícitamente, su inmutabilidad como sistema económico proponiendo, a lo más, limar algunas de sus asperezas²⁷ (cursivas del original)

En este sentido, al preponderar a la sociedad civil como el sujeto principal del cambio social no quedaba claro quiénes eran los actores llamados a la lucha política y, más importante aún, cuáles serían los medios y los espacios en los que esos actores habrían de llevarla a cabo. Como lo demuestra el fracaso de los intentos organizativos impulsados por el EZLN (Convención Nacional Democrática, Movimiento de Liberación Nacional, Frente Zapatista de Liberación Nacional), la heterogeneidad de los integrantes de la „sociedad civil” no facilita la construcción organizativa y, en cambio, tiende a dispersar las fuerzas, así lo reconoce el propio vocero de la organización: “nuestra opinión es escuchada por muchos y, tal vez, seguida. Pero no se traduce en organización.”²⁸

²⁷ Rodríguez, Araujo, op. cit., p.186. Sobre las implicaciones del concepto de sociedad civil en el lenguaje, y la práctica, de la izquierda pueden verse las páginas 184-194 de este libro.

²⁸ ERA, EZLN: *Documentos y Comunicados*, Tomo II, México, ERA, 1995, p. 394.

Además, su distanciamiento respecto al EZLN a partir de 2005 demuestra que no todos los que conforman la sociedad civil, por su posición en la estructura de clases del sistema, se oponen al capitalismo, aunque luchen por la democracia.

La asimilación, por parte de los neozapatistas, de su lucha con el antineoliberalismo también generó múltiples confusiones y falta de certezas en torno a los objetivos, los posibles aliados y los sujetos del cambio. Antes que todo hay que decir que el antineoliberalismo más que una propuesta es una negación. Al realizarse en un sentido negativo más que propositivo, la lucha contra el neoliberalismo por sí misma no puede constituir un objetivo para la izquierda. Su identificación permite la unidad de acción contra un momento particular en la acumulación del capital pero no una lucha contra los fundamentos de su lógica. El „anti’ es más una protesta que una propuesta, y como tal no define un proyecto claro, el horizonte último, de la lucha política, como bien señala Araujo: “oponerse a lo existente no es igual que construir otra cosa, y una actitud así puede ser conservadora o, peor aún, regresiva”.²⁹

En suma estos factores dan forma, paradójicamente, a una *indefinición ideológica*. Indefinición que permitió al neozapatismo, desde el cese oficial al fuego, caminar junto con sectores políticos indiferenciados, desde militantes de la izquierda radical hasta seguidores del neocardenismo. Tal indefinición impidió constituir una posición de clase para la izquierda anticapitalista y mantuvo a esta fragmentada, actuando en sentidos distintos y con objetivos distintos. Aunque gran parte apoyaba al EZLN, la izquierda radical mantenía su escepticismo debido a estas indefiniciones.

En consecuencia, a pesar, de lo que hemos visto, la insurrección del EZLN representó para la izquierda revolucionaria la renovación de sus posibilidades y de sus planteamientos teórico-prácticos, las indeterminaciones de los principales conceptos de la propuesta neozapatista impidieron que esa renovación permitiera construir un nuevo paradigma ideológico compartido por toda la izquierda revolucionaria.

²⁹ Rodríguez Araujo, op. cit., p. 195.

Este fenómeno, de una indefinición ideológica, abarca en términos temporales, aproximadamente, desde la aparición neozapatista hasta la Sexta Declaración de la Selva Lacandona (SDSL). Es a partir de ese documento, y a partir de la estrategia de fortalecimiento de la autonomía de hecho -vertiente interna del movimiento- seguida por los neozapatistas tras el deslinde de toda la política institucional actual, que comienza a avanzarse en una nueva definición estratégica y programática en la lucha de la izquierda revolucionaria.

No obstante estos avances, como veremos, el proyecto neozapatista, que con su originalidad y especificidades, se plantea como una posibilidad de superar la crisis histórica de la alienación y la imitación ideológica, encuentra en las reminiscencias de esta crisis dentro de las organizaciones de masas y entre algunas que se reclaman de izquierda obstáculos a la consolidación de un paradigma nuevo que permita pensar y actuar a la izquierda con una estrategia y un objetivo común.

III.3 Anticapitalismo o retorno al pasado.

La izquierda que va desde la oficial, hasta la independiente y la revolucionaria está demasiado atomizada, peleando cada quien por lo suyo, sin mirar más allá de lo que miden dos dedos de la frente y ninguno de nosotros, ha tenido la capacidad de encabezar la voluntad de cambio de los mexicanos y, los que han tenido la oportunidad como AMLO, se han atemorizado ante el poder de las masas.

Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo

Con el desarrollo histórico de su movimiento, la ruptura con la “izquierda” partidaria (desde 2001, a raíz del voto perredista a favor de la Contrarreforma Indígena oficial) y la SDSL, con su “Otra campaña”, el neozapatismo ha avanzado hacia una definición ideológica más clara que ha permitido a la izquierda revolucionaria, anticapitalista, avanzar hacia la construcción de un proyecto común, de reconstruir el paradigma, que inicie la superación de su crisis histórica.

El hecho de que en la “Sexta” se hable de “los de abajo”, ya no sólo de sociedad civil, obviamente hace referencia a las clases subalternas donde ya no caben, por

ejemplo, los “empresarios honestos” ni los miembros, aun a título personal, de los partidos políticos actuales –miembros del bloque dominante–, mientras que la identificación del enemigo con el capitalismo hace que los aliados sean los hombres y las organizaciones de izquierda, es decir los sectores anticapitalistas. Ahora no caben todos los antineoliberales sino sólo quienes están contra el modo de producción capitalista como estructura fundamental de la sociedad.

Como bien señala Hernández Millán, con esta declaración se avanza de convergencias ocasionales hacia la definición de una convergencia política. Se pasa de la alianza con la “sociedad civil”, aunque esta se mantiene, a la búsqueda de la unidad con otras fuerzas de izquierda.³⁰

En síntesis, con la SDSL el EZLN define una posición de izquierda revolucionaria, y se avanza claramente hacia una ideología de clase, independiente de la tradición burguesa del nacionalismo revolucionario. Ideología que no ha de ser, según lo postulan los rebeldes chiapanecos, imposición de ninguna “vanguardia” sino resultado de la reflexión y el encuentro de todas las luchas populares y de toda la izquierda revolucionaria.

Esto abre la posibilidad de superar tanto la alienación como la imitación ideológica históricas para definir un auténtico programa de lucha de acuerdo con los intereses concretos de los subalternos y de acuerdo a las necesidades políticas del momento histórico actual. Con lo anterior, la clarificación del EZLN ha abierto una oportunidad histórica para la conformación de una organización que rompa definitivamente con el lastre de los herederos de la ideología del nacionalismo revolucionario y que no busque la reproducción de esquemas ajenos a la dinámica de la lucha de clases nacional sino, por el contrario, una cuyo “Programa Nacional de Lucha” sea resultado del encuentro organizativo de todos quienes sufren y se enfrentan contra el capital. En los términos que hemos descrito aquí, podemos decir que con la SDSL se inicia un proceso de construcción de una ideología autóctona de la izquierda mexicana.

³⁰ Hernández, Millán, op. cit., p.

Aunque muchas organizaciones políticas de izquierda reconocen esta importancia³¹, las diferencias en torno a la estrategia de los indígenas chiapanecos de no buscar “tomar el poder”, además de su posición en torno a otros esfuerzos organizativos, donde prima la posición del nacionalismo revolucionario, las mantienen divididas, fragmentadas y distanciadas en torno a distintos proyectos y movimientos.

En esta dirección, el movimiento lopezobradorista y la Otra Campaña muestran claramente cuál es el clima ideológico que prima en el desarrollo de la lucha de clases actual: definición de un auténtico proyecto revolucionario de la izquierda mexicana o subordinación, de nueva cuenta, al nacionalismo revolucionario renovado (el proyecto lopezobradorista). Pasemos, pues, a revisar cual es la situación concreta de la izquierda en torno a estos dos fenómenos. Ello nos permitirá entender cómo tal disyuntiva mantiene, por un lado, aislados de amplios sectores subalternos a los esfuerzos anticapitalistas, y del otro, sin horizonte clasista las luchas contra el neoliberalismo.

Esto permitirá, a su vez, entender cómo en la coyuntura actual la izquierda radical no puede constituirse en hegemónica dentro del movimiento popular contra el neoliberalismo, impidiendo que este tenga un carácter definido de clase, es decir anticapitalista. Con ello nos acercaremos a entender el por qué de la continuidad neoliberal a pesar de la crisis sistémica y la profundización de la lucha de clases por la que atraviesa nuestra sociedad en la actual coyuntura histórica.

La izquierda realmente existente

Con la clarificación ideológica, anticaptialista, y la estrategia autonómica seguida en los territorios neozapatistas, y en torno al movimiento lopezobradorista se han generado al interior de la izquierda dos procesos. De un lado el avance hacia la

³¹ Al respecto pueden verse, por ejemplo, las presentaciones hechas en las reuniones con organizaciones políticas y sociales de la Otra Campaña, cuyas relatorías pueden consultarse en: URL: <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/camino-andado/>

construcción de una alternativa propiamente subalterna, y propiamente mexicana, y de otro la reenajenación de amplios sectores subalternos al nacionalismo revolucionario contemporáneo. Revisemos el primero.

Casi todas las organizaciones de izquierda -con la definición que hemos adoptado: que pregonan y buscan la superación del capitalismo- coinciden en que con la SDSL se avanza en el plano nacional hacia la construcción de una organización revolucionaria, una organización de clase. Todas ven en ella, un salto cualitativo en la práctica neozapatista, salto que es interpretado como la posibilidad de convergencia política de toda la izquierda.³²

Pero a pesar de este reconocimiento común, existen divergencias. En un primer grupo, se encuentran las organizaciones y grupos subalternos cuya ideología tiene una mayor convergencia teórica y práctica con el neozapatismo. Es con ellos que sus propuestas y la OC han encontrado su mayor desarrollo. Un segundo grupo, está conformado por organizaciones cuya ideología encuentra diferencias con la práctica neozapatista, diferencias que bloquean una posible convergencia organizativa.

En ese primer grupo se encuentran las organizaciones políticas socialistas que, en términos generales, pugnan por lo que denominan construir el poder popular y las organizaciones indígenas que encuentran en la autonomía su propia identidad política y organizativa. Organizaciones como el Frente Popular Francisco Villa Independiente (FPFVI) e Izquierda Democrática Popular (IDP) entienden por poder popular:

un proceso político de lo simple a lo complejo, iniciamos la organización del poder popular local, ya en la comunidad campesina, en el barrio, en la fábrica, en la escuela, etcétera, [...] al mismo tiempo que vamos dando las alternativas de fondo para solucionar los problemas económicos y sociales mediante el esfuerzo comunitario[...] Así iremos

³² Además de las presentaciones mencionadas en la cita anterior pueden verse también: la Editorial del *Zenzontle*, órgano informativo del Movimiento de Lucha Popular (MLP), del No. 19, Agosto de 2005, la página de presentación del FPFVI: <http://www.unopii.org/index.php/fpfv-i>, el artículo: "VI Declaración de la Selva Lacandona. Una nueva propuesta a debate", en *Estrategia Obrera*, periódico de la LTS, No. 45. Julio 2005. Aunque con matices, en todos estos documentos se reconoce la importancia de la propuesta del EZLN para hacer posible la unidad de la izquierda.

avanzado de nuestra localidad, a la región, al municipio, al estado y a todo el territorio nacional [...] es necesario administrar todo lo que conlleva ese territorio, es aquí donde le disputamos el poder a la burguesía, pues será el poder popular que administre el municipio o el estado.³³

Tal posicionamiento teórico-práctico evidentemente encuentra convergencias con la “vía autonomista” seguida por el EZLN. Ambas organizaciones adhirieron la SDSL, señalaron la importancia de su carácter unitario, y aunque no hacen parte orgánica de las reuniones de la OC, mantienen una distancia con la izquierda institucional y son constantes en la movilización solidaria con el EZLN. Otras organizaciones que adhirieron y siguen un proyecto similar, de consolidar poderes locales, son el Movimiento de Lucha Popular (MLP) con influencia en comunidades campesinas de Guerrero y la Alianza Magonista Zapatista (AMZ), que aglutina a organizaciones indígenas y rurales del estado de Oaxaca.

A pesar de estas adhesiones -más simbólicas que reales-, el impacto principal del neozapatismo, y de la Sexta, ha sido el de darle, desde el paradigma de construir la autonomía³⁴, un nuevo impulso a las tradiciones comunitarias de los pueblos indios y a la revitalización de organizaciones con prácticas de autoorganización, como los ejidos, las colonias populares, entre otros.

Teniendo como ejemplo las Juntas de Bueno Gobierno neozapatistas, así como los Acuerdos de San Andrés como referencia, diversas organizaciones indígenas y campesinas han tomado la autonomía como objetivo (en algunos casos esta demanda se ha reactivado, pues es histórica). En comunidades de Oaxaca, Guerrero, Michoacán y Chiapas, sobre todo, se renuevan esfuerzos por recuperar la autonomía de los pueblos indígenas, recuperando el control de sus territorios o

³³ Izquierda Democrática Popular, *¿Quiénes somos y por qué luchamos? A propósito de nuestra Línea Política*, mimeo, 2005, p.112. El apartado III “Sobre el Poder Popular”, pp.104-147, ofrece una revisión de este concepto y la concepción que tienen de él no solo IDP, sino el PPFVI y el MPI, de su lectura se desprenden las evidentes coincidencias entre la política de estas organizaciones y la construcción de la autonomía: como construcción de un poder alternativo previo, y garante, a la transición revolucionaria.

³⁴ Wallerstein, señala que uno de los objetivos de la OC era impulsar autonomías fuera de Chiapas, op. cit. p. 232.

propiedades ejidales, y generando nuevos poderes sociales que disputan el control a los intereses económicos locales y al poder político del Estado.³⁵

Una de las características fundamentales de este grupo, donde el neozapatismo encuentra mayor eco y solidaridad, es que su acción política se desarrolla entre comunidades campesinas, indígenas, sectores marginales urbanos (comerciantes informales, solicitantes de vivienda, etc.), es decir espacios donde la construcción de autonomía, poder popular, encuentra mejores posibilidades de desarrollo: ahí donde los controles del Estado no son tan fuertes, pero también ahí donde el accionar político de estas clases es menor en su impacto a los intereses del dominio global del capital.

Un segundo grupo, reconoce la centralidad de la Otra campaña con miras hacia la construcción de una gran organización de izquierda, sin embargo, mantiene una ideología distinta. Es un grupo que podríamos llamar ortodoxo pues su discurso mantiene la necesidad de la centralidad de la clase obrera como sujeto revolucionario y la necesidad de un partido dirigido por esa clase para llevar a cabo la transformación social. Sus principales actividades se desarrollan entre el movimiento obrero, aunque su presencia e influencia en él es mínima.

Organizaciones como la Liga de Unidad Socialista (LUS), el Partido Obrero Socialista-Movimiento al Socialismo (POS-MAS), el Partido de los Comunistas (PdIC), la Liga de Trabajadores por el Socialismo (LTS), mantienen divergencias estratégicas con la forma de la organización que ha de asumir la OC y respecto al camino a seguir para intentar transformar la sociedad. Al respecto el POS, se expresaba así:

³⁵ Es el caso del Municipio Autónomo de San Juan Cópala en Oaxaca, comunidad Triqui que desde 2006 decidió recuperar su territorio histórico y reorganizar sus formas tradicionales de gobierno. O el de la recuperación de tierras y la fundación del poblado de Xayakalan, de Sta. María Ostula, en Michoacán así como la lucha por el respeto a su autodeterminación y a su policía comunitaria en el territorio Nahua de la Costa Michoacana, ente muchos otros. Una recuperación sucinta de estas historias se puede encontrar en el Boletín informativo popular, *La Voz del Anáhuac*, No. 255, Julio 2010. Además la sección de denuncias de la página del EZLN, <http://enlace-zapatista.com.ezln.org.mx/> permite un panorama general de la situación de diferentes luchas “autonomistas” en territorios indígenas o campesinos-ejidales que adhirieron la OC.

No está definido qué tipo de organización resultará del esfuerzo común que emprendamos. Es evidente que en el país urge una organización sindical y social de todos los explotados. Empero, a nuestro parecer, aun para construir ésta, es prioritario que los trabajadores y todos los hombres y mujeres de condición social pobre contemos con una herramienta o instrumento político, es decir, un partido político.³⁶

Refiriéndose a la propuesta de la Sexta, la LTS afirmaba:

pensamos que en la actualidad eso significa luchar por un gobierno de los obreros y campesinos, que reorganice el país de acuerdo a los intereses de las grandes mayorías. Pero esto parece estar en contradicción con la trayectoria política del EZLN, que, bajo el argumento de que «el poder corrompe», se limitó a gobernar los caracoles buscando construir desde ahí un «contrapoder», aduciendo que su lucha «no era por la conquista del poder» (como dijo Marcos en el Zócalo, en marzo del 2001). Los proyectos autonomistas no pueden resolver la situación de los oprimidos y explotados, e incluso de las mismas comunidades de Chiapas, ya que para ello se requiere luchar por el poder político nacional, el «sistema nervioso central» sobre el que asienta su dominación económica la patronal y los terratenientes.³⁷

En suma, su concepción mantiene una visión estadocéntrica sobre el poder y la estrategia de la revolución. De acuerdo con la centralidad que reconocen al obrero como sujeto del cambio, su acción política se encamina hacia los esfuerzos donde se encuentran aglutinadas las luchas del llamado sindicalismo independiente, con miras a la construcción del partido de los trabajadores.³⁸ Aunque el PdIC y el POS mantienen una relación cercana con el desarrollo de la OC, las otras organizaciones se han mantenido a distancia de este esfuerzo unitario, abocadas por su lado a la radicalización de los frentes creados en la lucha contra el neoliberalismo, principalmente la Promotora por la Unidad Nacional contra el Neoliberalismo (PUNCN) y el Diálogo Nacional (DN). En este caso a pesar del

³⁶ POS, "Respuesta del POS al EZLN. Fuera del poder, todo es ilusión", *Pluma* No.1, Invierno 2005.

³⁷ LTS, "VI Declaración de la Selva Lacandona. Una nueva propuesta a debate", en *Estrategia Obrera*, No. 45. Julio 2005.

³⁸ Sobre la centralidad del partido obrero y el proletariado que mantienen estas organizaciones, véase: "Frente a la explotación capitalista es necesario un partido que luche por la revolución y el socialismo", en *Estrategia Obrera*, No. 47, Noviembre, 2005. Así como *La Línea Política del Partido de los comunistas*, en: <http://estatutosdelpc.blogspot.com/2008/01/la-linea-politica-del-partido-de-los.html> y la página de la LUS: <http://www.ligadeunidadsocialista.org/index.htm>.

reconocimiento de la necesidad de la unidad, las divergencias teóricas y estratégicas no permiten puntos de articulación mayores.

El impacto de la propuesta neozapatista se siente también entre las organizaciones político-militares. Jorge Lofredo, especialista en el tema lo resume de esta manera:

Ante la “Otra Campaña” y el EZLN, la posición se ha ido definiendo paulatinamente y aunque existen exteriorizaciones concretas y contundentes que coinciden en los distintos mensajes de bienvenida ofrecidos por cada uno de los grupos, tras esta aparente similitud se traslucen diferencias que oscilan entre manifestaciones de apoyo y otras de apoyo crítico. *Ninguna de estas posiciones sin embargo, pone en duda la trascendencia que la “Otra Campaña” ha cobrado para las organizaciones armadas; muy por el contrario, recurrentemente se destaca la importancia por la transmisión de este mensaje que las organizaciones han coincidido en caracterizar como “revolucionario” aunque, paradójicamente, rechaza la vía armada.*³⁹ (cursivas mías)

Es relevante que entre los apoyos más ampliamente expresados se encuentra el del Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente (ERPI) y uno de los “apoyos críticos” más fuertes es del EPR. Es importante puesto que el lineamiento político de los primeros es justamente la construcción de poder popular, que definen como: autonomía, autogestión, democracia y autodefensa, mientras que para el EPR, quienes consideran su lineamiento de GPP como única vía posible de transformación real, se muestran escépticos de la propuesta zapatista debido a su carácter pacífico.

Siendo los grupos más representativos del movimiento guerrillero contemporáneo, estas posiciones dilucidan un poco, todo lo posible en estos casos, el impacto del neozapatismo entre dicha fracción de la izquierda revolucionaria. Por un lado, un saludo a la renovación iniciada en 1994, el ERPI dice regirse por “el principio del mandar obedeciendo difundido por el EZLN”, y del otro, una visión crítica desde un posicionamiento ortodoxo. No está demás decir

³⁹ Lofredo, Jorge, *Tiempo de Incertidumbre*, [en línea] 04 de diciembre, 2006, URL: <http://www.cedema.org/ver.php?id=1279>, [consulta: 24 Agosto, 2010].

que esta disputa por la estrategia representa uno de los puntos de división entre ambas organizaciones.⁴⁰

Por lo anterior, en la etapa actual la izquierda realmente existente se encuentra limitada tanto por la práctica derivada de la imitación del neozapatismo como por las diferencias teórica-prácticas entre el EZ y otras organizaciones de clase. Se encuentra reducida a su influencia entre indígenas, campesinos, grupos subalternos marginales y con poca presencia en el movimiento sindical. Es un conjunto de movimientos con una base social heterogénea, dispersa y con poca capacidad de respuesta frente a los embates del Estado.

Una revisión de las posiciones en las reuniones de organizaciones políticas y sociales de la Otra Campaña deja claro que el mayor compromiso, y asimilación del proyecto neozapatista, es el de organizaciones ejidales, indígenas, de colonos y entre jóvenes y sectores marginales como lesbianas, sexoservidoras, desempleados, etc., mientras que respecto a los esfuerzos organizativos antineoliberales, que aglutinan a las organizaciones gremiales, sindicales y populares de parte importante de las clases subalternas, es un esfuerzo marginal.⁴¹

⁴⁰ Cfr. el comunicado dirigido por el ERPI al CRI-CG-EZLN, del 26 de febrero de 2006, que puede consultarse en la URL: <http://www.cedema.org/ver.php?id=1223>. Además sobre la concepción de esta organización sobre el poder popular, *El ERPI y la conquista del poder popular: una auténtica tercera vía*, en la página de la propia organización: <http://www.enlace-erpi.org/com020.html>. Lofredo señala, sobre el impacto del EZLN, que: "Existe además una línea de influencia proveniente de la experiencia del EZLN que provoca otra circunstancia de división entre organizaciones del mismo tronco que alcanza en ocasiones a replantear algunas de sus estrategias particulares.", *A 40 años del 23 de septiembre: el estado de las cosas*, [en línea], URL: <http://www.cedema.org/ver.php?id=509>.

⁴¹ Sobre este punto, véanse las presentaciones de colectivos como Red Toma las Calles, Red Zapatista en Movimiento por la Liberación Nacional y Todos somos presos en las reuniones con organizaciones políticas así como las de Lesbianas-Feministas Re-evolucionarias, Unión de Vecinos Piedra y Encino, entre otras en la de organizaciones sociales. Mientras todas ellas hacen suyo incondicionalmente el discurso y el llamado del EZLN, en contraste las organizaciones socialistas o sindicalistas se muestran más escépticas y con un discurso que llama, abierta o veladamente, a la unidad con las fuerzas nacionalistas. Además, en la Otra Obrero solo participan activamente pequeños grupos de trabajadores como la Coalición de Trabajadores Administrativos y Académicos del STUNAM, el Frente Único Nacional de Trabajadores Activos, Jubilados y Pensionados del IMSS, Colectivo Acción Inteligente de Desempleados y Estudiantes (CAIDES). Sobre este distanciamiento-desencuentro del EZLN y el sindicalismo es interesante la crítica de trabajadores del Sindicato Nacional de Trabajadores de Euzkadi en la reunión de organizaciones sociales.

Así lo demuestra la llamada “Otra Obrera”, sector de trabajadores de la OC, donde la presencia de sectores asalariados y sindicales es mínima. En cambio la mayoría de estas organizaciones, y algunas de la “izquierda ortodoxa” arriba descritas, tienden hacia un esfuerzo aglutinador con las fuerzas partidarias y sindicales afines al nacionalismo revolucionario.

Por ello aunque con el surgimiento del EZLN, y en particular con la SDSL, se ha generado un proceso, no solamente de renovación de la izquierda sino de construcción de una nueva izquierda, podemos afirmar que tanto el movimiento producido a raíz de la OC como la situación de las organizaciones afines es de dispersión ideológica. Son un conjunto dividido por las interpretaciones de la realidad, un conjunto sin un marco teórico común, lo que no permite definir positivamente la coyuntura abierta en 1994.

La alienación contemporánea

Al presentarse en tiempos electorales, como propuesta alternativa de izquierda frente al “juego electoral”, la SDSL generó una disyuntiva para las organizaciones políticas socialistas y comunistas: avocarse a la construcción de una organización de izquierda radical, clasista, o sumarse, como elementos “críticos”, al movimiento lopezobradorista, es decir, empeñar nuevamente la autonomía de la izquierda a la ideología burguesa del nacionalismo revolucionario o iniciar la construcción de la alternativa radical.

Varias organizaciones que se reclaman socialistas asumieron este camino. El Partido Popular Socialista de México (PPSM), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata (UPREZ), Partido Comunista Mexicano-Marxista Leninista (PCM-ML), como ejemplos, decidieron llamar a votar por AMLO con la idea de “frenar a la derecha” e impulsar, “a través de la presión de los trabajadores”, su proyecto del capital nacional hacia “la izquierda”, “hacia el socialismo”. No está de más señalar, que las tres primeras participaron en las reuniones de la Otra Campaña y defendieron su adhesión al

llamado del EZLN aunque en sus intervenciones abogaban por no ser “sectarios” y defendieron la necesidad de sumar al proyecto a las fuerzas de la “izquierda reformista”.⁴²

En este punto es necesario decir que la corriente de pensamiento predominante en el grueso del movimiento sindical autodenominado independiente, es la del proyecto nacionalista, impera ahí el antineoliberalismo como lucha por la reconstitución, y defensa de los restos, del “Estado benefactor”. Por eso dichos esfuerzos como la PUNCN o el DN, que aglutinan a organizaciones sindicales como el SME, la CNTE, el STUNAM, además de centrales como la Unión Nacional de Trabajadores (UNT) o el Frente Sindical Mexicano (FSM), mantienen un proyecto que no rebasa los límites del neoliberalismo y que tiene como único fin el retorno al pasado.⁴³

En este sentido la posición de dichos frentes, que aglutina a una parte importante de los trabajadores organizados y en lucha contra el neoliberalismo, se encuentra más cercano al lopezobradorismo que a la propuesta de la OC. Además, muchas de las respectivas dirigencias de las organizaciones integrantes mantienen subordinado su accionar a dirigentes perredistas o cercanos a ese partido.⁴⁴

Debido a lo anterior podemos afirmar que entre todas estas organizaciones se reedita el fenómeno de la alienación. Sus posturas subordinan la acción subalterna a los intereses de la fracción de la burguesía nacional, representada por AMLO, en aras de reconstruir un modelo socioeconómico basado en los supuestos económicos del nacionalismo revolucionario: fortalecimiento del Estado

⁴² Véanse sus intervenciones en la citada relatoría de organizaciones de la OC.

⁴³ Cfr., *La Declaración de Querétaro*, síntesis del 2º Dialogo Nacional, que incluye el *Programa Mínimo no Negociable*, cuyo eje fundamental es el de “recuperar el espíritu de la Constitución de 1917” y cuyo *Proyecto Alternativo de Nación* se sustenta sobre el rechazo al neoliberalismo a través del restablecimiento del control del Estado sobre los recursos naturales como eje del desarrollo, en: http://www.dialogonacional.org.mx/declaracion2do_dn_gro.htm. Véase, también la Resolución del VII Dialogo Nacional, Febrero de 2009, <http://www.dialogonacional.org.mx/7dialogo/declaracion.html>, que ratifica, sin ampliar, estos documentos. En ellos es claro que en este caso el antineoliberalismo es concebido como el retorno al modelo de un Estado Desarrollista.

⁴⁴ Es el caso del Diputado Francisco Hernández. Juárez diputado perredista y Presidente Colegiado de la UNT.

como rector de la economía y recuperación del control de los recursos naturales, sin proponer un programa contra el capitalismo.

Entre pasado y futuro, la contradicción de la izquierda

El recuento anterior no ha pretendido ser exhaustivo, sólo ha tratado de mostrar el panorama general de las organizaciones revolucionarias y del conjunto de los sectores populares en relación a los grandes proyectos que han surgido de la lucha contra el modelo neoliberal: la OC y el movimiento lopezobradorista.

De esta exposición se desprende que la falta de consensos teóricos al interior del conjunto de la izquierda impide la articulación, en torno a la Otra Campaña, para poder constituir un referente nacional radical para las luchas de las clases subalternas. Fenómeno que podemos denominar de *dispersión ideológica*, en la medida en que disputas sobre el sujeto del cambio, el papel del Estado y la forma del cambio, así como la posición frente al perredismo, y más concretamente frente a AMLO, dividen la estrategia de la izquierda; impidiéndole avanzar hacia la superación de su crisis histórica.

Ante esta ausencia de la izquierda como alternativa de “dirección” para el movimiento popular antineoliberal, las fuerzas del nacionalismo burgués ocupan esos espacios conteniendo el potencial transformador de los movimientos provocados por los efectos de la actual fase de acumulación del capital.

Con estos elementos, podemos decir que, a pesar del neozapatismo, en el momento actual la izquierda aún es incapaz de construir un conjunto teórico definido que supere definitivamente la crisis. La persistencia de nociones ideológicas, que configuran su crisis histórica, la mantienen dispersa, sin lograr aglutinar una ideología común. Persistencia a la cual se suman los límites propios de los planteamientos estratégicos derivados de la práctica de los neozapatistas. Estos dos fenómenos impiden constituir un programa y una estrategia compartidos por el conjunto de organizaciones de la izquierda anticapitalista, por lo cual los

esfuerzos de cada una de ellas siguen aislados y atomizados en luchas sin un objetivo claro.

Por un lado, aunque el proyecto del neozapatismo apunta a la superación de la crisis histórica, -al procurar superar la ausencia de una ideología propia mediante la construcción común, y desde las clases populares, del Programa Nacional de Lucha y por su distanciamiento del perredismo-, la visión autonomista derivada de su experiencia ha generado, a raíz de la horizontalidad, y las implicaciones mismas de la construcción y fortalecimiento de poderes locales, que estos esfuerzos estén dispersos y alejados de las clases trabajadoras.⁴⁵

De otro lado, la izquierda que se reclama marxista, socialista o comunista renueva su alienación a esquemas teóricos sin interpretarlos de acuerdo al particular desarrollo de la lucha de clases en nuestro país. Eperristas, socialistas y comunistas siguen sin cuestionar los principios fundamentales de su lineamiento político, por lo que su negación a ampliar sus propias nociones les impide unirse orgánicamente a un proyecto común partiendo de la OC

A esto hay que sumar que las organizaciones de trabajadores más combativas, y como hemos visto también algunas que se reclaman marxistas, mantienen su subordinación respecto del supuesto potencial democratizador, e incluso socialista, del nacionalismo revolucionario, hoy en la figura-proyecto de AMLO. En estos casos la concepción de la transformación pasa por una estrategia estadocéntrica y en alianza con los “sectores progresistas” de la burguesía y sus representantes en la izquierda sistémica.

Debido a sus esquemas de pensamiento-acción tradicionales, las organizaciones de clase no encuentran convergencia con la alternativa renovadora del proyecto zapatista, y subordinan la independencia de clase a la fracción nacionalista de la burguesía, tal como lo hizo el PCM durante casi medio siglo.

⁴⁵ El mejor ejemplo de esta incapacidad organizativa y la dispersión de las fuerzas de la OC son lo que sus adherentes han llamado “acciones dislocadas” donde cada miembro actúa “de acuerdo a sus formas” y en su lugar de residencia. Así, mientras algunos pueden emprender un bloqueo carretero otros pueden quizá hacer un periódico mural, evidentemente los efectos de “estos repertorios de acción” son muy disímiles.

Sin embargo, el discurso de estas organizaciones tiene asidero en la realidad. La ausencia histórica de una ideología propia de la izquierda mexicana ha echado sus raíces por lo que no existe receptividad del discurso zapatista- mas allá de pequeños grupos- en las organizaciones de masas o gremiales sujetas todavía a la lógica estatista del proyecto nacionalista.

Así pues, los efectos históricos de la crisis se resienten hoy cuando el discurso zapatista no encuentra eco entre los sectores subalternos más politizados y organizados, aislando al neozapatismo y sus seguidores de las grandes luchas contra el neoliberalismo. Permitiendo que tales luchas sean mediatizadas por los partidarios perredistas y lopezobradoristas.⁴⁶

Cierto es que la Otra Campaña no es un esfuerzo acabado sino en construcción, y por eso todavía no puede valorarse por completo, sin embargo su desarrollo hasta ahora no deja una perspectiva optimista para la izquierda radical. Ante la falta del proyecto común, que se supone ha de surgir de la “Otra”, la práctica de las organizaciones y miembros adherentes, ante la necesidad de enfrentar los embates del capital y el avance del autoritarismo estatal, ha sido la de imitar el ejemplo del EZLN tratando de expandir los espacios autónomos.

Bajo el ejemplo neozapatista, la vía autonomista como forma para transformar el mundo se ha expandido a otros grupos subalternos organizados, principalmente a los indígenas. Pero los espacios autónomos, resultan tan autónomos que encuentran múltiples dificultades en la coordinación de acciones conjuntas, es decir en la articulación de un gran contra poder social. En cambio estas

⁴⁶ Es el caso del conflicto derivado de la extinción de la compañía paraestatal Luz y Fuerza del Centro. Una vez que su sindicato había convocado a sendas movilizaciones y había empezado el camino, junto con otras organizaciones sindicales, campesinas y populares, para desarrollar una “huelga nacional”, en demanda no solo de la restitución de su fuente de trabajo sino de la exigencia de la renuncia de Felipe Calderón del poder ejecutivo, la dirigencia del SME viró el camino de creciente confrontación hacia lo que llamaron “una vía civil y pacífica” (semejante con al discurso de AMLO). Así, del creciente avance en la organización y preparación de la unidad popular se paso a un estancamiento del movimiento social y popular que comenzaba a gestarse. Sobra decir, que durante todo este camino la dirigencia sindical se vio muy cercana a representantes perredistas.

autonomías se expresan en micropoderes enfrentados a la descomunal fuerza represiva del Estado.⁴⁷

Esta situación evidencia que el crecimiento de estos poderes autónomos se enfrenta, en la medida que se expande y desafía los campos de acción del Estado, contra la represión activa de las fuerzas militares y policiales, por lo que, aún en contra de sus propagandistas, tienden a convertirse en islas incapaces de articular proyectos de envergadura nacional. Todo esto parecería demostrar que la construcción y consolidación de la autonomía no es posible sin la existencia del brazo armado, ¿no fue acaso la existencia del EZLN, lo que permitió la construcción de las JBG?

Por tales motivos, la construcción autonómica funciona mas como una estrategia destinada a crear espacios de poder local para recuperar lo arrebatado por la profundización neoliberal que como proyecto unitario para mermar el poder político del Estado, resulta difícil que de ahí se pueda trascender a una lucha anticapitalista de alcance nacional antes de que tales espacios sean destruidos por la consolidación de un Estado de contrainsurgencia o la restauración de la hegemonía política de la burguesía.

Como tal esta etapa de dispersión ideológica se expresa de manera concreta en lo que Araujo, retomando a Marx, denomina como “comunidades de acción”. En contraposición con las “comunidades teóricas” -que se forman de acuerdo a una definición teórica compartida, siendo, por tanto, monolíticas ideológica y estratégicamente-, las comunidades de acción son organizaciones que actúan conjuntamente sobre la base de principios generales –como el anticapitalismo o la

⁴⁷ Quizá el mejor ejemplo sea el Municipio Autónomo de San Juan Cópala en Oaxaca, que recuperando una tradición de lucha por su autodeterminación, decidió en 2006 recuperar su territorio y volver a darse sus formas tradicionales de autogobierno. Ante esto el Estado y los poderes políticos-económicos locales han desatado una escalada de represión que ha dejado decenas de muertos, al pueblo incomunicado, desabastecido y sin servicios. Hechos ante los que la OC no ha podido hacer más que denunciar. También aquí el papel jugado por el perredismo es de resaltarse: nada ha hecho el recién electo gobernador perredista, por tratar de detener este genocidio.

autonomía- pero que no definen una estrategia y un programa común: son heterogéneas en la teoría y la práctica.⁴⁸

Dispersión en la cual algunas de estas organizaciones siguen reproduciendo esquemas de imitación o alienando su independencia política, mientras muy pocos son los que han seguido el camino renovador.

En el momento actual esa es la situación de la izquierda: un conjunto de organizaciones con diferentes concepciones teóricas, programas y estrategias: ideologías. Un conjunto de organizaciones cuyo único punto de convergencia es su lucha contra el neoliberalismo, se encuentran, sobre principios generales, “vagos”, en la acción antineoliberal, sin definir un horizonte compartido. Por ello no son capaces de articular una alternativa concreta desde la izquierda para la lucha de clases actual.

En definitiva, podemos afirmar que en la coyuntura actual la izquierda mexicana se debate entre la posibilidad de superar su crisis ideológica histórica o renovar su incapacidad de ponerse a la altura que la lucha de clases le demanda.

Al presentarse como auténtico producto de las particularidades de la lucha de clases en nuestro país, con un programa y una estrategia contruidos de acuerdo a las condiciones sociohistóricas imperantes, como proyecto de las clases subalternas, independiente de las corrientes contemporáneas del nacionalismo revolucionario –lopezobradorismo- el proyecto encabezado por el EZLN ha logrado señalar una posible salida a la crisis ideológica histórica. Pero esta posibilidad encuentra sus límites en los efectos de la crisis. Se enfrenta con sus remanentes, fuertemente arraigados tanto en la sociedad como en las organizaciones de izquierda: la ausencia de una conciencia de clase y una cultura política subalterna sin independencia política.

Si con el neocardenismo acudimos al fin del ciclo socialista, con el neozapatismo, acudimos al nacimiento de una izquierda renovada y

⁴⁸ Rodríguez Araujo, op. cit., Aunque el autor no desarrolla sistemáticamente este concepto, existen elementos que permiten su delimitación, pp.14, 63-65, 114,115, 125 y 133.

prometedora.⁴⁹ Por lo tanto, la contradicción fundamental de la izquierda radical en el momento actual se resume en la multicitada frase de Gramsci, entre lo nuevo que no acaba de nacer y lo viejo que no acaba de morir.

⁴⁹ Quizá sea por eso que Aguirre Rojas vea al neozapatismo como uno de los elementos que prefiguran el nuevo mundo poscapitalista. Sería el neozapatismo uno de esos fenómenos que remiten a la crisis terminal del capitalismo, véase la cita 45 del primer capítulo.

IV. A manera de conclusiones

Sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria

V. I. Lenin

En la introducción a esta investigación planteé como supuestos fundamentales la existencia de una doble crisis: la del sistema de dominación capitalista y la de la izquierda como conciencia de las clases subalternas. Siendo esta última la que respondería a la inquietud fundamental que guía el trabajo: ¿Por qué a pesar de la crisis económica y político-social generada por el neoliberalismo, no existe en nuestro país un proyecto de nación factible y concreto desde la izquierda?

Después de mostrar -para explicar la oportunidad histórica de plantear cambios profundos- que los pilares fundamentales sobre los cuales se construyó durante el periodo posrevolucionario la hegemonía de la clase burguesa han sido desmantelados por el neoliberalismo, revisamos los fenómenos (alienación e imitación) que dieron forma a la crisis histórica de la izquierda desde su surgimiento con el PCM en 1919.

No traté en estas páginas de mostrar la validez o no de las prácticas de la izquierda, ni hacer una valoración de sus estrategias, de eso se ha encargado la historia, solamente pretendí mostrar un hecho: sus plataformas políticas, y las acciones concretas emanadas de ellas, fueron el resultado de la alienación o de tratar de implantar, reproducir, esquemas surgidos en otra realidad. Hechos que comprueban la tesis expuesta en este libro: la ausencia de una ideología (como explicación de la realidad y orientación de la acción) propia de la izquierda mexicana.

Al mostrar que la crisis de la izquierda es un fenómeno histórico que se explica en el plano ideológico, y las consecuencias concretas derivadas de él vimos cómo la ausencia de la izquierda como dirección consciente en las luchas de clases no es un hecho exclusivo del momento actual sino que es crónico al desenvolvimiento que aquella ha tenido a la par del desarrollo nacional. La crisis de la izquierda es

un fenómeno de largo aliento: surgió con ella y la ha acompañado en su devenir histórico paralelamente a los ascensos del movimiento popular.

En concordancia con lo anterior, la siguiente afirmación de Bartra tiene plena vigencia:

Prácticamente desde la fundación del PCM en 1919 y en particular desde el cardenismo, es una regla que todo ascenso de la lucha popular conduzca a una crisis de la izquierda comunista. Durante los periodos de reflujo estas conmociones tienden a institucionalizarse transformándose en un estado permanente de semicrisis que se agudiza al desarrollarse un nuevo auge. [...] estas crisis cíclicas de la izquierda [...] se suceden al ritmo de los flujos y reflujos de las masas¹

Tanto en 1968 como en 1988 esto fue así. Durante y después de ambos ascensos del conflicto social, y del protagonismo popular, la izquierda reconfiguró su crisis (primero imitando esquemas ideológicos, después perdiendo sus propias definiciones) alejándose de la posibilidad de tomar un papel central en esos procesos. Ante este hecho recurrente, en el cual la izquierda ha estado ausente en las grandes coyunturas nacionales, se ha generado otro fenómeno igualmente recurrente: la renovación del pensamiento de la burguesía nacional como contenedor del potencial revolucionario de las luchas populares.

Una vez que en los dos primeros capítulos creo haber demostrado ambas crisis, en el tercero he expuesto lo que considero son las condicionantes actuales de la izquierda y cómo se relacionan con su crisis histórica: la contradicción entre lo viejo y lo nuevo, acercando una explicación a su papel marginal en las luchas que se disputan actualmente la nación.

Con esos elementos podemos aproximar una respuesta a la pregunta central de la investigación: la historia de crisis ideológica es el principal factor que condiciona y obstaculiza el desenvolvimiento de la izquierda como alternativa concreta dentro del conflicto social contra el capitalismo neoliberal. Debido a que sólo desde 1994 ha comenzado a remontarse el fenómeno histórico de su crisis, la izquierda aún se encuentra sujeta por los efectos de un fenómeno extendido por más de 90 años,

¹ Bartra, Armando, op. cit., p.283.

no sólo en ella sino en el conjunto de las organizaciones populares. La izquierda no tiene una base ideológica común que pueda ser el sustento sobre el cual se construyan el proyecto y la estrategia radical que hacen falta a la lucha popular para poder avanzar hacia un sistema social distinto del actual.

Como resultado de la investigación podemos afirmar, también, que la izquierda revolucionaria mexicana, producto de los fenómenos ideológicos que hemos descrito, históricamente ha carecido de una ideología propia. Sólo a raíz del levantamiento del EZLN, y su posterior desenvolvimiento en los inicios de este nuevo siglo, ha comenzado a definirse con un proyecto propio. Ergo, la izquierda revolucionaria se encuentra en un enclave entre la tradición (de crisis) y la construcción de un nuevo “paradigma”.

Al estar en un proceso de renovación, la izquierda no puede presentarse como alternativa acabada en la disputa por la hegemonía. En cambio su accionar está sujeto por la dinámica política que dicho fenómeno en proceso le ha impuesto: la acción sin reflexión. Dejando que se renueve como dirección dentro del ascenso de la lucha de clases la ideología del nacionalismo revolucionario: hoy lopezobradorismo.

Este fenómeno se expresa concretamente en la disyuntiva abierta a las clases populares: AMLO o EZLN, vuelta al pasado o apuesta por un futuro indefinido. El grueso de los subalternos en lucha ha optado por el primero y parecería que no puede ser de otra manera pues las posiciones clasistas se encuentran incapaces de articular un proyecto común. La izquierda se encuentra en el momento actual conformada por múltiples comunidades de acción, unas reproduciendo el esquema del EZLN, otras apoyándolo críticamente y finalmente, otras, indirecta o directamente apoyando al nacionalismo-revolucionario lopezobradorista.

También podemos decir, en concordancia con lo que describía Petras, que el foco de la izquierda se centra en el campo y está alejado de los sectores de trabajadores industriales², por lo que, como señalaba el propio Marcos parece que

² Petras, James, et. al, *La izquierda contraataca...*, pp.79-81.

la OC solo: “será verdaderamente anticapitalista cuando se entren en ella los que viven directamente la explotación fundamental, la determinante: los obreros y las obreras.”³

Considerando lo anterior, parece que la forma en que estos esfuerzos radicales puedan superar su dispersión teórica y su marginalidad en el espacio político es la conformación de una comunidad teórica.

Es necesario que todos esos pequeños esfuerzos definan un programa y una estrategia: una ideología común, que se exprese en una organización común. Para ello es necesario que se debatan las cuestiones fundamentales que las dividen: el papel del Estado en el proceso de cambio, su posición frente a los renovadores de la ideología emanada de la lucha de 1910, (no es lo mismo que esta sea el fin en sí misma que parte de un proceso de más largo plazo), así como definir cuál es el cambio que se quiere: ¿Qué sociedad se quiere? y ¿Cómo se construirá? Es cierto que estos debates se han iniciado, pero a pesar de ello no han tenido el desarrollo necesario para avanzar en una real convergencia organizativa de las luchas antineoliberales y de la izquierda en su conjunto. Es necesario un debate ideológico que defina un paradigma común. Es por ahí que se podrá superar positivamente el punto más alto de la crisis: la que dejó a la izquierda huérfana de utopías.

Con el objeto de tratar de contribuir a este debate, me parece necesario que la izquierda recupere la necesidad del partido como forma organizativa para construir la comunidad teórica. Esto debido a que la actual estrategia adoptada por la izquierda, y por algunos grupos subalternos, siguiendo el ejemplo de las JBG y el EZLN, mantiene fragmentados los esfuerzos anticapitalistas, exponiéndolos sin ninguna cobertura, a la represión estatal. Es necesario recuperar el debate en torno a los límites de la vía autonomista, así como las potencialidades y las limitaciones del movimiento indígena como sujeto transformador en nuestra

³ Intervención del delegado Zero durante el 1 Encuentro Nacional Obrero de la *Otra Campaña*, 29 de abril, 2006, URL: <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2006/04/30/i-encuentro-nacional-obrero-de-la-otra-campana-29-de-abril/>

sociedad, y definir claramente cuál ha de ser la posición de la izquierda frente al Estado.

Creo que ante las deficiencias que se han derivado de la horizontalidad extrema (falta de articulación y organización de las luchas) y la negación de la vanguardia, se vuelve necesario pensar la posibilidad de crear una dirección para el movimiento popular, pues como reconoce Araujo:

Todas las revoluciones sociales triunfantes en el siglo XX tuvieron dirección política, lo que no quiere decir que todos los movimientos revolucionarios con dirección política hayan triunfado. Asimismo, se ha constatado que los movimientos sociales espontáneos, no organizados y sin dirección política, aun habiendo tomado el poder, han fracasado, como ocurrió en el multicitado caso de la Comuna de París

y continúa:

Como se ha visto de la experiencia histórica, la ausencia de dirección política en los movimientos sociales ha llevado, si no al fracaso, por lo menos a su debilitamiento e incluso a su desaparición.⁴

Además la necesidad del partido parece ser, aunque ciertamente el EZLN no lo hace, uno de los principios generales que gran parte de estas comunidades de acción comparten. También aquí parece repetirse la contradicción entre los grupos que parecen reivindicar la necesidad del partido, recuperando la memoria histórica de las luchas contra el capital, y el neozapatismo opuesto a esta dinámica, por su negación a repetir los errores del pasado.

En esta línea reflexiva, la historia reciente de los movimientos sociales relativamente exitosos en Bolivia y Venezuela parece indicar la necesidad de una lucha política en dos niveles: por un lado a nivel institucional, donde se vuelve necesario la figura del partido (como el MAS y el MVR) y dentro de la sociedad civil mediante el movimiento social. La izquierda anticapitalista en México, al contrario, ha optado por una vía autónoma respecto del Estado y sus instituciones, parece primar la visión no estadocéntrica, por lo que las organizaciones

⁴ Rodríguez Araujo, Octavio, op. cit, pp.170 y 198.

centralizadas no tienen cabida, pues de lo que se trata es de fortalecer los esfuerzos locales.

La negación de poder cambiar el mundo „tomando’ el poder del Estado ha llevado a gran parte de la izquierda, encabezada por el EZLN, a una estrategia que da primacía a la construcción de un poder social que no todos los subalternos parecen entender o poder llevar a cabo: en especial en sociedades, como la nuestra, sujetas históricamente a liderazgos paternalistas.

En este punto es necesario que la izquierda debata la cuestión del poder. Desde mi perspectiva, la división producida en torno a la estrategia de “tomar” el poder o seguir la alternativa de autonomía parece ser una falsa discusión, pues en ambos casos tanto la construcción organizativa necesaria para asaltar el poder como la construcción autonómica constituyen *contrapoderes* opuestos a la dominación capitalista.

La propuesta neozapatista centrada en la construcción autonómica pareciera, como algunos pensadores han interpretado, pregonar la idea de que es posible transformar al mundo sin tomar el poder, pero: ¿es esto así? Es cierto, como vimos, que los zapatistas, como parte de los nuevos movimientos antisistémicos, han dejado de pregonar la estrategia en “dos pasos”, por cuanto reconocieron en las experiencias de la “vieja izquierda” los límites del poder estatal, es decir que no todo el poder se concentra en el Estado, por eso aun cuando pudiera considerarse necesaria la toma del Estado esta no es suficiente para completar un proceso verdaderamente transformador del orden social. En todo caso, como señala Wallerstein, podría considerarse la toma del Estado por la vía electoral en la actual época neoliberal como una acción defensiva, como un medio para garantizar la construcción autonómica, pero no como el fin último del proceso transformador.⁵

La práctica de los neozapatistas implica una noción de poder como la señalada por Válles:

⁵ Wallerstein, Immanuel, op. cit, p.157.

como la capacidad de intervenir en la regulación coactiva del conflicto social {...} el poder no se ejerce solamente desde las instituciones públicas ni puede decirse que reside de forma exclusiva en el Estado.⁶

Toda capacidad de acción -a través de la proposición o la resistencia- constituye un elemento de poder. El poder entendido como relación, como relación entre fuerzas sociopolíticas dentro de una formación sociohistórica particular, y en cuanto tal, que permea a toda la sociedad por lo que la disputa por él se reproduce en todos los espacios del entramado social.

En este cambio de concepción y estrategia de los neozapatistas el objetivo último pareciera ser, como lo ha delineado Aguirre Rojas, la construcción de la autonomía global, basada en una forma radicalmente distinta del gobierno -el otro gobierno-⁷, que dará paso a una sociedad totalmente distinta a la capitalista. Autonomía global producto de la suma de múltiples autonomías en el territorio nacional, es decir de la construcción-organización desde los de abajo, esto es de construir poder popular, un poder social.

Poder Popular que si se considera de forma que los espacios ganados, son espacios restados al poder del Estado, en cierto sentido representa que se está tomando “poco a poco” el poder político de aquél. Podemos decir, siguiendo a Gramsci, que la construcción generalizada de autonomías es la disputa por la hegemonía en todos los espacios (trincheras) de lucha de la sociedad civil, y como paso final de este proyecto la toma del poder político concentrado en el Estado. Autonomías que, al ser los garantes del ejercicio político basado en el principio de mandar obedeciendo por parte de un futuro gobierno verdaderamente emanado de la decisión colectiva, constituyan la “antesala” del mundo nuevo. El poder pues no es algo ajeno a la práctica zapatista pero para ellos este no se toma sino que es una construcción cotidiana.

Considerando lo anterior, la discusión de la izquierda no debe ser la de “tomar” o “construir” el poder (autonomías), sino la de la necesidad de alcanzar la unidad

⁶ Valles, Joseph, *Ciencia Política: Una introducción*, Ariel, Barcelona, 2003, p.33.

⁷ Aguirre Rojas, Carlos, *Las lecciones políticas...* op. cit., p.22.

expresada en diferentes intentos organizativos (desde el Diálogo Nacional hasta la Otra Campaña) así como la “combinación de todas las formas de lucha” (PDPR-EPR, ERPI).⁸ Es decir mediante que mecanismos puede construirse la unidad necesaria, tanto para posibilitar el fortalecimiento y la expansión de esfuerzos autonómicos como para crear las condiciones que permitan no sólo tomar el Estado, sino más importante aún, que permitan que este funcione de acuerdo a los interés colectivos y de abajo hacia arriba y no viceversa. Es decir en el cómo construir un verdadero poder popular que evite de esta manera los errores de la “vieja izquierda” y su experiencia burocrática.

Esto nos regresa a la idea fundamental de esta última reflexión, idea que como dice Zibechi es contradictoria, pero necesaria: “Organizar la rebeldía”, puesto que:

la inexistencia de articulación es también un problema [...] Quiero interpretar las articulaciones como esas formas que tenemos de proteger una planta que está naciendo. O sea, proteger no es crear, no es la articulación la que crea el mundo nuevo, sino la que lo ayuda a sobrevivir hasta que pueda nacer.⁹

Esta necesidad introduce un nuevo problema: ¿cómo organizar o coordinar todas esas formas de lucha sin centralizar y jerarquizarlas? Como ha planteado Stolowicz, consideró que “el rescate del proyecto de izquierda debe comenzar en el partido mismo”, pues:

La izquierda necesaria es mucho más que el partido, pero éste está llamado a cumplir un importante papel en la construcción de la izquierda necesaria. Como voluntad colectiva organizada el partido es un *instrumento político* – no un fin- fundamental para construir una

⁸ En este sentido se reproduce al interior de la izquierda mexicana la discusión latinoamericana sobre qué estrategia debe seguir la lucha popular: la de pugnar por el poder estatal o la de construir sus propios espacios de poder social, véase, por ejemplo, Sader, Emir, “Autonomía o Hegemonía”, y el “Desafío teórico de la izquierda latinoamericana”, en *Rebelión*, 14 de Julio, 2008: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=70274> y 2 de Septiembre, 2009, <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=90806>, respectivamente.

⁹ Zibechi, Raúl, op. cit., p.57.

visión nacional y estratégica, para contribuir con los procesos de organización y conciencia popular, impulsar las luchas sin suplantadas y contribuir a su articulación.¹⁰

Se ha vuelto imperante la construcción de la “izquierda necesaria”, es decir aquella que las necesidades del momento histórico actual del sistema mundo-capitalista demandan: la que sea capaz de llevar a cabo su superación. No pretendo agotar aquí la discusión, todo lo contrario: pretendo abrir un debate necesario, y “olvidado”, tanto en la izquierda como en la academia. Si en el posterior desarrollo del proceso organizativo comenzado con la SDSL no se consideran estos elementos, difícilmente se podrá avanzar hacia una real unidad programática que finalmente dote a las clases subalternas de una organización política que represente sus intereses. Es necesario que el pensamiento sociológico crítico se ponga a la altura que la coyuntura histórica demanda.

Es necesario que tome posicionamiento ante la disputa abierta por la dirección del rumbo de la sociedad. Disputa entre la continuidad del actual régimen de producción o el planteamiento de proyectos sociales distintos. Por lo que hemos dicho, parece difícil que en este momento la izquierda pueda plantear un proyecto propio, en cambio la renovación del nacionalismo como forma de acumulación parece ser la alternativa por la cual ha de encauzarse el descontento social. Sin embargo la lucha está abierta, y tampoco se puede descartar la configuración de un nuevo autoritarismo sobre la derrota del movimiento popular. La moneda está en el aire y lo único cierto es que como científicos sociales, pero ante todo como seres humanos, es necesario tomar una posición al respecto.

Sin importar cómo se resuelva la actual situación que le impide constituirse como alternativa al movimiento popular, la izquierda seguirá existiendo pues las condiciones sociales y económicas que le dieron origen, y le dan razón de ser, prevalecen. Es necesaria su “intervención consciente” para que la actual disyuntiva entre: humanidad o barbarie sea resuelta positivamente para el

¹⁰ Stolowicz, Beatriz, “La izquierda que gobierna América Latina: elementos para un balance político”, en Beatriz, Stolowicz (coord.) *Gobiernos de Izquierda en América Latina. Un balance Político*, Bogotá, Ediciones Aurora, 2007, p.373. Cursivas en el original.

conjunto de la especie humana y para el planeta mismo, pues el actual nivel de explotación que demanda el capitalismo para su reproducción, hacen parecer que si el movimiento popular es derrotado tal vez no haya otra oportunidad.

V-. Bibliohemerografía

Aguirre Rojas, Carlos, *Mandar Obedeciendo. Las lecciones políticas del neozapatismo mexicano*, Contrahistorias-Centro Immanuel Wallerstein-CIDECI, México, 2007, 254pp.

-----, *Para comprender el mundo actual. Una gramática de larga duración*, México, IPN-CIECAS, 2010, 250pp.

-----, *América Latina en la encrucijada. Los movimientos sociales y la muerte de la política moderna*, México, Contrahistorias, 2009, 188pp.

-----, *Contrahistoria de la Revolución Mexicana*, Contrahistorias, Facultad de Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México, 2009, 213pp.

Alianza Campesina Revolucionaria, Plan de la Sierra. La Reforma al Artículo 27 Constitucional; una Acto en contra del Campesinado de México, México, Diciembre, 1991, mimeo.

Anderson, Perry, *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y Revolución en Occidente*, México, Fontamara, 1998, 140pp.

Bartra, Armando "El movimiento comunista después de 1958", en Luis Hernández, *et. al., (compiladores) Cien Años de Lucha de Clases en México 1876-1976*, Tomo II, México, Ediciones Quinto Sol, 2005, pp. 283-288.

Bobbio, Norberto, *Derecha e Izquierda*, Madrid, Taurus, 1998, 187pp.

Calva, José Luis "México: La estrategia Macroeconómica 2001-2006. Promesas, resultados y perspectivas", en *Problemas del desarrollo*, México, IIE-UNAM, Vol. 36, No.143, Octubre-Diciembre, 2005, pp.59-87.

Carr, Barry, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, México, ERA, 1996, 423pp.

Castells, Manuel, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, Vol. 2, "El poder de la Identidad", Siglo XXI, 2004, pp. 91-106

Castro Escudero, Teresa, Massimo Modonesi, Lucio Oliver, (Coords.) *Poder y política en América Latina*, México, Cuadernos del CELA. Serie Comentarios Bibliográficos, No. 3 UNAM-FCPyS-CELA, 2005, 164pp.

Córdova, Arnaldo, *La formación del poder político en México*, México, ERA, 1977, 99pp.

-----, *La ideología de la Revolución Mexicana: la formación del nuevo régimen*, México, ERA, 1997, 508pp.

Del Palacio Díaz, Alejandro, *La izquierda en México*, México, Fontamara, 2002, 105pp.

Eagleton, Terry, *Ideología. Una introducción*, Barcelona Paidós, 2005, 285pp.

ERA, *EZLN: Documentos y Comunicados*, Tomo II, México, ERA, 1995, 471pp.

Garrido, Luis Javier, *El partido de la Revolución institucionalizada. La formación del nuevo Estado en México (1928-1945)*, México, SEP-Siglo XXI, 1986, 493pp.

Gilly, Adolfo, *La revolución interrumpida*, México, Ediciones El caballito, 1980, 410pp.

Harnecker, Marta, *La revolución social. Lenin y América Latina*, México, Siglo XXI, 1988, 307pp.

Hernández Millán, Abelardo, *EZLN. Revolución para la Revolución (1994-2005)*, Madrid, Editorial Popular, 2005, 451pp.

Izquierda Democrática Popular, *¿Quiénes somos y por qué luchamos? A propósito de nuestra Línea Política*, mimeo, 2005.

Loaeza Soledad, "Las olas de la movilización y la protesta. 1920-2000", en *Gran historia de México ilustrada. El Siglo XX mexicano*, Tomo II, México, Planeta de Agostini, Conaculta, INAH, 2002, pp.42-60.

López, Nayar, *Izquierda y neoliberalismo de México a Brasil*, México, Plaza y Valdez, 2001, 205pp.

López y Rivas, Gilberto, *Nación y pueblos indios en el neoliberalismo*, México, Plaza y Valdez-Universidad Iberoamericana, 1996, 171pp.

Machuca, R., Jesús Antonio, "La democracia radical: originalidad y actualidad política del zapatismo de fin del siglo XX", en Kanoussi, Dora (Compiladora), *El zapatismo y la política*, México, Plaza y Valdez, 1998.

Marini, Ruy Mauro, "Las raíces del pensamiento latinoamericano", en Margara Millán y Ruy Mauro Marini (Coords.) *La teoría social latinoamericana*, Tomo I *Los orígenes*, México, Ediciones El Caballito, 1995, p.17.

Márquez Fuentes, Manuel, Rodríguez Araujo, Octavio *El Partido Comunista Mexicano. En el periodo de la Internacional Comunista: 1919-1943*, México, El Caballito, 1973, 372pp.

Martínez Assad, Carlos “Los cambios y la sociedad futura” en A. Asís Nassif (Coord.), *México: una agenda para fin de siglo*; México, UNAM, La Jornada ediciones, 1997, pp.227-240.

Meyer, Lorenzo, “La visión General” en Lorenzo Meyer, et al, *Una visión contemporánea de México: Transformaciones y permanencias*, México, Tomo 1, Océano, 2003, pp. 13-31.

Michel, Guillermo y Fabiola Escárzaga, (Coords.), *Sobre la Marcha... Análisis sobre el Movimiento zapatista 1994-2001*, México, Codice A.C.-UAM-Xochimilco, 2001, 249pp.

Moguel, Julio, (Coord.) *Los caminos de la izquierda*, México, Juan Pablos, 2004, 259pp.

Modonesi, Massimo, *La crisis histórica de la izquierda socialista Mexicana*, México, Juan Pablos-UACM, 2003, 191pp.

-----, “Reflexiones sobre el cambio de época en América Latina. Movimientos antagonistas y crisis hegemónicas”, en Lucio Oliver y Nayar López (Coord.), *América Latina y el Caribe, una región en conflicto*, México, Plaza y Valdés, 2009, pp. 65-88.

Olvera, Alberto, “Resistencia política y sociedad civil: el PRD, López Obrador y los límites programáticos y políticos de la izquierda mexicana”, en Vega, Gustavo (Coord.), *México: los retos ante el futuro*, México, COLMEX, 2007, pp.175-199.

Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas, *sin título*, Febrero, 1979, mimeo.

Ortega Ambriz, Carlos, *Transición del Estado Benefactor, Neoliberalismo y Globalización. 1970-Hasta nuestros días*, México, SITUAM, 2007, 36pp.

Ortega, Max, “Congreso del Trabajo: reelección y conflicto”, en *Trabajadores*, UOM, No. 53, Marzo-Abril, 2006, pp. 8-11.

Osorio, Jaime, *El análisis de coyuntura*, México, Ediciones CIDAMO, 1987.

Paramio, Ludolfo, *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*, México, Siglo XXI, 1988, 260pp.

Petras, James, et al, *La izquierda contraataca. Conflicto de clases en América Latina en la era del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2000, 263pp.

Pineda Ochoa, Fernando, *En las profundidades del MAR: el oro no llegó de Moscú*, México, Plaza y Valdés, 2003, 287pp.

Ramírez Zaragoza, Miguel Ángel, *La Autonomía y la otra campaña van. El movimiento zapatista y sus impactos en la transición procedimental de la democracia y el cambio social*, México, Ediciones Praxis y Utopía, 2008, 179pp.

-----, *El carácter popular del movimiento estudiantil del CGH-UNAM 1999-2000*, Tesis de Licenciatura, FCPyS-UNAM, México, 2005.

Revueltas, José, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, México, ERA, 1987, 247pp.

Rodríguez Araujo, Octavio, *Izquierdas e Izquierdismo. De la primera Internacional a Porto Alegre*, México, Siglo XXI, 2002, 224pp.

Rodríguez Rejas, María José, "La construcción de alternativas políticas en México. Posibilidades y límites del Movimiento popular", en *Estudios Latinoamericanos*, Nueva Época, No. 24, Julio-Diciembre, 2009. pp. 57-88.

Sánchez, Marco Aurelio, *PRD: La izquierda ficticia*, México, Ediciones de Educación y Cultura. Asesoría y Promoción, S.A., 2008, 133pp.

Sánchez Vázquez, Adolfo, *De Marx al marxismo en América Latina*, México, ITACA-BUAP, 1999, 263PP.

Solís de Alba, Ana Alicia (Coord.), *El neoliberalismo y la lucha de clases en México*, México, Movimiento de Cristianos Comprometidos Con las Luchas Populares (MCCCLP), 1993, 147pp.

Stolowicz, Beatriz, "La izquierda que gobierna América Latina: elementos para un balance político", en Beatriz, Stolowicz (Coord.) *Gobiernos de Izquierda en América Latina. Un balance Político*, Bogotá, Ediciones Aurora, 2007, pp.341-374.

-----, "El desprestigio de la política: lo que no se discute", en *Política y Cultura*, México, No.17, UAM-Xochimilco, primavera, 2002, pp.165-192.

Tello, Carlos "Estado y desarrollo económico: México 1920-2006", México, Facultad de Economía-UNAM, 2006.

Valenzuela, Feijo, "México 2006: ¿Una crisis mayor?," en *Horizontes Críticos*, CEDA, México, 2006.

Valles, Joseph, *Ciencia Política: Una introducción*, Ariel, Barcelona, 2003.

Wallerstein, Immanuel, *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*, México, Contrahistorias, 2008, 184pp.

Zapata, Francisco, *Tiempos neoliberales en México*, México COLMEX, 2005, 164pp.

Zemelman, Hugo, *Historia y política en el conocimiento. Discusión acerca de las posibilidades heurísticas de la dialéctica*, México, FCPyS-UNAM, 1983, 88pp.

Zermeño, Sergio, “El movimiento estudiantil de 1968” en Luis Hernández, *et. al.*, (compiladores) *Cien Años de Lucha de Clases en México 1876-1976*, Tomo II, México, Ediciones Quinto Sol, 2005, pp.293-302.

Zibechi, Raúl, *Autonomías y Emancipaciones. América Latina en movimiento*, México, Bajo Tierra-Sísifo Ediciones, 2008, 341pp.

Artículos periodísticos

Fazio, Carlos, “La excepción y la regla”, en *La Jornada*, Opinión, México, 3 de Mayo, 2010.

Fernández-Vega, Carlos, “México SA”, *La Jornada*, Columnas, México, 10 de Noviembre, 2009, p.26.

Garrido. Luis Javier, “La fascistización”, en *La Jornada*, Opinión, México, 31 de Julio, 2009

Hegewisch, José Buendía, “Concentración de la riqueza”, *Excélsior*, México, 25 de Abril, 2010.

Liga de Trabajadores por el Socialismo, “VI Declaración de la Selva Lacandona. Una nueva propuesta a debate”, en *Estrategia Obrera*, No. 45. Julio 2005.

-----, “Frente a la explotación capitalista es necesario un partido que luche por la revolución y el socialismo”, en *Estrategia Obrera*, No. 47, Noviembre, 2005.

La Voz del Anáhuac. Boletín de adherentes a la Sexta Declaración de la Selva Lacandona y la Otra Campaña en Azcapotzalco, México, No. 255, Julio 2010.

López Obrador, Andrés Manuel, “A elaborar un proyecto Alternativo de Nación. 10 puntos para transformar el país” en *Regeneración*, Año 1, No. I, enero 2010.

Menéndez Rodríguez, Mario, “PROCUP a Por Esto!”, *Por Esto!*, Mayo 1986.

Movimiento de Lucha Popular, “Editorial”, *Zenzontle. Órgano informativo del MLP*, No. 19, Agosto de 2005.

Movimiento Nacional de Resistencia y Lucha Campesina, "Plan de Anenecuilco" en *Corre la Voz*, Núm. 1011, 5-11 de Diciembre de 1991.

Partido Obrero Socialista, "Respuesta del POS al EZLN. Fuera del poder, todo es ilusión", *Pluma No.1*, Invierno 2005.

Petras James, "América Latina cuatro bloques de poder" en *La Jornada*, México, 11 de Marzo de 2007.

Referencias electrónicas

Comparativo de participación ciudadana a nivel nacional 1991-2009, www.ife.org.mx.

ERPI, Comunicado del ERPI al CRI-CG-EZLN, del 26 de febrero de 2006, [URL: http://www.cedema.org/ver.php?id=1223](http://www.cedema.org/ver.php?id=1223)

-----, *El ERPI y la conquista del poder popular: una autentica tercera vía*, [URL: http://www.enlace-erpi.org/com020.html](http://www.enlace-erpi.org/com020.html).

Gamiño Muñoz, Rodolfo, *Del Barrio a la guerrilla. La historia de La Liga Comunista 23 de Septiembre*, (Guadalajara, 1964-1993), CEDEMA, 19 de Julio 2006, [URL: http://www.cedema.org/ver.php?id=144](http://www.cedema.org/ver.php?id=144).

Intervención del delegado Zero durante el 1° Encuentro Nacional Obrero de la *Otra Campaña*, 29 de abril, 2006, [URL: http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2006/04/30/i-encuentro-nacional-obrero-de-la-otra-campana-29-de-abril/](http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2006/04/30/i-encuentro-nacional-obrero-de-la-otra-campana-29-de-abril/)

La Declaración de Querétaro, síntesis del 2° Dialogo Nacional, en, [URL: http://www.dialogonacional.org.mx/declaracion2do_dn_gro.htm](http://www.dialogonacional.org.mx/declaracion2do_dn_gro.htm)

La Línea Política del Partido de los comunistas, en, [URL: http://estatutosdelpc.blogspot.com/2008/01/la-linea-politica-del-partido-de-los.html](http://estatutosdelpc.blogspot.com/2008/01/la-linea-politica-del-partido-de-los.html)

Liga Comunista 23 de Septiembre, Madera 1er Época, No. 2, Mayo-Junio 1972, Madera Periódico Clandestino, [URL: http://www.periodicomadera.com/numeros/numero2_v/madera](http://www.periodicomadera.com/numeros/numero2_v/madera).

Lofredo, Jorge, *Tiempo de Incertidumbre*, 04 de diciembre, 2006, [URL: http://www.cedema.org/ver.php?id=1279](http://www.cedema.org/ver.php?id=1279)

-----, *A 40 años del 23 de septiembre: el estado de las cosas*, 23 de septiembre, 2005, [URL: http://www.cedema.org/ver.php?id=509](http://www.cedema.org/ver.php?id=509).

PDPR-EPR, Comunicado: *Un poco mas de historia*, 09 de Septiembre, 2005, URL: <http://www.cedema.org/ver.php?id=1095>.

Relatoría de las intervenciones de las Organizaciones Políticas de Izquierda, en la reunión realizada con el EZLN en la comunidad San Rafael, del Municipio Autónomo Francisco Gómez, 5, 6 y 7 de agosto de 2005, URL: http://enlacezapatista.ezln.org.mx/archivos/relatorias_rebeldia/rel_organizaciones-politicas.rtf

Relatoría de las intervenciones de las Organizaciones Sociales en la reunión con el EZLN, realizada en la Comunidad de Dolores Hidalgo, 19, 20 y 21 de agosto de 2005, URL: http://enlacezapatista.ezln.org.mx/archivos/relatorias_rebeldia/rel_organizaciones-sociales.rtf

Resolución del VII Dialogo Nacional, Febrero de 2009, <http://www.dialogonacional.org.mx/7dialogo/declaracion.html>,

Sader, Emir, “Desafío teórico de la izquierda latinoamericana”, en *Rebelión*, 2 de Septiembre, 2009: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=90806>,

-----, “Autonomía o Hegemonía”, en *Rebelión*, 14 de Julio, 2008: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=70274> y respectivamente.

Páginas Web

<http://enlacezapatista.ezln.org.mx/category/denuncias/>

<http://www.ligadeunidadsocialista.org/index.htm>.

<http://palabra.ezln.org.mx/>

<http://www.rae.es/rae.html>

<http://www.unopii.org/index.php/fpfv-i>